

MAURICIO CÁRCAMO

LA ESTIRPE DE LA BESTIA

El Camino



ElOtroCuarto
EDITORIAL

LA ESTIRPE DE LA BESTIA

El Camino

LA ESTIRPE DE LA BESTIA

El Camino

© Mauricio Cárcamo

Primera edición: enero, 2026

Inscripción n.º

ISBN

Impreso en Santiago de Chile
por Grupo Donnebaum



Licencia Creative Commons

Diseño, edición y diagramación

Editorial ElOtroCuarto

www.elotrocuarto.cl



LA ESTIRPE DE LA BESTIA

El Camino

Mauricio Cárcamo

Ediciones **ElOtroCuarto**

CAPÍTULO I: EN LAS SOMBRAS

HOSPITAL PSIQUIÁTRICO EL CAMINO. AGOSTO 2023, PEÑAFLORES, CHILE. CELDA 66. PACIENTE: RICARDO CRUZ. PELIGROSIDAD ALTA.

El paciente presenta signos de delirio, bipolaridad y agresividad extrema; debe permanecer con funciones motoras suprimidas y sedado en todo momento.

*

Despertó letárgico y desorientado. Sus ojos apenas lograban entreabrirse. Cuando lo hicieron, se enfrentaron a una visión desconcertante. Nada a su alrededor le resultaba familiar. Se cuestionó en silencio: «¿Dónde estoy? ¿Qué es este lugar?». Las paredes y el techo le miraban impassibles, de una blancura estéril, mientras el aterrador sonido de los equipos médicos creaba una sinfonía tortuosa en su mente. Sus sentidos estaban alterados. Su mirada, perdida, se aferró al rincón más oscuro de la habitación, donde una pequeña ventana dejaba entrar con esfuerzo un rayo de luz: única esperanza en medio del espeluznante recinto.

—¡No logro mover los brazos! ¿Qué está pasando? —gritó con desesperación.

En segundos, unos pasos fuertes llenaron el ambiente. La puerta se abrió de golpe y una luz intensa lo cegó momentáneamente. Ante sus ojos, aturdidos, se asomaron dos figuras vestidas de blanco junto a una enfermera que preparaba una dosis de medicamento.

Ricardo intentó comunicarse con ellos, pero sus palabras fueron ignoradas por completo.

—¿Qué pasa? ¡Hola! ¿Alguien me escucha? ¿Quiénes son ustedes? ¡Ya basta! ¡No me toquen!

Sus palabras caían en un vacío ensordecedor.

—Te dije que la dosis era demasiado baja, no debería estar despierto a estas horas. La última vez, casi no logramos volver a sedarlo —murmuró la enfermera.

A pesar de sus intentos por resistirse, Ricardo continuó luchando.

—¡Conozco mis derechos! ¡No pueden hacerme esto!

Entonces, uno de los enfermeros, un hombre mayor de apariencia funesta, calvo y amenazante, colocó su mano de forma dominante sobre el pecho de Ricardo. Mirándolo fijamente a los ojos y con voz gélida, le respondió:

—Escucha bien, perdiste tus derechos en el momento en que cruzaste estas puertas, ¡perro de mierda!

Con una expresión de angustia y sin fuerzas para luchar, Ricardo volvió al letargo y cayó inconsciente tras la administración de medicamentos.

Al día siguiente, Ricardo se despertó de un sobresalto, agitado, como saliendo de una terrible pesadilla. Con la mirada algo perdida, trató de reconocer el entorno, pero las luces no le permitieron distinguir bien. De pronto escuchó, a lo lejos, que alguien le hablaba.

—¡Ricardo! ¡Ricardo! Le dijo la enfermera con voz firme, mientras golpeaba sus mejillas y alumbraba con una pequeña linterna sus pupilas.

—La doctora Klorman está acá para revisar tu estado. ¿Esta vez estarás tranquilo? —le dijo la enfermera con un tono amenazante.

Ricardo asintió con la cabeza, sin saber muy bien lo que estaba pasando. De a poco, consiguió calmarse y enfocar la mirada. Frente a él, estaba sentada una mujer con delantal blanco. Era alta, rubia y de cabello ondulado hasta los hombros. Sostenía unas libretas de apuntes e intentaba, con su cabello, disimular unos rasguños cerca de su cuello.

—Tranquilo, ya casi no duele, todos cometimos errores ese día —le dijo la doctora con una sonrisa.

—¿Yo hice eso? —preguntó Ricardo, aún muy mareado como para comprender algo de lo que estaba pasando.

—Comencemos con lo básico. ¿Cómo te sientes? —preguntó la doctora, ignorando los débiles balbuceos de Ricardo.

—Débil, algo mareado —dijo Ricardo, muy fatigado.

—Es normal, es por la medicación. ¿Sabes por qué estás acá? —insistió la doctora.

—Recuerdo que estaba en un parque. Tengo algunas imágenes que vienen y van. Veo sangre en mis manos. Recuerdo estar muy cansado, y luego nada, hasta que desperté acá. ¿Estoy en un hospital? —preguntó Ricardo tratando de sostener la mirada.

—Estás en un sanatorio psiquiátrico, Ricardo. Llevas casi dos meses internado, y hoy es la primera vez que logramos hablar con tu yo consciente —dijo la doctora.

—¡No, no, no! ¿Internado? Pero... ¿Por qué? ¿Qué hice? —dijo Ricardo, mientras comenzaba a agitarse.

—¿Lo sedamos? —dijo una voz, con algo de miedo, desde el otro extremo de la habitación. Era Beatriz, la enfermera que aún acompañaba a la doctora.

La doctora, sin decir nada, miró con autoridad a la enfermera, quien bajó la jeringa que tenía preparada, entendiendo que aún no era el momento. Klorman volvió a enfocarse en Ricardo.

—Tranquilo, Ricardo. De a poco podrás comprender todo lo que pasó. Lo que nos intriga es el «cómo». Lo que hiciste lo sabemos —dijo la doctora con mucha seguridad en su voz.

Ricardo comenzó a calmarse hasta que detuvo sus movimientos casi por completo, no solo por la camisa de fuerza y las cadenas que lo sujetaban, sino que también por la atención que le estaba dando a las palabras de la doctora. Estaba petrificado.

—Hasta donde sabemos, asesinaste a cinco civiles, cuatro policías y un enfermero. Dejaste lesionadas de gravedad a más de veinte personas, todo en una sola noche y sin recibir un solo rasguño. ¿Logras reconocer a alguno de ellos? —le dijo la doctora, mostrándole una seguidilla de fotos que pasaban rápidamente ante la vista de Ricardo.

Con cara de espanto y negación, Ricardo miró a la doctora. Perdió el control y comenzó a gritar.

—¡Esto no puede ser! ¡Es imposible! ¡Se están equivocando! ¡Suéltlenme! —insistió Ricardo.

De inmediato, comenzó a hacer esfuerzos para liberarse de la camisa de fuerza. Las cadenas comenzaron a azotarse contra la camilla. Su voz, poco a poco, perdió claridad, hasta dejar de oírse como la voz de un humano.

La doctora Klorman, al ver esta situación, se levantó calmadamente, se dirigió a la entrada y dejó entrar a cuatro guardias para que contuvieran al paciente y a otros dos enfermeros

para ayudar a Beatriz, que lloraba y temblaba, sin poder preparar el medicamento.

Ricardo seguía retorciéndose y vociferando palabras inentendibles. A su mente llegaba una tormenta de información: imágenes desgarradoras comenzaron a repletar su memoria. Había sangre, tripas y gritos de espanto. Las imágenes inundaban su cerebro como si miles de terabytes entraran en él. Comenzó a convulsionar y la doctora tuvo que actuar obligadamente.

—¡Vladimir! Administra diez miligramos de haloperidol y cuatro de lorazepam a la vía ¡Ahora! —le dijo con firmeza la doctora al enfermero de mayor experiencia.

—Ya comienza a calmarse, su pulso es estable —le informa Vladimir.

Mientras esto ocurría, por la pequeña ventana de la habitación, un hombre, de unos 50 años, miraba la escena con cara de pocos amigos. Al notar que Ricardo volvía a ser sedado, golpeó con su puño la puerta. La doctora miró hacia donde estaba.

—Revisen su estado cada quince minutos y vuelvan a administrar medicamentos. Si llega a despertar nuevamente, me informan de inmediato. Ahora debo atender otro asunto —dijo antes de salir de la celda 66.

—Inspector Aguirre, ya hablamos al respecto. Ricardo Cruz no está en condiciones de ser interrogado por usted —le dijo la doctora con voz firme y algo molesta.

—Mire doctora, yo no estoy acá haciendo experimentos como usted. Llevo dos meses esperando poder dar alguna respuesta a más de veinte familias afectadas por los asesinatos de este criminal, y ahora que puede hablar, ¿lo vuelve a dormir? Me parece insólito, ¿me está jodiendo? —le dijo el inspector Aguirre con algo de rabia contenida.

—A ver, inspector, primero cálmese, porque yo no soy su subordinada. Acá, usted no da órdenes a nadie. Yo decido cuándo puede o no hablar con el paciente. ¿Estamos claros? —le dijo la doctora con firmeza.

—Perdón doctora, pero esto ya me supera. Usted me llamó diciendo que Ricardo Cruz había vuelto en sí y no perderé la oportunidad de verlo yo mismo —dijo el inspector tratando de controlarse.

—Fui muy clara, yo le avisaré cuando el paciente esté en condiciones. Será un proceso largo de recuperación. Ricardo Cruz apenas sabe su nombre, no sabe por qué está acá. Al explicarle lo que estaba pasando, se descontroló nuevamente. ¿Usted pretende arriesgarse a hablar con él en ese estado? No creo que quiera correr la misma suerte que sus colegas —le dijo Klorman con un tono amenazante.

—¡No le tengo miedo a ese animal! Ya estaría muerto si me hubieran dejado actuar ese día, pero ustedes me quitaron la posibilidad de terminar esto de una vez por todas —dijo el inspector Aguirre con claras intenciones de entrar y matar a Ricardo.

—¡Ya es suficiente inspector! ¡Cálmese! Esto no nos llevará a nada. Mañana tendremos más respuestas. El hombre que despertó hoy no es el mismo que mató a sus colegas. Se llevará una gran decepción al interrogar a un hombre tranquilo y sin recuerdos. Por supuesto, tiene muy claro que entrevistar al «animal» no terminará bien. Estamos frente a un claro caso de bipolaridad —le dijo la doctora con un tono conciliador.

—Está bien, señora Klorman... seguiré esperando. Pero usted sabe que no me rendiré —dijo el inspector Aguirre.

A regañadientes y cansado, se llevó las manos a la cara, lleno de angustia y desesperación.

CAPÍTULO 2: DESPIERTO

—¡A comer, *Perro*! —gritó un enfermero entrando a la celda 66 con una bandeja—. ¿Sabes por qué te llaman *Perro*? Desgarrabas la piel de tus víctimas con manos y dientes. Eres como un monstruo, ¿entiendes? —dijo el enfermero, sin saber que Ricardo estaba consciente.

Siguió contándole sobre sus apodos en el sanatorio, preparaba todo para dar de comer en la boca a Ricardo Cruz.

—Destripador o carnicero, pero todos coinciden en *Perro*. Buen apodo, ¿no? Hasta dicen que eres inmortal.

—¿Y tú qué crees? —le dijo Ricardo.

El enfermero soltó la cuchara y un escalofrío recorrió su espalda.

—¿Pu... pu... puedes hablar? —tartamudeó. Ricardo le ladró emulando a un perro. El enfermero salió corriendo, tropezando con todo a su paso y dando un portazo al salir.

Afuera, se encontró de frente con la doctora Klorman, que no tardó en preguntar.

—¿Qué pasa Daniel? ¿Viste un fantasma? —le dijo la doctora con una sonrisa.

—Dígame qué está pasando. Llevo meses dándole de comer y jamás me respondió. Apenas era capaz de tragar la comi-

da. Nadie me avisó que ya estaba consciente, casi me muero del susto —dijo Daniel, aún muy agitado.

—Tranquilo, Daniel. Ayer comenzó a reaccionar y estamos tratando de que recuerde lo que pasó. Espero que no lo estuvieras molestando —dijo la doctora enjuiciando a Daniel.

—¡No! ¡No!, doctora... ¿Cómo puede creer eso? Seguiré con los otros pacientes, con permiso. —dijo Daniel bajando la mirada y huyendo del lugar.

—Buenos días, ¿cómo estás hoy, Ricardo? ¿Pudiste descansar? ¿Lograste recordar algo más? —preguntó la doctora.

—¡Perro! ¿Así me llaman? —dijo Ricardo algo intrigado y sonriente, recordando la broma que le hizo al enfermero.

—Ah, ¡eso! Son solo rumores e historias que inventan en los pasillos. Ese Daniel, siempre hablando de más. No te preocupes, hablaré con él al respecto. Pero cuéntame, ¿recuerdas algo más? —insistió la doctora.

—Lamentablemente, sí. Logro recordar, aunque solo algunas partes. Apenas puedo armar la historia completa. ¿Cómo está Laura? Necesito verla... debe estar preocupada por mí —dijo Ricardo con mucho interés.

—Para contestar eso, necesitamos armar la historia desde el comienzo. ¿Tienes recuerdos previos al ataque del 2 de junio?

—¿Usted recuerda lo que hizo el... mmm, no sé... 10 de abril del 2022? No me pida contarle qué hice un día en específico, cuando lo que realmente quiere saber es si estoy loco. Lamento decepcionarla. Soy Ricardo Cruz, tengo 23 años, voy en segundo año de Psicología, practico deportes, es agosto del 2023. Tengo una novia, su nombre es Laura Obrego. Recuerdo mi vida, doctora, hasta antes de ese día. Lo único que no sé es por qué estoy acá. Si quiere le doy mi dirección o los nombres de

mis padres, no sé. ¿Qué más necesita saber? —dijo Ricardo con voz firme y algo molesto.

—Entiendo, no digo que estés loco Ricardo, pero en la situación en la que te encontraron y bajo los hechos, las opciones eran estar acá o en prisión, y recién estamos logrando comunicarnos. Pero enfoquémonos en tu relación con Laura. ¿Recuerdas si pelearon semanas antes? —dijo la doctora.

—¿Ella está bien? —interrumpió Ricardo, con algo de preocupación en el rostro.

—¿Quieres saber si está viva? Aún lo está, pero lleva dos meses en la Unidad de Tratamientos Intensivos, con heridas de gravedad. No tiene muy buen pronóstico, siendo sincera —dijo la doctora.

Ricardo explotó en un llanto inconsolable. Lo inundó una pena que lo ensimismó por varios minutos. Cuando por fin logró hablar, entre sollozos, dijo:

—Llevábamos casi cuatro años juntos. Éramos muy felices. ¡Somos muy felices! —exclamó tratando de autoconvencerse—. Pero ahí estaba él... ¡Ese maldito! —recordó con ira—. Un antiguo novio de Laura, obsesionado con ella, no paraba de acosarla. Lo noté tantas veces y no hice nada. Siempre supe que algo andaba mal, tenía que actuar. Así que decidí espiarla. Hasta que un día, los vi. Laura intentaba desesperadamente escapar, mientras él la agarraba del brazo con fuerza. Vi en ella una mezcla de miedo y rabia. ¡Se estaban gritando! De repente, así sin más, él la golpeó en el rostro. Un escalofrío me recorrió la espalda. Quería intervenir, detenerlo, no sé, y algo extraño comenzó a pasar. Sentí un fuerte dolor en el pecho que me hizo pensar que estaba sufriendo un ataque al corazón. Escuchaba retumbar mis propias palpitaciones en mis oídos.

—¿Y luego qué pasó? —preguntó la doctora, mientras sus ojos se clavaban en Ricardo, fascinada por su relato. Escribía cada detalle en su ficha médica.

—Me acerqué a ellos. Con cada paso, sentía que algo me arrastraba hacia el piso. Mis intentos por llamar a Laura se desvanecieron ahogados. El tiempo pareció estirarse y solo recuerdo que todo a mi alrededor se tiñó de rojo —continuó Ricardo con voz temblorosa. Sus ojos reflejaban el terror que experimentó ese fatídico día—. En ese momento, el hombre me descubrió y avanzó hacia mí. Traía el rostro distorsionado por la ira y la locura. Sus gritos e insultos resonaban en mis oídos. Sin piedad, me golpeó con puños y patadas, mientras yo yacía indefenso en el suelo. Los gritos desgarradores de Laura se mezclaban con el sonido sordo de los golpes que recibía y el eco de mis propios gemidos. El aire se volvió denso y asfixiante. Sentí el líquido metálico y caliente recorriendo mi rostro, que goteaba y caía en mis manos apoyadas sobre el pavimento. Desesperado, apreté con fuerza mis manos ensangrentadas y vi cómo mis dedos se clavaban en el suelo. Desgarré el cemento con una fuerza desmedida. Fue entonces cuando un sonido ensordecedor, un pitido constante y agudo, como el de un monitor médico que anuncia que el corazón ha dejado de latir, invadió mi mente. Mi visión se volvió un túnel de imágenes distorsionadas y borrosas.

Ricardo hizo una pausa.

—El siguiente recuerdo que tengo es el de huir frenéticamente por un bosque con mis manos manchadas de sangre y la sensación de haber protagonizado escenas similares una y otra vez. Desperté en el hospital, perdido en una gran confusión. ¿Me cree, doctora? Le aseguro que es lo único que puedo recordar —concluyó Ricardo, con una mezcla de temor y des-

esperación en sus ojos, consciente de que su relato oscuro y perturbador había dejado una huella imborrable en la sala. Ambos quedaron sumergidos en un abismo.

—Te creo, Ricardo. Hasta ese punto, tu relato tiene cierto sentido y podemos entender tu motivación. Sin embargo, el resto de la historia la contaré yo.

La voz de la doctora Klorman resonó en la habitación llena de calma y determinación.

—Ese día, según los informes y testimonios de testigos y sobrevivientes del ataque, no perdiste el conocimiento ni sufriste un ataque al corazón, al menos hasta donde nuestros estudios han demostrado —continuó manteniendo su mirada fija en Ricardo—. El guardia del parque asegura haber presenciado a un animal atacando a un joven y a una chica. Eso fue lo que inicialmente creyó ver. Ahora, permíteme leer un extracto del informe policial y el testimonio del guardia del Parque Los Nogales.

La doctora extrajo un documento y comenzó a leer en voz alta, capturando la atención de Ricardo:

«¡Un puma está atacando a unos jóvenes! ¡Llama a emergencias!».

Así alertó el guardia por radio a su colega desde el otro extremo del parque.

Después de dar la alerta, disparó una bengala al aire para ahuyentar al «animal», pero, entonces, notó que este se erguía sobre dos patas.

Cuando la bestia escuchó el disparo, lo miró fijamente. Tenía unos ojos negros y brillantes en medio de un cuerpo empapado en sangre.

El guardia quedó petrificado, pero la bestia huyó. Al principio, corría como humano, sin embargo, el guardia afirma que

lo vio correr a cuatro patas y a una velocidad increíble. Se perdió de vista al instante.

En ese momento, el guardia aprovechó para acercarse y prestar ayuda. La joven estaba inconsciente en el suelo, aún con vida, pero con heridas graves en el pecho y el cuello.

La manera en que halló al otro joven lo dejó en shock.

El suelo estaba empapado con sangre. El cuerpo estaba desmembrado; su brazo izquierdo yacía a pocos metros de distancia, su tórax estaba abierto de par en par, su mandíbula colgaba y su rostro... ya no era reconocible.

Días después, encontraron, cerca del parque, cuatro cuerpos con heridas similares. Sus asesinatos fueron asociados al mismo atacante según la investigación en curso.

—¿Cómo saben que yo hice todo eso? —interrumpió Ricardo, atónito, sin creer una palabra del relato de la doctora.

—Ya entenderás. Aún falta gran parte de la historia. Esa fue una larga noche. Pronto tomarás conciencia de por qué no te puedo soltar ni quitar la camisa de fuerza o esas cadenas que te amarran a la cama —le explicó la doctora.

Esa misma noche, varias comitivas de policías comenzaron a patrullar en busca del sospechoso. Una de ellas tuvo la desafortunada suerte de encontrarse con el individuo, quien deambulaba de forma desorientada por el costado de la carretera.

El video grabado desde el vehículo policial era escalofriante. La patrulla redujo la velocidad. Vieron a una figura que se tambaleaba, con la ropa desgarrada. Iba descalza y cubierta de sangre, que goteaba desde sus dedos.

El vehículo se detuvo y tres policías descendieron para arrestar al sospechoso. Mientras, el cuarto agente permanecía

dentro del vehículo solicitando refuerzos. El individuo siguió caminando sin rumbo. Los ignoró por unos segundos hasta que...

—¡Policía! ¡Deténgase ahí! —gritó uno de ellos, sacando su arma y apuntando a la espalda del sospechoso, quien aún continuaba su marcha. Al no recibir respuesta, los otros dos policías también sacaron sus armas, y uno de ellos le gritó: «¡Al suelo, mierda!». Acto seguido, disparó al aire como advertencia.

Aquel disparo fue su sentencia de muerte. Aunque logró detener al sospechoso, este se detuvo de inmediato. El sonido del proyectil desató una reacción de alerta. Giró su cabeza para enfrenar a los policías y avanzó directamente hacia el oficial que había disparado, que se encontraba a unos cinco metros de distancia. En cuestión de segundos, y sin piedad, desgarró su garganta y le arrancó la mano que sostenía la pistola. El policía se desplomó y comenzó a desangrarse rápidamente. Su vida se extinguió en un instante.

Los otros policías observaron impotentes mientras el sospechoso se movía a una velocidad sobrenatural. La grabación era confusa. Por momentos, desaparecía para reaparecer en un parpadeo. Intentaron disparar, pero sus balas eran inútiles.

Uno de los policías cayó al suelo, agarrándose desesperadamente la garganta. La cámara no logró captar el brutal ataque, pero los sonidos que se filtraron en la grabación fueron aterradoros: gritos ahogados y huesos rompiéndose. Fue una escena de horror que quedó grabada en la mente de las personas que vieron el video.

El tercer agente, lleno de terror, fue tomado por una mano enorme que, prácticamente, cubría toda su cabeza. La criatura lo levantó en el aire y aplastó su quijada con una fuerza inhumana. Los gritos agonizantes y el crujir de huesos llenaron el aire,

mientras el cuerpo sin vida era arrojado con brutalidad sobre el capot del vehículo policial.

El cuarto agente, atrapado en el interior del auto, presenciaba la masacre con horror y desesperación. Tartamudeaba y respiraba entrecortado, narrando lo que veía. Imploraba refuerzos por la radio, consciente de que estaban lidiando con algo mucho más allá de su comprensión.

La habitación se sumió en un silencio tenso mientras la doctora Klorman concluía su relato. El aire estaba cargado de miedo y ansiedad. Ricardo se hundía cada vez más en su cama, sintiendo cómo la oscuridad de aquella historia aterradora se apoderaba de su mente. ¿Qué tipo de entidad maligna había acechado aquella noche? ¿Y cómo estaba él conectado con todo eso?

—La cámara del vehículo registró todo en un video que no dura más de dos minutos, pero creo que aún no estás listo para verlo. Solo quiero que escuches los últimos segundos que grabó la patrulla, para ver si puedes recordar parte de lo sucedido:

—*Atento central, tenemos al sospechoso por clave 34, cerca del kilómetro 29 de la ruta 78, ¿procedemos con la detención?*

—*¡Copiado, proceda!*

—Hasta ahí todo normal —dijo la doctora.

Adelantó la grabación... Se escuchó el primer disparo, gritos de desesperación, una voz temblorosa y una respiración agitada:

—*¡A-a-a-tento central! Cla-clave 12. ¡Necesitamos una AB en el lugar!*

Se escucharon gritos y una voz que decía:

—*¡Envíen refuerzos!*

Luego se oyeron más disparos y cortes de la radio. Algo se estrelló en el capó del vehículo. Se terminaron por oír gritos, disparos y un estruendo.

—¡Aaaaaah!! ¡No, por favor! ¡No! Déjame, no, no, ¡nooo!

Se oyeron seis percusiones y se cortó el audio. El informe policial arrojó varias interrogantes. El sonido ensordecedor al final del audio, según indicaba el informe, correspondía al momento en que el atacante arrancaba la puerta del vehículo policial.

Un escalofrío recorrió la espalda de Ricardo al imaginar la fuerza descomunal necesaria para lograr tal hazaña. ¿Cómo había herido tanto al último policía? La herida se extendía desde la garganta hasta la ingle.

El video no ofrecía una respuesta clara. Ocultaba los detalles más perturbadores. Las balas parecían rebotar o ser esquivadas por el atacante, desafiando las leyes de la física y sumergiendo a todos en un mar de perplejidad.

La doctora Klorman compartía su intriga con Ricardo, buscando en su rostro alguna chispa de comprensión. La gravedad de los hechos era tal que incluso la prensa y el resto del mundo fueron inducidos a creer en un simple ataque de perros salvajes. La verdad había sido ocultada y restringida como información confidencial del gobierno.

Con un gesto cauteloso, la doctora extrajo una fotografía de entre sus documentos y se la mostró a Ricardo.

—¿Logras reconocerte?

La mirada de Ricardo se encontró con su propia imagen. Sintió escalofríos cuando se reconoció. Era él momentos antes del primer ataque a los policías.

Absorto, Ricardo se debatía entre la incredulidad y el horror. ¿Cómo era posible que él estuviera involucrado en estos

eventos macabros y desconcertantes? Las respuestas se ocultaban en los recuerdos bloqueados de su mente. Era una pesadilla que amenazaba con desgarrar su cordura y revelar una verdad aterradora que habría querido sepultar en las sombras.

Sin quitar la vista de la imagen, fue recorriendo de punta a cabo dicha fotografía. Abrió los ojos, y entre asombro e incredulidad, fue reconociendo parte de sus vestimentas de aquel día y algunos rasgos físicos: el cabello largo y su estampa. Sin embargo, no lograba reconocerse por completo.

Si bien Ricardo tenía una complexión atlética, el tipo que le mostraba la doctora en esa fotografía era más corpulento, más alto. Su cara, aunque llena de sangre, se lograba apreciar que era de rasgos más bien toscos. Los ojos eran negros por completo y sin expresión, como si la pupila cubriera toda la esclerótica. Muy distintos a los ojos pardos y de mirada calmada que miraban a la doctora Klorman con tanta angustia.

—Entiendo que se parece a mí, pero no somos la misma persona. Yo no me veo así —dijo Ricardo al dejar caer su cabeza en la almohada de la camilla. Con poca energía, miró al techo y soltó un suspiro angustioso.

—Sé que hay mucha información para procesar. Hoy te dejaré descansar, pero desde mañana comenzará la parte difícil. Entenderás que tengo a toda la policía esperando respuestas. —le dijo la doctora, apoyando su mano sobre su hombro.

Aún con la mirada perdida y esta vez sin poder mirar a los ojos, Ricardo asintió con la cabeza y una lágrima corrió por su mejilla.

La doctora Klorman solicitó que lo sedaran hasta los interrogatorios del día siguiente.

CAPÍTULO 3: DETRÁS DEL CRISTAL

—¿Qué está pasando? llevo meses dándole de comer y jamás había respondido. Casi me muero del susto —le dijo Daniel a la Dra. Klorman.

—Tranquilo, Daniel...

Mientras la doctora le explicaba, Daniel pensaba: «He estado semanas tratando de sacar algo de información al señor Cruz, y justo ahora que está consciente, me atrevo a hacer bromas. ¡Estúpido!».

—Está bien, doctora. Seguiré con los otros pacientes, con permiso —dijo Daniel bajando la mirada y arrancando del lugar.

—Para el registro: Día 58. El paciente Ricardo Cruz vuelve en sí y reacciona normalmente. Tiene un claro cambio en su actitud y una lucidez muy distinta al resto de los pacientes, a pesar de la medicación —dijo Daniel en voz baja, guardando en el bolsillo algo que parecía una grabadora.

Continuó con su ronda en el área restringida donde se encontraba Ricardo Cruz.

En el subterráneo del psiquiátrico, en el piso -2, había por lo menos veinte pacientes de características similares a Ricardo, pero ninguno había logrado llamar tanto la atención como él.

La mayoría de los pacientes, al igual que Ricardo, estaban sedados la mayor parte del tiempo, con camisas de fuerza, y en algunos casos hasta encadenados.

Daniel, poco a poco, había conseguido ganar la confianza de su jefa y directora del centro: la psiquiatra Elizabeth Klorman, quien solo se hacía cargo de estos casos especiales. Para ello contaba con un equipo muy cercano.

Daniel continuó con su ronda y se dirigió hasta otro de los pacientes que llamaban su atención. Siempre que le tocaba revisar o dar alimentos a ese paciente, sentía una preocupación genuina por su seguridad. Abel Montt era un joven de 20 años, que medía dos metros veinte de altura y pesaba cerca de 250 kilos. Su estructura ósea era gigantesca. Verlo era impactante. Sus manos podían rodear a una persona por la cintura. Seguramente las cadenas no eran suficientes para contener su fuerza.

Sin embargo, era como un bebé gigante debido a su autismo; presentaba un mutismo selectivo y una marcada personalidad retraída.

—¡Hola, Abel! —dijo Daniel entrando en la habitación de Montt. Abel no hablaba, o por lo menos eso creían todos. Desde que estaba ahí, solo lo habían escuchado emitir ciertos gruñidos.

Abel permanecía sentado en la esquina. Las paredes estaban cubiertas completamente con esponjas. En el otro extremo había una especie de cama, pero solo era un colchón en el suelo ya que ninguna de las literas del hospital podían soportar su peso. Estaba vestido con una enorme camisa de fuerza que permanecía encadenada a la pared.

—¿Hoy estás de malas? —volvió a insistir Daniel, consiguiendo solo un «mmm» por respuesta.

Abel tenía la mirada fija en un bebedero que estaba al otro extremo de la habitación, hasta donde las cadenas le impedían llegar.

—¿Quieres agua? Es obvio que quieres agua —dijo Daniel hablando solo.

Mantenía su retórica, buscando de alguna forma comunicarse con Abel, con bastante temor aún, a pesar de llevar varios meses trabajando en el área restringida. Se acercó para dar agua en la boca al gigante, quien a pesar de estar sentado aún se veía enorme. Daniel tenía una estatura promedio, medía un metro setenta y cinco centímetros. Su contextura era media. Parecía un niño al lado de Montt.

Con la mirada fija en las manos y agitándose, Abel tenía claras intenciones de acercarse. Comenzó a impacientarse mientras Daniel se acercaba sigilosamente y sin hacer movimientos bruscos para no alterarlo.

—Tranquilo, Abel, toma, despacio. Ya, ya, no pasa nada —le decía tratando de contener sus ansias de beber agua.

Como la mayoría del personal le temía a Montt, rara vez era atendido personalmente como lo estaba haciendo este particular enfermero. De esta forma, aunque algo desafiante y temeraria, logró ganar un espacio para acceder a varios de los pacientes más peligrosos. También ganó con su actitud la confianza de sus pares, especialmente, de la directora Klorman.

Antes de la llegada de Daniel, era muy común que a Montt lo durmieran desde el exterior con gasoductos paralizantes, mantenido con vías endovenosas y alimentado por sondas nasogástricas. Era un triste espectáculo.

Después de darle agua, Daniel se sentó en una esquina.

—Muy bien, Abel, hoy trabajaremos con algunas fotos. Te iré mostrando y me dices qué es.

Con esto, trataban de hacer algún tipo de trabajo cognitivo. Anotaban cualquier reacción que tuviera el gigante.

Le presentó imágenes de aviones, autos y árboles. Él respondía con un sonido opaco. Las imágenes no llamaron su atención. Apartó la vista en más de una ocasión.

Aunque la mayor parte del tiempo su mirada estaba perdida y no había rastros de inteligencia, no podían estar seguros de si ese era su estado natural, dado que permanecía sedado casi todo el día. Por eso, por medio de Daniel, se esforzaban por entender su mente lo que más podían.

Él sabía que había algo más.

De su bolsillo sacó otras imágenes, cuidando que no lo vieran las cámaras. Mezcló sus imágenes con las que ya le había mostrado a Montt y las fue pasando, una por una, mientras le decía:

—¿Y en esta imagen a quién ves? —le preguntó sosteniendo la foto de un trabajador del psiquiátrico.

Daniel sospechaba de maltrato en el hospital.

Los pacientes estaban tan sedados que ninguno era capaz de recordar o hablar al respecto.

Fue pasando foto tras foto sin tener mayor reacción hasta que de pronto vio algo. Abel Montt comenzó a agitarse y mecerse de lado a lado. Era la foto de la doctora Klorman. Con algo de sorpresa, Daniel cambió rápidamente de imagen para que Abel volviera a la calma.

Cada vez que le mostraba el rostro de la doctora, Abel se alteraba más. Entonces, recordó que tenía otra imagen. Era una foto de Vladimir Mertins, la mano derecha de Klorman. Él era uno de los enfermeros más antiguos del psiquiátrico y de peor reputación entre los colegas. Vladímir Mertins era conocido

como el verdugo de los Klorman. Era un señor calvo, de unos 65 años, de ojos azules, mirada profunda y sin alma, y un pasado tan oscuro que pocos se atrevían a comentar.

En ese momento se desató la furia de Abel. Se puso de pie y dio un grito que alertó a los guardias.

—¡Calma, Abel! Tranquilo... ya guardé la foto, mira, no está, ¿ves?

Mientras Daniel se arrastraba hacia la puerta, los guardias entraron en la habitación. Montt se descontroló aún más y trató de abalanzarse contra ellos. Forzó las cadenas que lo sujetaban y provocó un estruendo que hizo que los guardias retrocedieran. El muro tembló y se agrietó la pared.

—¡Daniel, fuera! —dijo uno de los guardias, apurando a Daniel para que no viera lo que harían con Montt.

Apenas salió de la habitación, ignorando en cierta parte lo que pedían los guardias, se asomó y logró ver por la pequeña ventana cómo sedaban a Abel Montt con varios dardos tranquilizantes, como si fuera un elefante.

—¡Es estúpido, no entiende nada! Con esta bestia no puede jugar o hacer amistades. Si hubiera visto lo que fue capaz de hacer en el óvalo, ni siquiera estaría en este piso trabajando.

—Shhh —lo hizo callar el otro guardia, indicándole con un guiño que Daniel podía estar escuchando detrás de la puerta.

Daniel escuchó todo y se alejó de la celda.

—Para el registro: Abel Montt muestra un claro rechazo contra la Dra. Klorman y en especial a Vladímir Mertins. Esto demuestra que puede estar siendo víctima de maltratos y vejámenes aún más terribles de los que ya he presenciado. Nota: Averiguar dónde está ese tal «óvalo» —susurró en su grabadora, escondido en un armario de la limpieza.

CAPÍTULO 4: INSPECTOR AGUIRRE

—Seguiré esperando, doctora —dijo el inspector con un bufido y a regañadientes, llevándose las manos a su cara, preso de la angustia y desesperación.

A esa altura de la investigación, los ánimos del inspector Alfonso Aguirre estaban por el suelo. Habían pasado dos meses desde el brutal ataque a sus compañeros, subordinados y amigos, y aún no conseguía nada.

Ya no tenía palabras para enfrentar a las familias que, por lo demás, poco creían de la versión «oficial» de la prensa sobre el ataque de animales salvajes.

Necesitaba tener una respuesta lógica. Algo a que aferrarse para no volverse loco.

Desde que vio la grabación del vehículo policial hasta que trasladaron a Ricardo Cruz a El Camino, y fue declarado extraoficialmente el único acusado de los ataques, el inspector pasaba más tiempo en el psiquiátrico que en su trabajo o su propia casa. Trataba, día a día, obtener algo de información, mientras esperaba el ansiado interrogatorio.

Cuando Ricardo Cruz fue encontrado, estaba inconsciente, lleno de sangre, descalzo y casi sin vida, o eso creyeron los paramédicos de la ambulancia al trasladar el cuerpo. Asumieron

que era un sobreviviente o una víctima más de los ataques de esos días.

Al llegar al hospital, no infirió mayor sospecha. Era como uno más de todos los heridos. Ricardo fue despojado de sus ropas y revisado exhaustivamente por los médicos del recinto. Ahí lograron percatarse que toda esa sangre no le pertenecía y que no tenía ni un solo rasguño. Esto causó gran asombro entre el personal hospitalario, por lo que procedieron a informar a las autoridades del hallazgo de este hombre que, hasta ahora, parecía una víctima ilesa.

Todo se mantuvo en calma por un tiempo, mientras aún seguía inconsciente. El caos comenzó luego de unas horas cuando, poco a poco, reaccionó.

Aún conectado a un monitor cardíaco y con suero en vías intravenosas, comenzó a agitarse sobre la camilla. En un acto reflejo, entraron dos enfermeros a contener y ayudar al paciente.

Sin abrir los ojos, Ricardo se movía de lado a lado, retorciéndose y levantando su cuerpo, golpeándose contra la camilla y lanzando unos gritos poco humanos desde el fondo de su garganta. Estaba como inmerso en un trance, como si presenciaran un exorcismo. Los cables y máquinas se azotaban, y los enfermeros no lograban contener los brazos del paciente. En el forcejeo se desconectaron todos los aparatos de su cuerpo.

Uno de ellos intentó administrar una dosis de un calmante, pero, justo en el instante cuando fue a clavar la aguja, Ricardo detuvo sus movimientos, abrió los ojos y, con el antebrazo izquierdo, golpeó con tal fuerza al enfermero que lo lanzó volando hasta la pared. Fue tal el impacto que este cayó inconsciente.

Sin levantarse de la camilla, tomó por el cuello al otro enfermero y, con su mano derecha, comenzó a asfixiarlo, frente a

la mirada atónita de sus colegas que no se atrevían a entrar. Poco a poco, fue destrozando su garganta hasta que por fin lo soltó y cayó al piso.

Recostado, Ricardo enfocó su mirada hacia la ventana donde estaba el resto del personal en estado de shock. Tenía la mirada puesta fija en ellos y con claras intenciones asesinas. Se provocó un descontrol total. Todos comenzaron a huir despavoridos. El pánico absorbió al hospital.

Solo un doctor logró notar que Ricardo volvía a su estado de trance, retorciéndose en la camilla. En ese momento, aprovechó de llamar a la estación de policías, escondido bajo uno de los mesones.

Fue ese día cuando, al fin, el inspector dio con el paradero del asesino de sus colegas. Las ganas de entrar y acribillarlo inundaban todo su cuerpo, pero, al recordar la grabación y ver lo que ahí estaba pasando, hizo un llamado a la cordura y solicitó que evacuaran y establecieran un perímetro de seguridad antes de proceder.

Claramente, no sabía a lo que se estaba enfrentando. El miedo comenzó a penetrar en sus cabezas. Ninguno de los policías se atrevía a entrar en la habitación. Vacilantes, dejaron pasar los minutos sin lograr efectuar el arresto.

Casi sin darse cuenta, tan absortos con la extraña situación, no notaron el momento exacto en que una comitiva de cerca de veinte personas vestidas de blanco entró con decisión a la habitación. Iban encabezadas por una señora rubia que caminaba con gran ímpetu.

Antes de que el inspector Aguirre pudiera decir una palabra, una llamada interrumpió el allanamiento a la sala del hospital. Un superior le informó al inspector que debía retirarse

del lugar, porque el caso sería tomado por la doctora Klorman y su equipo del Hospital Psiquiátrico El Camino, ya que ellos estaban capacitados para contener a un paciente así de violento.

De esta manera, le quitaron de las manos la oportunidad al inspector Aguirre de hacer justicia por sus compañeros y amigos masacrados.

CAPÍTULO 5: ACERCAMIENTO

—Para el registro: Día 75. Aún no consigo mayor información sobre el óvalo. Los trabajadores del sector superior del psiquiátrico aseguran no saber nada al respecto. Muchos dicen nunca haber estado en la zona restringida. En cambio, los trabajadores del área restringida desvían el tema o denotan algo de nerviosismo al nombrarlo. Esto me hace pensar que el óvalo debe estar en las cercanías del piso -2, o quizás exista un piso -3 que desconozco. Puede ser que alguna de las oficinas conecte con él. Lo que es seguro es que es un lugar mucho más confidencial y secreto que el área restringida. Ninguno de los trabajadores tiene permitido hablar sobre ello.

Daniel guardó su grabadora y dio comienzo a su ronda nocturna.

Luego de visitar a siete de sus pacientes de manera rutinaria, dado que, a eso de las 9 p. m., los pacientes se encuentran dormidos o sedados por completo, se decidió a entrar nuevamente en la celda 66.

Con bastante miedo y sin hacer mucho ruido, entró y cerró cuidadosamente la puerta. Las manos de Daniel comenzaron a sudar. Su respiración se aceleró. Sentía que entraba en las fauces de un lobo feroz. Cualquier movimiento en falso y podía

ser destripado, mordido, desgarrado o degollado. Tenía que evitar a toda costa repetir su último contacto bochornoso con el *Perro*. Ricardo Cruz se veía tranquilo, respiraba calmadamente. Era probable que estuviera dormido.

Daniel, con la ansiedad por las nubes, solo quería que así fuera.

—¡Que esté dormido! ¡Que esté dormido! —se repetía—. Tomaré los signos vitales y saldré de acá.

Escribía a toda velocidad para salir lo más pronto posible de ahí, vigilando, de tanto en tanto, los ojos de Ricardo que permanecían cerrados. ¡Era como un muerto! No movía un solo músculo. Eso lo perturbaba aún más. Rápidamente, miraba su planilla, anotaba y volvía a mirar al señor Cruz, temiendo que en cualquier momento pudiera abrir los ojos y volver a enfrentarlo. Podía volver a burlarse de él o asustarlo como la última vez. Aunque ninguna de esas situaciones se comparaba con la posibilidad de, en cualquier momento, ser asesinado.

Sosteniendo la respiración, logró terminar de escribir los datos. Soltó un suspiro y caminó hacia la salida. Entonces, escuchó:

—¿Por qué tan callado hoy? ¿No me vas a contar sobre mis apodos o qué? ¿Me tienes miedo? —dijo Ricardo con un poco de letargo en la voz.

Daniel resopló y llevó su mano derecha hacia la boca. Soltó la manilla de la puerta y giró súbitamente hacia la cama de Ricardo. Su otra mano dejó caer las planillas. El desparramo de papeles rompió el silencio de la noche. Se agachó rápidamente y trató de no parecer sorprendido. Rio nerviosamente y dijo:

—¡No! ¿Cómo crees? Ja, ja. Solo me pillaste desprevenido. ¿No deberías estar dormido?

—Creo que cada vez me acostumbro más a los sedantes. Siempre me ha costado dormir y con todo lo que me está pasando estoy más nervioso que nunca —le dijo Ricardo tratando de mantener una conversación.

—¿Quieres que te aumente la dosis? —le dijo Daniel, esta vez ya calmado.

—¿Crees que quiero más medicamentos? —le dijo Ricardo con una sonrisa. Solo quiero salir de acá, poder moverme. Estas cadenas y esta maldita camisa de fuerza terminaran volviéndome loco en serio. Además, en unas horas me hará efecto el haloperidol mezclado, supongo, con alguna benzodiacepina, ¿no? —dijo Ricardo con seguridad.

—Déjame ver... —dijo Daniel revisando sus planillas.

—Sí, efectivamente tienes una dosis bastante alta de lorazepam. ¿Cómo sabes todo esto? —preguntó Daniel con intriga.

—No eres el primero al que espío mientras me toman los signos vitales. Me he acostumbrado y aprendido a hacerme el dormido. No es tan difícil si no puedes moverte, ¿no crees? —dijo Ricardo soltando una risa—. Así logré que me bajaran un poco la dosis. Hubo días que desperté solo un par de horas. Necesito entretenerme en algo. Además, cada vez que intenté preguntar a los otros enfermeros o hablar con alguien, me ignoraron o salieron corriendo —continuó Ricardo.

—¿Y por qué crees que yo no aumentaría tu dosis o te delataría con mis superiores? —dijo Daniel bastante serio—. Estás catalogado como uno de los pacientes más peligrosos del psiquiátrico. De hecho, hasta ahora eres el más famoso que hemos tenido. Llevan meses hablando del caso Perros salvajes en cada matinal y noticiario. Inventan cada cosa... Hasta dijeron que podía ser el «chupacabras».

—Solo creo que no me delatarás. Siento que eres diferente. Desde el comienzo, tratabas de hablar conmigo. En cambio el resto, solo me ignoraba. Además, no sé si puedo perder algo más estando encerrado acá.

—La verdad es que me interesas e intrigas, ¿sabes? El resto de pacientes prácticamente no responde, o apenas logra sostener una conversación coherente. En cambio tú, te ves bastante normal, sin ofender —sostuvo Daniel con una carcajada

—Entiendo —y rio—. Eso es porque yo no debería estar acá. Hasta hace unos meses estaba estudiando y teniendo una vida muy normal. Estoy en una pesadilla que jamás termina.

—Así como te veo, deberías estar en una habitación normal en los pisos superiores, sin ataduras, comiendo por ti solo y tragando tus medicamentos sin ayuda. Sin embargo, al ver tu historial (la masacre), entiendo por qué estás en el área restringida. Todos saben de ti y pocos somos tan arriesgados para venir. Si estuvieras en nuestra posición, quizás ni te atreverías a entrar en esta celda —aclaró Daniel.

—Eso explica por qué no he visto la luz del sol en estos meses. A veces, no sé si es de día o de noche, siempre con esa luz artificial, sin ventanas. Supuse que esto debía ser un subterráneo. ¿En qué piso estamos?

—¡Es increíble que pueda conversar contigo! Casi no puedo creer que estés metido acá. Es el piso -2, el área restringida del psiquiátrico. Acá solo hay pacientes peligrosos: asesinos, violadores y personas que no son capaces de ser contenidos en una cárcel común. Incluso, me contaron que hubo uno que se comió a su compañero de celda, y que recién entonces lo trasladaron acá. ¿Y tú? ¿De verdad no recuerdas nada de lo que hiciste?

—Solo algunas imágenes al azar, nada tan concreto. Por eso me es tan extraño estar aquí. Siento que me acusan del crimen de otro —le dijo Ricardo como pidiendo ayuda.

—Existen pruebas, videos, fotos, relatos e, incluso, en el hospital que estabas antes de llegar acá, cerca de veinte personas te vieron matar a un enfermero. Quizás tienes amnesia o algo así. Aunque ahora no lo aparentas, sigues siendo una persona muy peligrosa —le dijo Daniel, seguro de sus palabras, pero con algo de miedo a la reacción de Ricardo.

—Eso me han dicho. Hasta ahora solo vi fotos de cadáveres y una donde supuestamente aparezco. No tengo en mis recuerdos la imagen de estar matando a alguien. Ni siquiera la sensación de culpa. Todo es muy ajeno y delirante para mí.

Sin saber muy bien que decir, Daniel se sentía extraño.

«¿Acaso estoy sintiendo empatía por este asesino? ¿Me estará diciendo la verdad? ¿Quizás es un psicópata o sociópata consumado y es capaz de mentir y embaucar como un profesional? ¿Qué hago? ¿Qué le digo? ¿Cómo no va a recordar nada? ¿Está esperando el momento para matarme? ¡No! imposible, ya lo habría hecho. ¿Pero... por qué le creo?».

Luego de un silencio incómodo, resolvió decirle:

—Dale tiempo y quizás tu mente se aclare.

Daniel tomó sus apuntes y se despidió de Ricardo para continuar con sus labores. Con algo de culpa y una mueca que casi parecía una sonrisa, le dijo:

—Por lo menos ahora tienes con quien hablar.

Ricardo sin decir nada, levantó un poco su mentón, como despidiéndose. Esta vez con algo de satisfacción en su rostro. Dejó de luchar contra los tranquilizantes, se fue como en un desmayo y se durmió.

Al salir de la habitación, Daniel soltó un suspiro, aún sin poder creer lo que había pasado ahí. Se escondió en unos baños, tomó su grabadora y comenzó:

—Para el registro: Día 75. Ricardo Cruz denota una lucidez muy extraña para la cantidad de medicamentos que se le administra. Su estado de conciencia, si bien es algo letárgico, es el de una persona normal.

Inmerso en sus pensamientos, aún con el corazón agitado, Daniel siguió deambulando en el piso -2, tratando de continuar con su trabajo, pero lo recién vivido lo mantenía atónito.

Casi como un zombi, que camina torpemente en busca de cerebros, continuó con su ronda, hasta que de pronto su mente aterrizó de golpe a la realidad. ¡Era Mertins! A lo lejos, a unos veinte metros, salía de su despacho en dirección suya.

De un sobresalto, Daniel tomó la libreta de apuntes y comenzó a hacer como que escribía algo.

—¿Qué haces ahí parado como idiota, Daniel? ¿No tienes nada más que hacer?

—Estoy haciendo mis rondas, me falta el de la... 70 —dijo Daniel, mirando sus apuntes, un poco nervioso.

—Ya, deja de sacar la vuelta y cuando termines llévame un café al despacho —dijo casi con desprecio.

—Okey, no hay problema —respondió Daniel con una sonrisa forzada que desapareció en cuanto Mertins siguió su camino.

Luego de unos minutos, Daniel golpeaba la puerta del despacho.

—Don Vladimir, permiso, le dejaré el café por acá —le dijo mientras entraba en el despacho. Pero, en cuanto entró, notó que no había nadie.

Mirando todo a su alrededor, se acercó al escritorio para dejar el café. Papeles, libros, archivadores, fichas médicas y un sinfín de documentos inundaban la oficina. Un olor a libros viejos, polvo y colonia de pino, distraían por momentos la atención de Daniel.

En cuanto logró hacer un registro visual del despacho, notó que no había computador y pensó: «Viejo cascarrabias, nunca se actualizó. Seguro registra todo a punta de lápiz». En ese momento, fijó su mirada en unas fichas médicas que estaban apiladas a un costado del escritorio. «¿Qué hago? ¿Las veo? Pero, ¿y si llega y me ve registrando sus cosas? Seguro me despiden», pensó Daniel mientras miraba a la puerta de reajo.

De cierta forma, le tenía más miedo a Vladimir Mertins que a cualquiera de los pacientes del área restringida. Casi sin pensar, y en un impulso, comenzó a revisar rápidamente los nombres de las fichas. Con el pulso a mil por hora, miraba la puerta mientras seguía pasando los nombres.

—¡Claro! Eran los pacientes de ese piso —dijo Daniel.

Sin embargo, no eran las fichas médicas comunes. Estas jamás las había visto.

Una de ellas llamó su atención. Era la que tenía más páginas. Decía: «Abel Montt». Fue a las últimas páginas del documento, sacó su teléfono y tomó una foto a una página que decía: «Pruebas 18 de marzo del 2023». Ordenó todo en un segundo y salió de la oficina.

—¡Daniel! ¿Qué haces en mi despacho? —preguntó Mertins a Daniel, cuando lo vio salir de su oficina con apuro.

Faltaron solo segundos para que fuera sorprendido por Mertins. Tratando de disimular la sorpresa y nerviosismo, le dijo:

—Le acabo de dejar su café en el escritorio. Golpeé la puerta y, como vi que no estaba, lo puse encima y salí.

—No me gusta para nada que se metan en mis cosas. Última vez que te veo merodeando por acá. Si no respondo, no entras y punto. Ahora sal de mi vista que tengo mucho que hacer —sentenció Mertins, entrando en la oficina.

Daniel aprovechó ese momento para salir de ahí, se encerró en el baño y sin poder aguantar las ganas comenzó a leer el documento que había fotografiado.

HOSPITAL PSIQUIÁTRICO EL CAMINO PROGRAMA POTENCIAL FÍSICO INFORME GEN

Aspectos generales

- Fecha: 18 de marzo de 2023
- Paciente: Abel Montt
- Edad: 20 años
- Estado general: Estable
- Clasificación GEN: Nivel 4
- Prueba: N° 1251
- Estimulación eléctrica inicial (TEC): 460 V - Sin reacción

Conducta social

- Conciencia: Lúcida, sin sedación.
- Estímulo verbal: Negativo.
- Estímulo físico: Reacción motora observada tras décimo impacto con electroshock a 5000 V.

El paciente fue liberado en recinto de observación controlado, sin restricciones físicas, bajo supervisión de cuatro guardias equipados con dardos tranquilizantes.



HOSPITAL PSIQUIÁTRICO EL CAMINO
PROGRAMA POTENCIAL FÍSICO
INFORME GEN

CÓDIGO	PPA
VERSIÓN	05
FECHA	Marzo 2023
PÁGINA	10
VIGENCIA	2023 - 2025

Apellido general	Fecha	19 - marzo - 2023
Paciente	Edad	30 años
Estado general	Sexo	4
Prueba N°	TIC	420V Sin reacc.
Conducta social		
Conciencia		Avivada, sin sedación
Estímulo verbal		Negativo
Estímulo físico		Reacc. motora observada tras decimo estímulo con electrodos a 550u.

PRUEBAS APLICADAS

El paciente fue liberado en cuanto se observó controlado en
reacciones físicas, bajo supervisión de 4 guardias equipados con
dardos tranquilizantes.

En el recinto se introdujo un toro macho de 550 kg.
El paciente se activó al observar el animal al animal
agresividad dirigida al paciente.

El toro efectuó múltiples embestidas desviando al m.
craxones con lentos movimientos en la zona dorsal anterior



HOSPITAL PSIQUIÁTRICO EL CAMINO
PROGRAMA POTENCIAL FÍSICO
INFORME GEN

CÓDIGO	PPA
VERSIÓN	05
FECHA	Marzo 2023
PÁGINA	11
VIGENCIA	2023 - 2025

ausencia de respuesta significativa, se aplicaron 2 descargas eléctricas
adicionales de 100V al paciente desde el exterior de la paila.
Durante la tercera embestida, el paciente debido al animal
brinco aprox. 1 m. después.
Tras el suceso, el paciente se dispuso a sus vías, adoptando cond-
ta de balanceo, sin reaccionar al estímulo.
Se procedió a sedar al paciente y trasladarlo a su celda.

Observaciones:

- Presente actividad paroxística, requiere monitoreo estrecho para generar otros
estímulos intensos.
- No efecta mandatos breves, reaccionando únicamente frente a
la fuerza de presión de estímulos superiores aún no ha sido
autofijado; en pruebas previas, fue capaz de avanzar la cabeza de
una muestra con un solo movimiento, equivalente a pres-
sionar a 400g.
- No se demostró capacidad para caminar y mantenerse



HOSPITAL PSIQUIÁTRICO EL CAMINO
PROGRAMA POTENCIAL FÍSICO
INFORME GEN

CÓDIGO	PPA
VERSIÓN	05
FECHA	Marzo 2023
PÁGINA	12
VIGENCIA	2023 - 2025

una animal con el dolor de su por su propia fatiga.
Plan y recomendaciones:
• El animal del toro debe ser llevado a análisis hemorrea
para replicar el movimiento y estimar la fuerza aplicada por
el paciente.
• Continuar con el protocolo de evaluación de fuerza y conduct-
• Prueba punto: 25 de marzo de 2023.



En el recinto se introdujo un bovino macho de 550 kg como estímulo conductual. Se aplicó descarga eléctrica al animal para inducir agresividad dirigida al paciente.

El bovino efectuó múltiples embestidas, derribando al sujeto en dos ocasiones, con lesiones menores en la zona dorsal anterior. Ante la ausencia de respuesta significativa, se aplicaron tres descargas eléctricas adicionales de 5000 V al paciente desde el exterior de la jaula.

Durante la tercera embestida, el paciente detuvo al animal sujetando ambos cuernos, derribándolo lateralmente y provocando avulsión de uno de los cuernos, lo que derivó en convulsiones y muerte del bovino aproximadamente un minuto después.

Tras el evento, el paciente se desplazó a un rincón, adoptando conducta de balanceo rítmico, sin contacto visual ni respuesta a estímulos externos. Se procedió a sedación farmacológica y traslado a su celda.

Observaciones

- Mantiene actitud pasiva; requiere motivación externa para generar acción.
- No ejecuta mandatos básicos, reaccionando únicamente frente a estímulos intensos.
- La fuerza de prensión de extremidades superiores aún no ha sido cuantificada; en pruebas previas fue capaz de arrancar la cabeza de un ovino macho con un solo movimiento, equivalente a presión superior a 400 kg.
- En esta sesión demostró capacidad para derribar y neutralizar un animal con el doble de su peso sin signos de fatiga.

Plan y recomendaciones

- El cuerpo del bovino será enviado a análisis biomecánico para replicar el movimiento y estimar la fuerza aplicada por el paciente.

- Continuar con el protocolo de evaluación de fuerza y conducta.
- Próxima prueba: 25 de marzo de 2023.

Daniel, quedó pasmado tras leer una y otra vez el documento. Se llevó las manos a la cabeza tratando de convencerse de lo que decía ese informe.

Sus sospechas se tornaban reales, pero a un nivel muy distinto a lo que imaginó. «¿Qué hago? ¡Esto es grande! Debe estar involucrada mucha gente importante», pensó.

—Para el registro: Día 76. En el despacho de Vladimir Mertins encuentro evidencia de experimentación en humanos. Paciente Abel Montt es sometido en reiteradas ocasiones a malos tratos y pruebas físicas, para calcular su potencial de fuerza y resistencia.

»La inscripción de dichos estudios se realiza de forma manual y se archiva en fichas clínicas anexas a las del uso del personal habitual.

»Cada uno de los pacientes del área restringida cuenta con una ficha médica anexa en el despacho de Mertins.

»Los pacientes del piso -2 tienen una conducta algo errática y poco comunicativa. La única forma de obtener información acerca de la ubicación del “óvalo de pruebas”, y saber qué pasa ahí realmente, será a través de Ricardo Cruz.

CAPÍTULO 6: INTERROGATORIO

Por fin llegó el tan anhelado día para el inspector Aguirre. Obtuvo el pase para poder interrogar a Ricardo Cruz en el caso Perros salvajes.

Con el afán de poder conseguir una confesión a toda costa, solicitó explícitamente que el paciente estuviera sin sedación en el interrogatorio. Esto fue negado en un comienzo. Luego se aprobó bajo estrictas condiciones: restricción física del paciente, resguardo de seguridad policial y del psiquiátrico.

Ricardo Cruz fue puesto de pie en una especie de jaula con camisa de fuerza, encadenado de pies y cuello, y custodiado por cuatro policías armados, dos a cada lado de la jaula. Se posicionaron otros cuatro guardias en el acceso y dos enfermeros, dispuestos para sedar al paciente en caso de ser necesario.

Fuera de la celda 66 se encontraba la doctora Klorman, junto con los guardias del psiquiátrico, dando las últimas instrucciones.

—Como lo hablamos en la reunión, ante cualquier reacción violenta del paciente, el interrogatorio termina de inmediato y se activa el protocolo de emergencia —le reiteraba la doctora al personal de seguridad, cuando de pronto fue interrumpida.

—Buenos días, doctora. Al fin llegó el día. ¿Todo en orden?

—Inspector Aguirre, buenos días. Se ve menos irritado esta mañana —le contestó la doctora con una sonrisa fingida.

—Así es, ya está todo preparado.

—Tiene exactamente treinta minutos para hacer sus preguntas. Lo veo muy acompañado, ¿quiénes nos hacen el honor esta mañana?

—Ellos son colegas de la central y el fiscal Navarro que viene a supervisar el interrogatorio.

La doctora, molesta, le reiteró:

—Esto ya lo habíamos conversado. Solo puede entrar una persona a hablar con el paciente. Disponemos de una cámara y grabadora registrando la conversación.

Los detectives intercambiaron miradas y murmullos. El inspector le contestó:

—No se preocupe, doctora, solo entraré yo. Ellos observarán desde el exterior.

—La seguridad es lo primero, inspector. ¿Está seguro que quiere hacer esto? —replicó la doctora, posando su mano sobre el hombro de Aguirre, casi con lástima.

—¡Es ahora o nunca! —contestó ansioso.

—Lo dejo entonces. Esperaré atenta los resultados del interrogatorio. Estaré en mi oficina. Me avisan en cuanto terminen —declaró antes de retirarse del lugar a paso firme.

Aguirre, en cuanto cruzó la puerta, notó cambiar el aire. Una tensión extraña consumía el lugar. Había un silencio sepulcral. La habitación era bañada por una luz tenue, mientras que la jaula estaba iluminada por un foco cegador. El resto de la habitación quedaba en penumbras.

Una silla y una pequeña mesa le esperaban justo frente a la jaula.

Ahí estaba Ricardo, tranquilo, a pesar de la situación, con una mirada vivaz, sin perder de vista al inspector.

Aguirre decidió sentarse. De pronto, sin espera, Ricardo rompió el silencio.

—Bueno, acá me tienes. Supongo que todo este show es por algo importante, ¿no? Tienes pinta de paco.

—Soy el inspector de Investigaciones Alfonso Aguirre y estoy a cargo del caso Perros salvajes. Estoy acá para interrogarte acerca de los hechos ocurridos el día 2 de junio del 2023 —aclaró con firmeza.

A medida que avanzaban las preguntas, Aguirre fue notando lucidez en las respuestas del muchacho. Ya no estaba en frente del atontado paciente psiquiátrico que le pintaba la doctora Klorman, pero tampoco era el asesino que vio el día que lo trasladaron desde el hospital de urgencias al sanatorio.

Este hecho comenzó a frustrar al inspector. El cuestionario protocolar no lo llevarían a nada, por lo que decidió evadir su conducto regular. Dejó su libreta a un lado y comenzó a hacer nuevas preguntas.

—Entonces, dices que no recuerdas nada, ¿eh?

—¿En serio, inspector? Es cuarta vez que respondo a esa pregunta.

—Varios de los que mataste eran mis amigos, ¿sabes? Compañeros de armas por años. Soy padrino de uno de sus hijos. ¿Entiendes? Los asesinaste sin piedad. ¿Te gusta matar gente? ¿Te sientes bien haciéndolo? ¿Es la sensación en las manos? ¿Bañarte de la sangre de otros es lo que te gusta?

—Ya basta, no sé de qué habla. No recuerdo nada de lo que se me acusa —respondió angustiado.

—¿Cuando ellos te pedían que te detuvieras? ¿Lo hiciste? —continuó con ironía y violencia—. No te bastó con masacrar

a toda esa gente. Ni tu propia familia se salvó, ¿o tampoco recuerdas a Laura?

De su bolsillo, el inspector Aguirre sacó una foto. En ella aparecía Laura en una camilla de hospital, vendada, con múltiples lesiones y conectada a una máquina para respirar.

—¡Contesta, mierda! ¡Confiesa! —insistía el inspector perdiendo el control.

—¡No! —gritó Ricardo y se movió con furia hacia el inspector, azotando las cadenas y remeciendo la jaula.

Esto alertó a los guardias, policías e, incluso, al fiscal que miraban desde afuera.

Aguirre, con una señal, les pidió calma y que lo dejaran seguir.

—¡Eso! ¡Bien! Ahí está el verdadero tú. Comenzamos a vernos las caras —dijo el inspector aplaudiendo.

—No hagas esto —respondió Ricardo entre lágrimas.

—¿Crees que voy a sentir pena por ti, hueón? ¿A quién más mataste?, cuéntame. ¿Ahora nos quieres matar a nosotros, perro de mierda? ¡Eso es! Ahí está la mirada asesina. Ahí está el hueón que parece que nadie quiere ver —continuaba Aguirre, tratando de llevar al límite a Cruz.

—¡Basta! ¡Déjame en paz! —vociferó Ricardo, tratando de tapar lo que decía el inspector.

Cruz cerró los ojos y bajó la mirada. Se fue apagando poco a poco y se mantuvo quieto por unos instantes. Aguirre se mostraba desconcertado por la actitud pasiva que tomó Ricardo. Continuó agrediendo y exaltando al prisionero, por varios minutos más, pero sin respuesta.

Para desgracia de Aguirre y de la gente que custodiaba el interrogatorio, Ricardo ya no estaba presente, era cuestión de minutos para que notaran el gran peligro en el que estaban.

El inspector entró en desesperación al no recibir respuesta ni movimiento alguno de Ricardo.

Le pidió a uno de los policías que se acercara y lo moviera con su arma para obligarlo a reaccionar. Justo en ese momento todo comenzó.

En cuanto el policía hizo contacto con el cuerpo de Ricardo, este abrió los ojos de golpe. Ante la mirada absorta del inspector aparecieron los ojos negros y sin vida, los mismos que habían visto en los videos y escuchado en los testimonios.

Todos enmudecieron producto del miedo y, sin poder hacer ni decir nada, el inspector atinó a retroceder deslizando su silla y se levantó torpemente.

Los policías comenzaron a recibir instrucciones desde el exterior y el fiscal golpeaba la puerta desde afuera, pidiendo al inspector que saliera de inmediato.

De pronto, todos estaban en acción. El protocolo de emergencias había sido activado. Sin embargo, no sabían todavía a qué se enfrentaban.

La bestia abrió los ojos y en segundos reaccionó. Se mecía de lado a lado y, al notar sus ataduras, siguió agitando la jaula cada vez con más violencia.

De pronto, fue tanta la fuerza que todo el piso tembló. Sin embargo, no logró liberarse de las cadenas ni de la jaula. No poder salir hizo que el animal se enfureciera aún más.

Un crujir de huesos y articulaciones, junto con gritos guturales, llenaron la celda. El pánico se desató en la sala. Todos fueron testigos de cómo aumentó su tamaño y rompió las cadenas. La camisa de fuerza se rasgó dejando al descubierto su torso desnudo. Se podía ver a un humano-animal que medía casi dos metros.

Tanto los enfermeros como los policías perdieron el control. Junto al inspector, se dirigieron a la salida sin pensarlo dos veces. Lamentablemente, la puerta estaba cerrada por afuera.

Todos gritaban de desesperación pidiendo ayuda. El fiscal gritaba desde el exterior a los guardias para que dejaran salir a la gente del peligroso lugar.

Con una mirada impávida, uno de los guardias, dijo:

—El protocolo de seguridad fue accionado. Nadie entra ni sale de la celda hasta que el paciente esté en calma nuevamente.

Al verse acorralados, los policías comenzaron a disparar hacia la jaula con todo lo que tenían. Los enfermeros trataban de acertar dardos paralizantes, mientras que el inspector golpeaba el vidrio pidiendo ayuda sin respuesta alguna.

La bestia se movía en un espacio mínimo dentro de la jaula. Nada era capaz de dañarlo. Los disparos solo retardaban el escape de esos barrotes.

Cuando las municiones menguaron, la bestia tomó una de las paredes de la jaula entre sus enormes manos y la abrió sin mayor esfuerzo.

En cosa de segundos, ya había destrozado la cabeza de un policía contra el muro. Continuó uno a uno. De los gritos, se pasó a un silencio de shock. El terror enmudeció a cada víctima que veía en el cadáver anterior su futuro próximo. Solo quedó en pie el inspector Alfonso Aguirre, a quien levantó tomándolo por el cuello y lo elevó por sobre su cabeza.

Como en un acto de pequeña cordura, casi reconociendo al detonador de su furia y sin hacer un daño inmediato como al resto, solo se quedó ahí, sosteniéndolo, sin dejar de verlo a los ojos. El inspector, resistiéndose, llevó sus manos al cuello, haciendo un esfuerzo inútil por zafarse de la enorme garra bañada

en sangre que comenzaba a asfixiarlo, hasta que, con el último instinto de supervivencia, Alfonso tomó su arma de servicio, la puso en la frente de la bestia y disparó, obligando a Cruz a soltarlo. El animal esquivó el disparo por milímetros. La bala impactó en la pared del fondo. Aguirre continuó disparando desde el suelo mientras la bestia se movía a través de toda la celda. Sintió un líquido tibio bajar por su cuello. Por instinto, se cubrió la zona con su mano y cubrió la herida. La bestia aprovechó para lesionarle la tráquea con la misma garra con la que lo había asfixiado antes. Aguirre comenzó a desangrarse.

En medio de la agonía y el espanto, cuando el inspector comenzaba a desfallecer, se inició la secuencia de gas tranquilizante que entró por la rendija de ventilación de la celda.

Tanto Cruz como el moribundo Aguirre quedaron completamente sedados.

En el exterior, se vivió una batalla diferente.

Antes de la sedación, hubo una guerra campal entre los guardias y el fiscal con su comitiva. El caos y el griterío alarmó a todo el psiquiátrico. Estaban todos atentos a lo que estaba pasando en el interior.

No tardó en llegar la doctora Klorman a poner orden a la situación.

—Vladimir, llama de inmediato al equipo de contención —dijo la doctora al enfermero mientras caminaba a toda prisa hacia la celda.

Haciéndose espacio entre los guardias y el fiscal —que aún discutía, rodeado de muchos curiosos— logró intervenir.

—¡Abran la celda! Ya debería estar sedado —dijo con voz firme a los guardias, que accedieron sin discutir.

En cuanto la puerta se abrió, Vladimir, junto a un equipo de hombres armados, sacaron rápidamente a Cruz.

Casi sin notarlo, ya había equipos de morgue y resucitación en la sala. Entre ellos estaba Daniel, el enfermero, quien en un comienzo no podía creer lo que estaba viendo. Notó que el inspector aún tenía signos vitales.

—¡Está con vida! ¡Hay que enviarlo directo a pabellón! Necesito unidades de glóbulos rojos. ¡Ahora! —gritó Daniel.

Mientras se llevaban al inspector, Daniel no dejaba de mirar cada cuerpo destrozado en la celda. No podía dejar de pensar que él podía haber sido uno de ellos.

—Esto es demasiado —murmuraba entre dientes.

A lo lejos, se escuchaba al fiscal gritándole a la doctora.

—¡Cómo dejó que esto pasara! ¡Están todos enfermos en este lugar!

—Yo mismo seguí el interrogatorio por las cámaras. El inspector Aguirre no siguió el protocolo con las preguntas que fueron aceptadas —decía Mertins a Klorman, quien lo escuchaba con una calma que abrumaba aún más al fiscal.

—Además, él sabía perfectamente a qué se enfrentaba. Insistió en que no lo sedaran. Tiene suerte de seguir con vida. Lo mejor es que deje el caso. Claramente, no tiene las facultades y está comprometido personalmente —replicó Klorman—. ¿Acaso usted no logra entender que la muerte de estas personas es culpa de Aguirre? —continuó Klorman.

El fiscal llevó su mano a la cara, bajó la mirada y, de pronto, perdió el equilibrio. No tenía nada más que decir. Estaba impotente y no podía salir del impacto. Se le escaparon varias lágrimas en el intento de entender qué era lo que estaba pasando frente a sus ojos.

—¡Fiscal! ¿Me escucha? ¡Daniel, rápido, una camilla! Lleva al fiscal para que le tomen los signos vitales —dijo Klorman preocupada.

—Estos policías y el fiscal poco entienden con lo que estamos lidiando —murmuraba la directora camino a su oficina, junto a Vladimir que asentía con cada palabra.

—Ese Aguirre es un imbécil, siempre se lo dije —rezonaba Mertins.

CAPÍTULO 7: JUICIO

—Tome asiento, señora... ¿Marta? ¿No?

—Sí, soy Marta... Marta Guerrero, la madre de Ricardo Cruz.

—Bueno, hábleme un poco de la infancia de Ricardo. En el informe psiquiátrico que me facilitó aparecen ciertos eventos relevantes que me gustaría pudiera relatar. Específicamente a los 5 años. Cuénteme, ¿qué pasó entonces? —preguntó Klorman con seriedad.

—Ricardo siempre fue un niño muy tranquilo, un buen niño. Vivíamos en una parcela y teníamos muchos animales y aves de corral, unos más salvajes que otros. Como todos los niños, a veces Ricardo corría tras ellas. Un día escuché un grito de Ricardo. Pensé de inmediato en el gallo, el macho del gallinero, que siempre era algo agresivo cuando lo molestaban. Entonces, corrí a verlo. Ricardo estaba cubierto de sangre, la cabeza del gallo decapitada a un lado de mi hijo y el resto del cuerpo en el hocico de mi perro. Grité pidiendo ayuda, creyendo que Ricardo estaba herido.

—¿Y, entonces, qué pasó?

—Bueno, lo lógico. Lo llevamos al médico. Para nuestra sorpresa no tenía ningún rasguño. Culpamos al perro y lo sacrificamos.

—Entiendo. ¿Con respecto al evento de los 9 años? Comenzó con terapia y medicamentos por lo que en el informe me indica, ¿no? —prosiguió Klorman con interés.

—Esa vez pasó algo similar. Llegó a casa muy asustado y cubierto de sangre. Nos contó que unos perros lo habían perseguido y que corrió, pero que no recordaba cómo había llegado a la casa ni por qué estaba ensangrentado. Descubrimos que no era su sangre la que traía encima, sino la de los perros que encontramos muertos a unas cuerdas de la casa. Nos preocupamos. Entonces comenzó a asistir a terapia psicológica. Pronto fue derivado al psiquiatra, quien le prescribió algunos tranquilizantes. Desde que tomaba los medicamentos, no volvió a suceder nada semejante hasta los 15 años.

—Ahí es a donde quería llegar. A los 15 años sucedió lo del incendio, ¿no?

—Así es. En la parcela teníamos un vecino con el mal de Diógenes. Era un acumulador compulsivo. Construía pedazos de su casa con chatarra. Tenía un basural cada vez más grande, tanto que su casa quedó demasiado junta a la nuestra. Un día, como era de esperarse entre tanta basura (siempre temimos que pasara), se provocó un incendio. Este acabó con su vida y gran parte de nuestra casa. Ese día yo estaba trabajando lejos de casa en un turno de noche. En casa solo estaba mi hija, mi nieta (de no más de un año) y Ricardo. Se despertaron en medio de las llamas que comenzaban a consumir parte de la casa. En la desesperación, Ricardo corrió solo fuera de la casa. Pero se percató que su hermana y su sobrina estaban aún dentro. Se estaban asfixiando con el humo y no podían salir.

—Entonces, ¿qué pasó? —interrumpió Klorman mientras tomaba apuntes.

—La verdad es que él no recuerda más —contestó rápidamente la madre de Cruz—. Pero mi hija me contó su versión con lo poco que recuerda. Para ella fue como un sueño o una pesadilla. Mi hija sintió un estruendo. Asegura que la pared de su cuarto se partió en medio, que la tomaron junto a su bebé y las arrastraron lejos de las llamas. Cuando recobró la conciencia, solo recuerda ver que la casa se consumía.

—Y Ricardo, ¿qué pasó con él mientras esto ocurría? —siguió preguntando Klorman.

—Bueno, como le comentaba, yo no estaba ese día. Llegué horas más tarde, cuando la casa estaba completamente quemada. Mi hija y nieta estaban a salvo afuera. Ricardo apareció descalzo y sin polera unos minutos después de que yo llegara. No supe de dónde venía o dónde había estado. Asumimos que se había fugado por el shock. Esto nos llevó de nuevo a las sesiones psiquiátricas, que se mantuvieron sin complicaciones hasta los 18 años. Luego fue dado de alta sin medicación. Hasta ahora jamás había tenido alguna recaída.

—¿Qué hay de su padre? Me doy cuenta que jamás habló de él en su relato.

—Su padre nos abandonó durante el embarazo de Ricardo y nunca más supe de él, salvo una carta que en resumen decía que estaríamos mejor y más seguros sin él. Muchos años después, llegaron rumores que estaría muerto, pero la verdad es que no sé si es así —aclaró con desgano la madre de Cruz.

—¿Ustedes jamás creyeron que su hijo fuera el causante de todos estos eventos? —dijo Klorman con suspicacia.

—Pensamos en esquizofrenia, depresión, bipolaridad, TEA; diagnósticos con los que especulaba el psiquiatra. Si me pregunta si alguna vez pensé que tuviera alguna clase de súper poder o se transformara en una bestia, jamás lo pensamos. No-

sotros jamás vimos algo así. Él nunca nos pudo decir lo que había pasado. Lo único que teníamos era el relato de mi hija, que en verdad nunca aclaró nada —respondió Marta.

—¿Está al tanto de los crímenes? A la fecha, se le acusa de más de diez crímenes, varios de ellos confirmados con testigos y grabaciones. Su sentencia será dictada en los próximos dos días.

Esta vez, con lágrimas en los ojos, la voz de Marta se quebró y respondió:

—Claro que estoy al tanto. Aún no podemos creer lo que está pasando. Esto nos está destruyendo como familia. No he podido hablar con Ricardo por más de seis meses. Su novia apenas sobrevive en el hospital. He pasado por demasiados interrogatorios, ya vi cada foto y video, y escuché cada relato que proporcionó la policía. Esto es como una pesadilla que no tiene final.

La doctora Klorman, en un acto de empatía, tomó las manos de Marta entre las suyas y trató de calmar su llanto.

—Marta, escúcheme. Lo más probable es que Ricardo no vaya a la cárcel. Bajo las circunstancias y su historial mental, su sentencia la cumplirá acá, en El Camino. Estará seguro, tranquilo y no podrá hacerle daño a nadie. Quizá, dentro de un tiempo, ya pueda visitarlo.

—Gracias, doctora. Ya no sabemos qué más hacer —dijo entre sollozos.

Dos días después de esta entrevista, el juicio y sentencia de Ricardo Cruz —por el caso Perros salvajes— se llevó a cabo bajo estrictas medidas de seguridad y sin alertar a la prensa. El juicio se realizó bajo secreto de Estado y en modalidad virtual, por petición directa del fiscal Navarro, a cargo del caso. Se tomó

esta decisión luego de presenciar el interrogatorio del inspector Aguirre, quien, dos semanas después del ataque, aún permanecía en cuidados intensivos en el hospital regional.

Con los antecedentes de Ricardo Cruz y los innumerables relatos y pruebas en su contra, todos esperaban un desenlace más violento o algún gesto de arrepentimiento. Pero Ricardo, durante la audiencia, a través de la webcam —además de estar brutalmente sedado—, no fue capaz de levantar la mirada en todo el proceso. Sin reacción, casi como un zombi, escuchó nuevamente cada ataque, cada muerto, cada detalle sangriento y, aun así, permaneció impávido, como si ya hubiese asumido su destino.

Sin más público que un par de abogados, un fiscal y un juez, el destino de Cruz se sentenció, como si de un mero trámite se tratara. El 21 de noviembre de 2023 fue condenado a cadena perpetua calificada, sin opción a beneficios, en el Hospital Psiquiátrico El Camino.

Actualmente, permanece cumpliendo su condena en el área restringida para criminales, bajo sedación constante y estrictas medidas de seguridad.

CAPÍTULO 8: PRUEBAS FALLIDAS

Es primavera, casi es media tarde. Los árboles florecen y el aire es puro; puedo sentir la brisa en mi rostro. Camino hacia la buganvilia que está en la entrada de la parcela. Algo me llama hacia ese lugar. No sé qué es, pero no tengo temor. Por el contrario, siento paz en mi interior.

Algo o alguien está tras de mí. Me giro rápidamente para ver, pero ya no está. Se esconde entre los árboles. Trato de perseguirlo, pero no lo logro alcanzar. De pronto, estoy en un parque. Todo se oscurece; veo a Laura. Hay sangre en mis manos. Trato de huir y corro a través de los árboles, pero la desesperación se apodera de mí.

Por fin vuelvo a casa. Es de día nuevamente, y otra vez está esa presencia. Trato de alcanzarla. No puedo. Algo me lleva hacia la buganvilia. Me siento en el piso, apoyado en el tronco, bajo las flores rojas, y espero.

Sin notarlo, ahí estaba ella, parada frente a mí. Lleva un vestido blanco, radiante; el pelo, largo y negro. Está pálida como el hielo. Sus ojos azules brillan. Es muy joven, de apenas 16 años. Me mira fijamente. Algo en su mirada me calma. No siento miedo.

—¿Quién eres?

Se acercó a mí con una sonrisa, y al oído me dijo: «Soy Prémone».

Ricardo despertó de un sobresalto. Estaba atado a la cama. Su único lugar de escape era su mente. A través de los sueños, por unos instantes, lograba evadir la realidad, pero ahora era distinto. Ella le dio un pequeño respiro de esperanza.

—¿Prémone? —se preguntaba así mismo mientras miraba el techo de la celda.

De un portazo, la calma se acabó. Era Vladimir Mertins con un equipo de guardias y enfermeros que Ricardo no había visto antes.

—Directo al óvalo. Ya tienen todo preparado, muévanse. Hoy veremos de qué estás hecho, animal —dijo Mertins con tono de burla.

Ricardo, desorientado, sin saber la hora, en qué celda estaba ni adónde lo llevaban, prefirió no exaltarse. Con desgano, dejó que lo trasladasen sin hacer mayor problema. Esto llamó la atención de Mertins, quien no perdió la oportunidad.

—¿Qué pasa, mierda? ¿No vas a discutir como de costumbre? —insistió Mertins—. ¿Qué le pasa a esta escoria? ¿Le quitaron la medicación ayer como pedí, verdad? —preguntó al personal del piso -2.

—Sí, claro. En el expediente dice que está limpio hace veintitrés horas, aproximadamente —respondió uno.

—Bien, bien... Ya veremos cómo te va hoy. Ni te imaginas lo que te espera —murmuró con un tono amenazante.

Luego de bajar por un ascensor y recorrer un largo pasillo iluminado por grandes lámparas fluorescentes, llegaron a unas instalaciones muy distintas a las áreas del psiquiátrico. Parecía

más bien un centro de entrenamiento militar con un gran óvalo en el centro. Militares armados custodiaban el lugar desde Torretas. Había en el centro algo similar a una jaula de peleas.

Desde el segundo piso, había unas oficinas con personas de bata blanca mirando y comandando todo.

—A este, déjalo en las jaulas, ahí, al lado de Montt. Ojo que es de los peligrosos —dijo Mertins en cuanto llegó al óvalo.

Cruz quedó impactado al ver a semejante monstruo al lado de su celda. Este lo miró fijamente sin expresión alguna. A pesar del miedo que le provocó ese encuentro, su atención se volcó directamente hacia la jaula central de tipo cuadrilátero en el óvalo de pruebas. Había, sentado en un extremo del cuadrilátero, un niño pequeño de no más de 10 años, delgado y de cabello alborotado. Estaba, apoyando su sien en su puño en señal de aburrimiento.

Desde el segundo piso se escuchó una orden:

—Metan a los rottweilers.

Dos perros de gran tamaño y fuerza entraron en la jaula junto al niño.

Al ver la escena, Ricardo dejó su letargo y se puso de pie de un salto, atónito con lo que estaba mirando.

—¿Qué mierda le van a hacer?

Mertins, quien lo custodiaba desde fuera de la jaula, notó su inquietud y le dijo:

—¿Qué? ¿Creías que eras la única persona especial acá? Solo mira y disfruta del espectáculo.

Los dos perros comenzaron a gruñir, dispuestos a atacar, pero el niño seguía inmóvil. Tras un largo bostezo, extendió la mano y, ante la mirada de todos, se intercambió con uno de los rottweilers.

Ahora el niño estaba junto a uno de los perros, mientras el otro animal ocupaba su posición en la silla jadeando tranquilamente.

Al ver al niño a su lado, el perro no dudó: se lanzó directo hacia él y lo atacó. Desmembró su cuerpo, zamarreándolo como un muñeco de trapo. Un festín de sangre y tripas llenó toda la jaula.

Ricardo no podía creer lo que estaba viendo. Cómo era posible que dejaran que unos perros se comieran vivo a un niño. Estaba desconcertado. Nadie hacía nada. Entonces, ya no pudo controlarse y gritó:

—¡Basta!

Mertins, con una gran sonrisa malévola, le dijo:

—Cállate y disfruta, hueón.

De pronto, ante sus ojos, apareció el niño intacto en el mismo lugar del comienzo. Lo vio dar un segundo bostezo. Al otro extremo del cuadrilátero, uno de los perros estaba terminando de descuartizar su anterior cuerpo.

Ricardo no entendía lo que estaba pasando. A su alrededor, parecía que a nadie le impactara. Antes de que Ricardo pudiera preguntar, Mertins lo interrumpió.

—Él es capaz de generar ilusiones. Puede hacer que el resto vea lo que él quiera. Es lejos uno de los más peligrosos de El Camino. Ese pendejo ha matado a más gente que tú.

Desde uno de los extremos, le dispararon un dardo tranquilizante, y se lo llevaron.

—Ya, mierda, es tu turno. Veamos de qué eres capaz. Deléitanos con tu monstruosidad —le dijo Mertins con sarcasmo—. Martínez, lleva a este hueón a la jaula y no le quites las cadenas ni la camisa de fuerza hasta que esté dentro.

Por fin, luego de tantos meses, se sentía libre. Sus manos y pies, sin ataduras; su torso, sin esa maldita camisa de fuerza.

Cerró los ojos sin miedo. La envió lejos para no pensar en lo terrible del momento. Extendió los brazos y por fin respiró.

Abrió los ojos y la realidad volvió bruscamente. Los minutos pasaban y él pensaba: «¿Me van a comer unos perros? ¿Tendré que pelear con alguien o algo? ¿Me dispararán? ¿Hoy moriré?».

La incertidumbre se apoderó de la mente de Ricardo y toda la tranquilidad de pronto se esfumó. Comenzó a caminar como animal enjaulado y su corazón latía como nunca.

—¡Déjenme salir! —gritó.

Golpeó la reja con agresividad y siguió gritando sin obtener respuesta alguna, hasta que uno de los guardias le dio una descarga de electroshock a distancia.

Ricardo se desplomó de inmediato y cayó rígido al piso. Quedó paralizado por unos segundos.

La puerta se abrió y comenzaron a entrar, uno a uno, varios militares con distintos tipos de armas y, sin esperar que Ricardo pudiera reincorporarse, uno le disparó sin ningún miramiento a las piernas.

Los gritos de Ricardo resonaron por todo el óvalo. Disparó y disparó sin parar. La sangre comenzó a derramarse por todo el piso. El militar no daba ninguna señal de querer detenerse. Descargó por completo la Glock G-20 en él: quince tiros a quema ropa, directo a las piernas.

Mientras se desangraba, se arrastró por inercia tratando de escapar. Gritaba por la ayuda que nunca llegaría. Cuando logró por fin llegar al otro extremo de la jaula, un segundo militar abrió fuego nuevamente, esta vez con una escopeta automática calibre 12. Le destrozó, de inmediato, parte de la espalda y, al igual que el anterior, no paró hasta acabar los seis cartuchos.

Ricardo yacía en un inmenso charco de sangre. Un tipo de bata blanca entró en la jaula y constató lo que para todos los espectadores era obvio: Ricardo estaba muerto.

Ninguno de los militares salió de la jaula. Todos permanecieron impávidos y atentos. El resto de los espectadores —médicos, científicos, guardias, militares, incluso otros pacientes en sus jaulas— se quedó callado. Un silencio tenso y angustiante dominó el momento.

Entonces, hubo un leve movimiento de un dedo de la mano de Cruz. Los tranquilos militares cambiaron de actitud. Uno comenzó, rápidamente, a preparar la ametralladora AK-47 cuando, de pronto, dio un paso atrás.

Una de las heridas de la pierna de Cruz comenzó lentamente a cerrarse. Absorto ante lo que veía, no fue capaz de disparar y se quedó pasmado mirando tan extraño fenómeno.

Ricardo, poco a poco, y de manera inestable, se fue incorporando. Tambaleaba dándole la espalda a los militares. En cosa de segundos todas sus heridas sanaron.

Un militar de alto rango, desde fuera, gritó:

—¿Qué hacen ahí parados, imbéciles? ¡Disparen!

La orden hizo reaccionar de inmediato al tercer militar, quien disparó todo el cargador sobre la espalda y cabeza de Ricardo. Esta vez no hubo efecto. Las balas no le hicieron ningún rasguño. Su cuerpo no se movió ni un centímetro con la ráfaga de disparos.

Cruz comenzó a girar lentamente. Miró de frente a todos sus verdugos. Los ojos negros brillaban en la cara del *Perro*. La transformación había comenzado...

Los gritos en el óvalo no se hicieron esperar. Pasó de un silencio aterrador a un enjambre de abejas. Cada uno de los mi-

litares comenzó a preparar sus armas, sin embargo, fue en vano. Antes que logaran apuntar, el *Perro* había arrancado la cabeza de tres de sus atacantes.

A medida que seguía asesinando, se veía cada vez más grande y salvaje. La masacre estaba desatada y el futuro de todos ahí dentro estaba decidido. Entonces, unas puertas de acero emergieron de los costados de la jaula, sellándola y llenándola de gas tranquilizante.

Su primer día de pruebas terminó en tragedia.

Unos minutos más tarde, Ricardo fue trasladado a su celda 66.

Justo antes de perder por completo el conocimiento, tras la administración del gas tranquilizante, logró divisar que en una de las celdas de prueba había una joven de cabellos negros y piel pálida que lo miraba con tristeza... Segundos antes de cerrar sus ojos, pensó: «¿Es Prémone?».

CAPÍTULO 9: JUNTA MÉDICA

—Estamos claros que esta es de las peores cagadas que se han mandado. ¿Cómo se les ocurre meter a esos militares ahí dentro con semejante monstruo? ¡Esto no puede volver a pasar! —dijo con firmeza el doctor Meyer.

—Concuerdo totalmente. Entiendo que los de la compañía de armas Krupp están dispuestos a sacrificar a sus hombres, pero esto no lo podemos transformar en una carnicería —dijo la doctora Klorman.

—Ya estamos trabajando en los nuevos protocolos de seguridad. Ningún humano entrará a la jaula con un gen nivel 5, o que se sospeche de un nivel alto —dijo uno de los enfermeros a cargo.

—Espero que se haya obtenido alguna clase de informe. ¿Sabemos algo de este tipo? ¿Toda esa sangre valió la pena? —insistió Meyer, molesto.

Vladimir, alcánzame el informe —dijo Klorman y comenzó a leer:

Personalidad A

Paciente: Ricardo Cruz, gen nivel 5, en investigación.

Estado físico: Paciente sano, sin patologías. Reacciona de forma normal ante electroshock e impactos balísticos de distintos cali-

bres. Es capaz de sangrar y sus huesos se fracturan ante los proyectiles. Es completamente vulnerable a los estímulos básicos. Estado Psicológico: Paciente sano, sin psicofármacos, consciente, sin signos de trastornos mentales. Reacciona en forma normal a estímulos violentos, tanto verbales como físicos, elevando sus niveles de cortisol en sangre a más de 1000 nmol/L. Se sospecha que la exposición a este tipo de situaciones activa su otra personalidad.

Personalidad B

Estado físico: No le afectan los impactos balísticos. No sangra. Su velocidad y tamaño aumentan. Sus extremidades superiores se vuelven resistentes.

Su vista se agudiza y sus ojos cambian al color negro. Su estructura ósea crece junto a su altura en la misma proporción llegando a 210 cm, según las cámaras del óvalo.

Es vulnerable solo al gas tranquilizante en altas dosis, en lugar controlado y cerrado.

Estado psicológico: No reacciona a ningún tipo de orden, su comportamiento es violento, defensivo y no errático.

—Lamentablemente, es todo lo que tenemos por ahora. Tendremos que seguir haciendo pruebas con Ricardo Cruz si queremos aprovechar al máximo el potencial que tiene. Los de Krupp están muy interesados en este caso y están financiando toda esta investigación —dijo Klorman al terminar el informe.

—Claramente necesitan poder controlar al muchacho, y estamos lejos de eso. ¿Qué hay del compuesto C24? Ya se usó en Montt y dio buenos resultados. Deberíamos probar, ¿no? —dijo el doctor Larraín.

—Ya pronto, doctor. No nos adelantemos. Debemos estar seguros de cómo el paciente cambia de un estado a otro. Es pri-

mordial entender ese punto de transición para poder controlarlo —dijo Klorman.

—Seguiremos con las pruebas, tal como estaba previsto, esta vez, con los protocolos actualizados y en orden de prioridad. La próxima prueba será para la siguiente semana. Luego de eso, nos volveremos a reunir. Que tengan todos buena tarde —dijo el doctor Meyer terminando la reunión.

Daniel, como de costumbre, volvió a sus rondas de visita a los pacientes del piso -2. Esta vez, iba con ansias de poder hablar con Ricardo. Este sería su única fuente para confirmar que era cierto lo que encontró en la oficina de Mertins.

A pesar del gran desastre que presencié en el interrogatorio de Aguirre, Daniel ya no sentía ese miedo incontrolable al entrar a la celda 66. Por el contrario, después de leer los documentos, estaba cada vez más seguro de que los pacientes no eran villanos, sino víctimas.

—Ricardo, ¿cómo amaneciste? Ayer no estabas en tu celda. Me dijeron que te estaban tomando unos exámenes.

—¿Exámenes? Ja, ja, ja. Claro. Algo así —dijo con ironía, Cruz.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Muy terrible? No me digas que... le tienes miedo a las agujas —le dijo Daniel, tratando de mantener una conversación.

—Tú sabes lo que pasa. No te hagas el imbécil.

—A ver, tranquilo, no te exaltes. No sé de qué hablas. Dime, ¿fue algo muy terrible? ¿Qué tipo de examen te hicieron? —dijo Daniel con intriga.

—No fue ningún examen. Me encerraron en una jaula y me electrocutaron. Luego, antes de reponerme, descargaron varias armas en mí. No sé qué pasó luego. Creo que perdí el conocimiento. ¡Querían matarme! No sé cómo estoy vivo.

Daniel no supo qué responder. Sus sospechas eran ciertas. Ricardo había pasado por el óvalo de pruebas. «Aquí está la llave para resolver el enigma», pensó.

—¿Crees que estoy mintiendo o exagerando? No te quedes ahí sin decir nada. ¿Viste? Te haces el idiota ahí parado. Sabes perfectamente de qué estoy hablando —dijo Cruz, algo exaltado frente al silencio de Daniel.

—¿Sabes cómo se llama el lugar a donde te llevaron? —interrumpió Daniel con seriedad.

—El óvalo. Algo así escuche que dijo el enfermero viejo, ese medio nazi —dijo Ricardo.

Daniel contestó con un gran suspiro:

—Es lo que me temía. Se llama el «óvalo de pruebas». No tengo más información, ni acceso. Encontré, por casualidad, unos documentos que hablaban de él. ¿Puedes contarme lo que pasa dentro? Me intriga saber.

—¡Pregúntale a tu doctora! Seguro ella contará con lujo de detalles —le gritó Ricardo, hartado de la conversación.

—Claramente no me dirán lo que pasa ahí. Está lejos de ser algo legal, Ricardo. Déjame ayudarte, confía en mí —le dijo Daniel.

—¿Por qué debería confiar en ti si eres parte de ellos? Si te cuento, tal vez me hagan más daño la próxima vez. ¿Puede ser una trampa! —dijo Cruz con firmeza.

—Bueno, ¡me arriesgaré!

Daniel se acercó al oído de Cruz y, susurrando, le dijo:

—Esto es algo difícil de contar y la verdad no estoy seguro, pero te diré de todas formas. No soy exactamente un enfermero, me contrató un externo para investigar el psiquiátrico.

—¿Y por qué me lo cuentas? Si le cuento a alguien...

—¡Shhh! ¡Me matarán probablemente!, pero siento que puedo confiar en ti, ¿puedo? —interrumpió Daniel.

—Sí, supongo —respondió Ricardo con un bufido—. Esto es delirante... ¿Y el loco soy yo? ¿Eres como James Bond o algo así? —continuó entre risas.

—Solo soy un investigador privado. No sé si tan genial como el espía 007, pero soy bueno en lo que hago.

—¿Qué más puedo perder? ¿Verdad? ¿Qué quieres saber exactamente?

—¡Todo! Cuéntame todo lo que viste y lo que hicieron contigo y con otros pacientes —dijo Daniel con ansias.

Luego de escuchar la narración de Ricardo, Daniel continuó registrando con su grabadora.

—Espera, ¿era un tipo gigante dices? Él es Abel Montt. Está en este mismo piso y, según los documentos, llevan años experimentando con él. El niño del que me hablas se llama Ankatu, también está en este piso, pero jamás lo vi consciente —dijo Daniel.

—Si te hirieron como que dices, ¿no deberías estar convaleciente? —continuó Daniel.

—Supongo que la bestia, o el *Perro*, como le dicen, me salvó —dijo Ricardo con algo de miedo en sus palabras, bajando la mirada.

—Si fue así, no quiero imaginar el caos que dejó —asintió Daniel y esbozó una sonrisa.

—¿Viste algo más que llamara tu atención antes de perder el conocimiento? —continuó Daniel.

—Solo la silueta de una chica de cabello largo y negro, que estaba en una de las jaulas ese día —dijo Ricardo.

—¿Ojos azules y muy pálida?

—Prémone —dijeron al unísono.

—¿La conoces? —dijo Ricardo con mucho interés.

—Claro, ella también está en este piso, pero la mantienen en coma inducido. Muchos le temen... dicen que aparece en tus sueños y te atormenta como un fantasma. ¿Cómo sabes su nombre? —preguntó Daniel.

—Apareció en mis sueños y me habló. Pensé que había alucinado cuando la vi en el óvalo —dijo Ricardo, vagando por su mente unos instantes. Luego, retomó el tema.

—¿Qué harás con esta información? ¿Qué gano con contactarte lo que vi?

—Necesito más evidencia para hacer una denuncia formal, aunque no es mi única misión. Fui contratado para reunir información y exponer la trata de personas y contrabando de armas del psiquiátrico, pero, en agosto del 2023, recibí nuevas órdenes. Me dijeron: «Debes rescatar a toda costa a Ricardo Cruz de El Camino».

—¿Qué? ¿Me estás jodiendo?

—Al parecer, afuera tienes un ángel de la guarda con mucho presupuesto. Necesito que guardes el secreto y que intentes mantener la calma. Ten paciencia. Pronto encontraré la forma de que salgas de este infierno.

—Pe... pero, ¿quién querría sacarme de acá? —replicó Cruz.

—Debo seguir mis rondas. Ya te daré más respuestas. No puedo levantar sospechas. He estado demasiado tiempo en tu celda.

Ricardo, asustado e incrédulo, quedó lleno de interrogantes. Estaba en un estado mental muy distinto al que tenía hace meses y hasta hace unos instantes antes de hablar con Daniel. Por fin había una luz al final del túnel. Aun así, la ansiedad y las dudas lo carcomían por dentro.

CAPÍTULO 10: LOS KLORMAN Y LA REBELIÓN

Julio, 1974. El psiquiatra Bernard Klorman tomó el control del Hospital Psiquiátrico El Camino, usado principalmente como centro médico, dirigido a pacientes con patologías mentales de diversa envergadura y, clandestinamente, como centro militar y de tortura en el periodo de gobierno a cargo del general Augusto Pinochet.

—Mi pequeña Elizabeth, ¡cuidado! No corras en los pasillos, es peligroso... —dijo Bernard a su hija de 5 años.

— ¡Papá!, ¿llegarás a casa?

—No, cariño, tú sabes que papá está haciendo algo muy importante. Tenemos que acabar a todos esos hombres malos que quieren arruinar el país ¿Recuerdas?

—¿Los comunistas?

—Sí, hija. Los malditos comunistas —dijo mientras sonreía.

—¿Yo también puedo matar comunistas cuando sea grande?

—Claro, hija. Tú heredarás todo esto cuando seas grande —le susurró Bernard en el oído mientras alborotaba su cabello.

—¡Matilde!, llévate a la niña, te he dicho que no la traigas al psiquiátrico —dijo Bernard, cambiando a un tono autoritario.

—Pero Bernard, llevamos semanas sin saber de ti, tienes que volver a casa. Hace meses que estás encerrado en esos laboratorios haciendo quién sabe qué —dijo su esposa abrumada.

—¡Mujer!, tú sabes que no puedo hablar de eso, ¿necesitas dinero? —dijo Bernard con firmeza.

—¡Te necesitamos a ti! —replicó Matilde entre lágrimas.

—Doctor, disculpe que lo importune, pero llegó un gen 3 que viene desde el recinto de la DINA, Villa Grimaldi. Están esperando en... —dijo un joven enfermero.

—¡Mertins!, avísales que voy en seguida —lo interrumpió Bernard.

—¿Gen 3? ¿Qué es eso Bernard? ¿Así les llaman a los prisioneros que torturan acá? ¿Contéstame Bernard!

—¡Solo recibo órdenes! Lo que estamos haciendo acá salvará al país y pagará todos tus lujos. Ahora, saca a mi hija de acá y basta de tus lloriqueos. Déjame hacer mi trabajo, Matilde.

Con paso firme abandonó su oficina y se dirigió hasta el óvalo de pruebas dejando atrás a su esposa alterada.

Bernard Klorman llegó directo a la jaula de los nuevos prisioneros. Dos militares tenían retenido a uno y lo expusieron para él.

—Veamos que tenemos acá —dijo, mientras tomó la cara del individuo con fuerza y lo examinó como un esclavista a su nueva compra.

El prisionero presentaba signos de tortura: quemaduras de cigarrillos en varias partes de su cuerpo, mordeduras y rasguños que parecían de animales, alto nivel de desnutrición y dedos con uñas arrancadas.

—¿Cómo saben que es nivel 3 esta mierda?

—Derribó a diez de los nuestros, recibió un disparo durante su escape, y solo cuando lo atropelló una patrulla, lo pudimos atrapar y tranquilizar. Los de Grimaldi usaron distintos métodos como la *parrilla* y *pau de arara* y aun así resistió —dijo el militar de alto rango.

—¿Y bajo qué causa lo tomaron prisionero?

—En la mochila tenía unos panfletos con consignas comunistas —contestó el militar.

—¡Un angelito! —dijo con sarcasmo—. Llévenlo al óvalo y veamos de qué es capaz esta mierda.

—¿Han sabido algo de «el Lobo»? —preguntó Bernard al grupo de militares.

—Desde que mató a cinco de nuestros soldados, no se ha vuelto a saber de él. Pero, ahora, como consigna en las calles, cuando ven a los militares, algunos comienzan a aullar para asustarnos —dijo uno de los militares a cargo, de apellido Carreño.

—¿Tenemos algún nombre? ¿Familia? ¿Descripción física? ¿Algo? —continuaba Klorman.

—Todos creen que es como un demonio con apariencia de humano. Disculpe lo absurdo, doctor, pero dicen que es como un hombre lobo. Por eso su apodo —contestó Carreño con temor.

—Tendremos que ver eso —dijo Klorman con una sonrisa.

—Necesito que su búsqueda continúe y que, en cuanto lo vean, disparen a matar. Solo si es posible, tráiganlo vivo, pero vivo o muerto lo quiero acá —dijo Bernard Klorman, y luego siguió vigilando las pruebas que le hacían a su nuevo inquilino.

Por aquellos años, la resistencia opositora a la dictadura se volvía más frecuente. La pobreza, el miedo y la muerte se olían en las calles de Santiago. Grupos pequeños de chilenos buscaron la manera de reunirse de forma clandestina en los horarios de toque de queda que imponía el general.

—¡Canalla llamando a canalla! —dijo entre susurros una voz desde la calle por una pequeña ventanilla hacia el interior.

—¡Pase, canalla!, pase rápido que andaba recién la yuta allá afuera. Lo están esperando en la parte de atrás.

—Compañeros, por fin lo he conseguido... He traído a ustedes lo que puede ser nuestra única salvación del viejo tirano. Acércate, pasa... Él es Lobo —dijo delante de la audiencia secreta.

Ante la incredulidad de los presentes, solo se escuchaban murmullos en vez de vítores. Nadie podía creer lo que Ramiro les estaba contando. No tardó en comenzar la lluvia de preguntas.

—¿Es una broma? ¿Es solo un niño! —gritaban sorprendidos—. ¿Cuántos años tiene? Decían que Lobo medía dos metros —vociferaban otros.

De la multitud, avanzó uno de ellos directo al muchacho, lo tomó del pecho enérgicamente y le dijo:

—¿A qué estás jugando, pendejo?

Ramiro intervino.

—Tranquilo, Raúl. Yo que tú no haría enojar al pequeño. ¡Suéltalo!

—¡Tranquilos todos! Él es Lobo. ¡Se los aseguro! Yo estuve con él cuando mató a esos milicos —insistió Ramiro—. Habla. Cuéntales de ti.

—Hola —dijo con voz temblorosa—. Soy...

—Shhh —interrumpió Ramiro—. No digas tu nombre real. Entre menos sepamos de tu familia y pasado, menor será el riesgo de que nos torturen por tratar de encontrarte.

—Soy Lobo —continúo firme, pero nervioso—, o así me dicen. Tengo 12 años y fui abandonado desde pequeño. He vivido en hogares de menores, en la calle y en campamentos, desde que tengo memoria. En una de las ollas comunes encontré a Ramiro. Me dio de comer y lo acompañé en una de las marchas. Fue ahí cuando nos acorralaron y comenzaron a disparar. Ramiro les hizo frente y, cuando lo atraparon, perdí el conocimiento. Ya no puedo recordar más —terminó con temor.

—¿Y qué quieres? ¿Qué te creamos esa mierda? ¿Así no más? —dijo Raúl levantando la voz.

—Compañero, créame a mí. Yo recuerdo todo —dijo Ramiro tocando el hombro de Raúl—. Íbamos en Teatinos, llegando a Huérfanos, cuando nos emboscó un piquete de milicos. Tratamos de arrancar, pero tenían vallas papales por todas partes. Corrimos de vuelta y nos estaban esperando. Traté de defender al muchacho para que huyera del lugar, pero me capturaron. Fue cuando todo comenzó. Con una fuerza descomunal, arrasó en segundos con tres de los milicos que estaban armados hasta los dientes. Cayeron al pavimento, desangrándose. El que me tenía en custodia me soltó al ver lo que pasaba y comenzó a disparar a Lobo.

—¿Y qué pasó? —preguntó uno entre la multitud, bajo un silencio mortal y fúnebre.

—Yo arranqué como pude. Toda la atención la tenía Lobo. Corrió de frente contra todos los policías mientras le disparaban y, en su escape, cayeron un par de milicos más. Entre todo el alboroto y los muertos, la mayoría pudo escapar.

Concluyó Ramiro, hizo una pausa y continuó.

—Desde entonces que busco a Lobo. Ayer, por fin, di con él —dijo contento, mientras daba golpecitos en la espalda a Lobo—. Ahí andaba el pobre, deambulando, medio desorientado, buscando refugio cerca de La Pintana. Bueno, acá estamos. ¿Qué dicen? ¿Es lo que querían, no? —prosiguió Ramiro ante un silencio incómodo.

—¡Así que el famoso Lobo es un niño de 12 años! ¿Cómo piensas que vamos a creer toda esta mierda, Ramiro? Por favor... —dijo Raúl con desdén.

—Te puedo mostrar si quieres... No lo controlo. Si es que sucede, pondrás en peligro a toda tu gente —intervino, con seguridad, el pequeño Lobo—. Esto ya me pasó tantas veces que no es grato contarlo. Por eso hui de las casas de acogida y de cada lugar en el que he estado. Cada vez que pierdo el control, muere gente. Recobro la consciencia días después y en lugares muy alejados de donde comenzó el desastre. Sé que a quien llaman Lobo soy yo, no sé el cómo ni el por qué, pero lo sé.

Luego agregó:

—Siempre me buscaron por los desastres que quedaban. Las muertes y destrozos causaban revuelo. Primera vez que me buscan celebrando mi maldición, según me cuenta Ramiro.

—¿Lo ven? Si Lobo está con nosotros, no habrá milico que nos haga frente —dijo Ramiro.

—¡Pero está diciendo que no controla lo que hace! Entonces, nos va a matar a todos —contestó Raúl.

—Bueno, un problema a la vez. Ya iremos solucionando ese asunto. Lo importante es que esté de nuestro lado y que no lo atrape la yuta —concluyó Ramiro.

Poco a poco, Lobo fue ganando la confianza de la gente. Pasaron semanas y ya casi todos olvidaban lo peligroso que decía

ser el niño. Se mostraba amable y servicial. Siempre agradecido de cada plato de comida que recibía. Todo el tiempo buscaba como ayudar.

Sin darse cuenta, Lobo se transformó en uno más de ellos. La consigna del Lobo se popularizó por los barrios de Santiago y en cada disturbio o intento de manifestación popular. Cada vez que la represión de los uniformados se hacía presente —de manera violenta, como solía ser en tiempos de dominio militar—, se escuchaban aullidos desde todas las direcciones y se veía cómo los piquetes se paralizaban. Pero no fue hasta el 11 de septiembre de 1974 donde por fin se atrevieron a llevar a Lobo a una manifestación. En el aniversario del golpe de Estado, algunos grupos pequeños se reunieron en secreto, aprovechando los momentos en que la vigilancia del régimen era más débil, para expresar su descontento social.

El plan era simple, pero no menos elaborado. Si la marcha se tornaba violenta, Lobo tendría que actuar. Para resguardar a la gente, todos huirían en dirección contraria y lo dejarían solo. Cuando volviera en sí, tendría cerca de diez lugares en todo Santiago y sus alrededores para resguardarse de los militares. La misión era dejar las pancartas en el frontis del Palacio de La Moneda; las exigencias eran claras: información sobre familiares desaparecidos y demandas urgentes contra la pérdida de empleos y el desabastecimiento.

Lo inesperado fue la convocatoria. Un rumor que empezó en radios clandestinas y se amplificó por bocas anónimas convirtió el mitín en algo mayor: marcharon desde Plaza Italia hacia La Moneda y miles de personas llenaron las calles aledañas. No era de extrañar, entonces, que Pinochet y sus subordinados estuvieran preparados: camiones lanzagua, lanzagases, tanque-

tas y centenares de policías y militares, armados con armamento pesado, aguardaban órdenes.

Desde la Alameda, mirando de frente hacia el Palacio de La Moneda, avanzó el grupo de Ramiro, Raúl, Lobo y los demás. Llevaban pancartas, gritando a todo pulmón las consignas del movimiento. Todos iban a rostro descubierto, menos Lobo, que llevaba un chaquetón negro largo con capucha y una pañoleta sobre la boca. Iba en medio, protegido por todos, sin exponer su rostro ni su apariencia en general.

A medida que la gente se acercaba a La Moneda, se movilizaban los equipos antidisturbios. En cosa de minutos, la gente comenzó a exaltarse y una guerra campal se vivió a las afueras del Palacio. Piedras, palos y bombas molotov volaban desde un lado. Disparos chorros de agua y gas lacrimógeno, desde el otro. El caos se había desatado.

—¿Están bien? —decía Raúl en medio del alboroto.

—¡Sí!, mojados, pero bien. Tenemos que llegar, no podemos rendirnos ahora —replicó Ramiro.

Avanzaron entre la multitud y los disparos mientras el aire se llenaba de bombas lacrimógenas. Ya casi llegaban al frontis del Palacio cuando varios manifestantes cayeron muertos en el caos: La gente enloqueció y comenzó a correr en todas direcciones.

—¿Raúl? ¿Te hirieron? ¡Ayuda! ¡Se muere! ¡Ayuda! —gritaba Ramiro, entre la confusión.

Lobo posó su mano en el hombro de Ramiro. Una lágrima corría por su mejilla. Le dijo:

—Saca a todos de acá. ¡Corre, ahora!

Ramiro cruzó miradas con el niño y entendió lo que sucedería. No tenía otra opción. Debía dejar a su amigo Raúl desangrándose en el pavimento y huir.

—¡Corran! ¡Salgan todos!

Lobo caminó de frente a toda la milicia. Parecía que el mundo a su alrededor se paralizaba. Todos comenzaron a alejarse y quedó solo. Desde lejos, y en varias direcciones, llegaron los aullidos.

—¡Disparen! —se escuchó.

Cientos de proyectiles se dirigieron a un solo sujeto en medio de la calle, sin efecto alguno. Ahora el pánico estaba en las filas militares. El mito, la leyenda, los rumores eran ciertos. Estaba frente a sus ojos. La orden era acabar con él, a toda costa.

El tamaño de Lobo aumentó. La transformación no se hizo esperar y comenzó a correr en cuatro patas como una bestia, directo hacia ellos. Tomó a su primera víctima en escasos tres segundos. La despedazó delante de todos, generando el pánico en ambos bandos. Los aullidos, que al comienzo sonaban en apoyo, ahora se transformaron en gritos de desesperación. Nadie se atrevió a presenciar lo que vino a continuación.

Se sabe que murieron alrededor de cien militares y veinte protestantes ese día, varios de ellos por disparos y otros desgarrados por Lobo en descontrol.

Lobo, días más tarde de la masacre, al dimensionar lo que había sucedido, la cantidad de muertes y destrucción que se generó en el altercado, decidió no volver con Ramiro y sus camaradas. Nunca más se supo de él. Se transformó en una de las personas más buscadas en la dictadura.

Los años pasaron, pero el mito quedó grabado en el aire.

La prensa, como de costumbre en aquella época, no se refirió a la batalla campal. Tampoco habló sobre el ser que con fuerza inimaginablemente y desmedida arremetió violentamente contra la fuerza militar. Disfrazó los hechos con un atentado

incendiario, diciendo que este acabó con la vida de los funcionarios del Estado. Ellos fueron las víctimas, mientras que los manifestantes fueron los únicos culpables de la masacre de aquel espantoso día.

Tiempo después, en los años noventa, volvieron a aparecer nuevos ataques: muertes de animales y de personas en regiones al sur del país. En los sectores rurales se habló del «chupacabras»: una bestia de origen desconocido, descrito como un animal sanguinario y asesino. Solo algunos sabían quién era el verdadero responsable.

CAPÍTULO II: CONEXIONES

La brutalidad de las pruebas se transformaron en rutina. Cruz fue llevado durante semanas al óvalo, donde fue torturado de las formas más crueles posibles. Buscaban analizar y comprender su transformación y sus capacidades sobrehumanas.

A medida que avanzaban las pruebas, sus conversiones eran cada vez más rápidas. Solo oír el accionar de una pistola provocaba la transición.

—Vladimir, antes de traer a Cruz, administró el C24 en doble dosis. Hoy comenzamos con las pruebas del medicamento —dijo Klorman.

—Cómo no, doctora —respondió Mertins.

En un estado de agonía constante y sumido en su destino, Ricardo fue llevado, nuevamente, como animal al matadero.

Klorman, haciendo una excepción, se hizo presente en el exterior de la jaula. Quería ver por sí misma el resultado del compuesto.

—¡Doctora!, tanto tiempo... ¿Esto es parte de su método? ¿Supongo que no lo incluyen en el folleto? —vociferaba Ricardo desde la jaula.

Klorman hacía caso omiso a las palabras de Cruz, anotando con toda calma en su libreta.

—¡Cállate mierda! —contestó Mertins, golpeando la jaula con una luma.

Klorman dio la señal y comenzaron los disparos. Esta vez, no pasó más de un minuto y la bestia se paró en frente de ellos. Sin embargo, algo había distinto. Su conducta era errática, no se movía como de costumbre, no trataba de atacar a sus verdugos y daba tropezones de lado a lado.

Entonces, intervino Klorman.

—¡Ricardo! ¡Ricardo! ¿Me escuchas? Mírame...

Se escuchó un grito del animal, quien llevó las manos a sus oídos. Meneaba su cabeza cual péndulo. Se resistía.

Ricardo Cruz, en ese momento, sintió que estaba en un sueño. Estaba ahí y al mismo tiempo no. Su mente recobraba por instantes la consciencia y podía ver a través de los ojos de la bestia. Sus extremidades y sus sentidos no respondían del todo. Hasta ese momento solo era un espectador.

Entonces, escuchó la voz de Klorman:

—¿Me escuchas? Mírame... ¡Ricardo!

Clavó su mirada en la doctora y ella dejó de hablar. De su bolsillo sacó una linterna y trató de ver sus reflejos ante la luz, pero su mirada seguía fija viendo directo hacia ella.

—¿Me escuchas? —continuó Klorman.

Un bufido salió de la bestia, como si fuera un toro. Los aplausos no tardaron en llegar.

—Shhh, tranquilos. Aún no cantemos victoria —les dijo Klorman—. ¡Ricardo!, levanta la mano derecha.

Ricardo, con otro bufido, levantó la mano, lo que generó vítores, abrazos y felicitaciones por parte del público que presenciaba el experimento. Continuó así por varios minutos, haciendo demostraciones a sus colegas del control sobre Cruz.

Dentro del *Perro*, como si se tratase de un corpóreo, Ricardo vivía otra batalla. Si bien lograba ver lo que pasaba, no era capaz de contradecir las instrucciones. Se había transformado en una marioneta de Klorman.

La doctora, en su afán por demostrar su control y poderío sobre el *Perro*, pidió que metieran a la jaula a un gen 3.

Mertins, atento a la situación, fue en busca de Guiña: un tipo corpulento, no muy alto. Venía encadenado de pies y manos y llevaba una capucha en la cabeza. Fue desatado y puesto en la jaula con Cruz. Los guardias salieron presurosos de la escena. Guiña se quitó la capucha y al ver a Cruz transformado, saltó a cuatro metros, al extremo más alto y lejos posible.

Klorman no perdió oportunidad y comenzó con los mandatos.

—¡Ricardo! ¡Atrápalo!

El *Perro* cambió su mirada y la fijó en su objetivo. Calmamente, caminó hacia su presa. Guiña al sentir semejante amenaza, gruñó y, de un salto, llegó al otro extremo de la jaula. Era veloz, en un segundo estaba de un lado u otro, pero cada vez se le hacía más difícil escapar. A medida que pasaban los minutos, el *Perro* se volvió más rápido. El cansancio y la desesperación hizo que Guiña tomara una mala decisión: atacar al *Perro*. En una de sus esquivas, se impulsó desde una parte de la reja y fue directo a él.

Como si supiera el siguiente movimiento, Cruz se volteó y lo atrapó por el cuello, elevándolo por sobre su cabeza. Guiña, con desesperación y usando todas sus fuerzas, apenas pudo hacerle unos rasguños en el brazo que lo sostenía.

—¡Ricardo!, dame su brazo izquierdo.

El *Perro*, sin dudarle, tomó el antebrazo de su presa y lo arrancó prácticamente desde la clavícula y escápula. Los gritos de Guíña se escucharon por todo el óvalo.

Ricardo, atrapado dentro de la bestia, observaba todo. No podía creer lo que estaba haciendo, solo quería parar esa aberración.

Intentaba mover de alguna forma el cuerpo de la bestia. Gritaba desde su interior, pero la voz externa de Klorman continuaba:

—¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!

La voz retumbaba en su cabeza. Tenía que negarse. Entonces, la escena asombró a todos.

Sin hacer caso a las instrucciones de Klorman, el *Perro* soltó a Guíña —quien se desangraba sin parar—, retrocedió tambaleando y se llevó las manos a la cabeza.

Entre gruñidos inentendibles, a ratos se logró escuchar la voz de Ricardo que aparecía y desaparecía.

—¡Sal de mi cabeza! ¡Sal de mi cabeza!

—¡Mátalo! ¡Mátalo! —insistían Klorman junto a Mertins y los demás espectadores.

Luego de un grito que enmudeció a todos en el óvalo, Ricardo Cruz y el *Perro* se voltearon directo a Klorman y apuntaron con su garra. Dos voces se entrelazaron y salieron desde la bestia:

—¡TÚ MORIRÁS!!

Elizabeth Klorman, impactada, retrocedió y tropezó, dejando caer sus apuntes. Mertins dio la señal y las puertas de acero comenzaron a sellar la jaula.

Ignorando la amenaza de Cruz, Klorman regresó rápidamente a su oficina y se desplomó en su silla. Dio un suspiro, miró su escritorio y tomó entre sus manos el retrato de su padre.

—Lo tengo, papá. Por fin tengo el poder que tanto querías. Es tal y como lo describían tus apuntes. Estarías orgulloso... Jamás lograste atrapar a Lobo, pero yo tengo a uno de ellos encerrado. Cada vez estoy más cerca de poder controlarlo a mi voluntad. Ojalá estuvieras con nosotros para poder verlo.

CAPÍTULO 12: PRÉMONE

Siempre es igual. La misma buganvilia, el mismo lugar, la misma niña que huye y no puedo atrapar. De pronto, está frente a mí. Esta vez sé quién es. Toma mi mano y me dice «Sígueme».

Prémone me lleva a través de un camino que, sin darme cuenta, se torna lentamente de color blanco. Hace frío y el ambiente se convierte en algo triste y melancólico. Es el psiquiátrico.

—¿A dónde vamos? —le pregunto.

—Tienes que conocer a unos amigos —me responde Prémone, con voz dulce.

Las imágenes son confusas, pero se van aclarando. Es el óvalo. Me asusto, no quiero estar ahí. Veo a Montt. Está en el centro luchando con animales. Puedo sentir su sufrimiento al matarlos. Puedo percibir la angustia de Montt con todo mi cuerpo.

La imagen se difumina. Aparece otro paciente en el centro de la jaula. Es el pequeño Ankatu; obligado a asesinar gente desde los 5 años. Solo quiere jugar, sin embargo, su trauma de abandono lo obliga a complacer a sus cuidadores, con tal de tener algo de afecto.

Una luz me ciega por un instante y Prémone, frente a mí, me dice:

—Solo escúchame... confía en tus habilidades. Tú puedes controlarlo. Fui enviada para rescatarte.

Ricardo despertó de un sobresalto y asustado en la celda 66.

—¡Tranquilo! ¿Prémone habló contigo? —dijo Daniel, quien esperaba a Ricardo que despertara de su letargo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Ricardo aún agitado.

—También habló conmigo en un sueño... Tenemos un plan. Ahora que puedes controlar a la bestia con el compuesto C24, podré sacarlos a todos de acá —dijo Daniel con seguridad.

—¿Qué es el compuesto C24? ¿Cómo sabes que puedo controlar a la bestia? —preguntó Ricardo con desconfianza.

—Ya vi informes de Montt. Usaron el compuesto en él. Prémone se encargará de encontrar el resto de la información —contestó Daniel.

—¿Qué haremos? ¿Qué hago yo si estoy encadenado y encerrado acá? —replicó Cruz.

—¿Ves esto? Es una dosis doble de C24. En tu última prueba lograste estar consciente como veinte minutos, tiempo suficiente para salir de acá. En unos minutos llegarán y te trasladarán de nuevo al óvalo —dijo Daniel, mientras le inyectaba el compuesto.

—Esta vez no serás el primero en iniciar las pruebas. Tendrás un par de minutos sin que toda la atención esté sobre ti. Toma esta navaja y escóndela entre la camisa de fuerza. Sabrás que hacer con ella —continuó Daniel.

—¿Qué hago entonces? —respondió Ricardo con angustia.

—Debes liberar a los demás. Solo tú puedes lograrlo. Eso provocará un caos y podremos escapar. Tengo la llave de acceso de Mertins y una camioneta nos espera en las afueras del psiquiátrico. Nos vemos afuera, Ricardo. ¡Suerte!

Tal como advirtió Daniel, apenas unos minutos después que salió de la celda, entraron en busca de Cruz y lo llevaron al óvalo de pruebas. En el centro, estaba Montt, igual que en su sueño. Un león yacía muerto en un extremo de la jaula. Abel Montt miró con angustia a Ricardo cuando este pasó por el costado y fue dejado en las jaulas contiguas.

Ricardo sabía lo que debía hacer y no perdió tiempo. Se apuñaló así mismo, desde el borde externo de la costilla hacia el esternón. Aguantó el dolor para no llamar la atención. Comenzó a desangrarse en el acto. Justo antes de perder el conocimiento, empezó su transformación. Rompió las ataduras que llevaba y arrasó de un golpe con la reja de su jaula. Todos voltearon al escuchar semejante estruendo. Incluso Montt y los otros pacientes sintieron miedo al ver la escena.

Ricardo el *Perro* quedó parado, tambaleante, fuera de su jaula.

—Concéntrate ¡Tú puedes controlarlo! ¡Tú puedes! —se dijo Ricardo a sí mismo dentro del *Perro*.

Esta situación alertó a todos en el óvalo. Militares armados aparecieron desde todas las esquinas y se quedaron en posición apuntando a la espera de la orden.

—¡Concéntrate, Ricardo! ¡Lo tengo!

De un momento a otro, recobró la orientación, se puso en alerta y gritó:

—¡¡CORRE!!

—¡Disparen! —se escuchó.

Corrió directo al óvalo, arrancando las cerraduras de la entrada. Uno por uno, abrió los calabozos mientras recibía cientos de disparos.

Montt y los demás estaban libres, mientras toda la atención—y los disparos— se los llevaba Ricardo el *Perro*.

Klorman, en un intento desesperado, bajó desde su oficina e intentó hablar con Ricardo.

—¡Ricardo! ¡Basta! Detén esta locura —gritó Klorman en medio del caos.

Ricardo el *Perro* detuvo su frenética carrera y miró de frente a Klorman. Se acercó caminando y le dijo apuntándola con su garra:

—¡TÚ!!

De pronto, detrás de Klorman, dos manos gigantes la tomaron por la cabeza y la elevaron.

—¡No más pruebas! —dijo Montt, reventando la cabeza de Klorman entre sus manos.

Abrumado, gritó y gritó. De alguna forma, por fin liberaba todo el odio acumulado tras años de torturas.

Alaridos, llantos y sangre invadieron el óvalo de pruebas del Hospital Psiquiátrico El Camino. La guerra estaba desatada.

Montt continuó arrasando con cada militar y enfermero armado que encontró a su paso. Cruz corrió arrancando brazos y cabezas. Todo se tornó color sangre y vísceras. Por un momento, sintió que los disparos cesaban. Fue entonces cuando divisó a Ankatu, que tenía cuatro filas de militares fusilándose entre ellos. Ya no quedaban uniformados vivos dentro del óvalo.

Montt, Ankatu y Ricardo el *Perro* habían acabado con todos. Más allá, cerca de la salida, estaban Daniel y Prémone llamándolos.

«Todo está saliendo según el plan», pensó Ricardo el *Perro*.

Cuando los disparos terminaron, hubo un silencio y Ricardo el *Perro* cayó de rodillas. Su transformación decayó hasta volver a la normalidad.

Abel lloraba desconsolado sobre el cadáver del león que le habían obligado a asesinar.

Apenas con algo de fuerzas, Ricardo le dijo a Montt:

—Abel, debemos irnos. ¡Vamos!

Antes que pudieran accionar la puerta, esta se abrió desde el exterior. Con una ametralladora Gatling, Vladimir Mertins los esperaba junto a otro grupo de militares. La lucha no había terminado.

En cuanto se abrió la puerta, la ráfaga de disparos devastó a Daniel, Ankatu y Prémone. Esta última quedó mal herida y agonizaba en el piso, a un costado de la sala, producto de los múltiples impactos.

—¡Perros malditos! ¡Lacras de mierda! —gritó Mertins mientras entraba disparando.

—Ahí está el par de huevones: el mongólico y el perro de mierda —dijo Mertins con desprecio—. ¡Disparen!

La Gatling volvía a disparar. Montt se cruzó y recibió todos los disparos, protegiendo a Cruz. Murió en el acto.

Con toda la rabia contenida, y aplastado por el inmenso cuerpo de Montt, Ricardo hizo un último esfuerzo por transformarse, pero Mertins se adelantó.

—¡Conmigo no, perro de mierda! —gritó, disparando un certero tiro de su Magnum en la cabeza de Ricardo Cruz.

CAPÍTULO 13: PERIMONTUN

Todo es oscuridad. Un sonido ensordecedor, como un pitido agudo, destruye mis oídos. Pero hay una luz, una pequeña luz al final de la penumbra. Debo llegar hasta ella. Corro con desesperación. Sé que alguien me espera ahí. Veo una mano que se extiende, y una suave voz dice:

—Ricardo, todo estará bien.

Desconsolado, entre sollozos, Ricardo despierta en el parque. Está sentado en el suelo con la espalda apoyada en un árbol. Prémone está junto a él.

—Tranquilo, todo está bien. Nada ha pasado aún —le dijo Prémone, serenamente.

—¡No entiendo nada! He estado encerrado en un psiquiátrico hace meses. Vi morir a Montt, a Daniel... ¡Te vi morir! ¡Yo morí! ¿Estoy muerto? —dijo Ricardo desconcertado.

—No, aún no —dijo Prémone con una sonrisa.

—¡No le veo la gracia! No sé qué está pasando —replicó, levantándose indignado.

—Solo te mostré uno de los posibles futuros. Estás experimentando el *perimontun*, o premonición. Llámalo como tú quieras. Pasó exactamente una hora desde que te intercepté en el

parque. Revisa tu teléfono. Hoy es 2 de junio del 2023. Vas en camino a encontrarte con Laura. En unos diez minutos llegará José, su ex, al parque; discutirán, tú perderás el control y todo ocurrirá tal y como lo recuerdas ahora. Por cierto, gusto en conocerte —dijo Prémone.

—¡Esto no puede ser! Pude sentir cada disparo. Aún puedo sentir las cadenas en mis manos. Recuerdo cada centímetro de ese puto psiquiátrico. ¡Esto es una locura! No puedo creerlo. No sé ni quién eres.

—¡Debemos cambiar el futuro! Fui enviada para salvarte de ti mismo y, en el fondo, tú sabes quién soy. ¿El recuerdo de la buganvilia? ¡Mírame, Ricardo! No es la primera vez que nos vemos —dijo Prémone con seguridad.

—Fue hace unos diez años. Yo tenía seis, creo... Mírame bien, soy aquella niña —continuó Prémone.

—¡Tú! Pero siempre creí que fue un sueño, que eso nunca pasó —dijo Ricardo.

—Ocurrió. Jugábamos a las escondidas en la parcela. Yo usaba un vestido blanco y tú tratabas de alcanzarme, mientras nuestro padre hablaba con tu mamá.

—¿Nuestro padre? —contestó Ricardo.

—Sí, Ricardo, somos hermanos. Soy Prémone Cruz —concluyó.

—¿Hermana? ¡Esto es demasiado! Tengo tantos recuerdos llenando mi cerebro que me explotará la cabeza. Tengo algunas imágenes de mi madre insultando a un tipo, pero nunca vi su cara. Luego, apareció una niña en mis sueños cada noche, durante muchos años —replicó Cruz, muy desorientado.

—Mi padre solo fue a advertirles; quería evitar un desastre para ti o tu familia. Tu madre no escuchó razones y le dijo que

jamás volviera a interferir en sus vidas. Ese día, algo especial pasó entre nosotros. Hubo una conexión —aclaró Prémone.

—Sé que todo es muy difícil de creer, pero no tenemos mucho tiempo para esto. Luego te explicaré todo con más detalles. Puedo entrar en los sueños de otras personas solo con verlas o tocarlas alguna vez. Puedo usar el *perimontun* y traspasar mis visiones a alguien con solo tocarlo. Eso hice contigo, pero algo extraño pasó esta vez. Esa visión, la que te acabo de explicar, la viví hace días tan real como tú la viviste. Entonces le conté a mi padre y me envió a tu rescate —continuó Prémone.

—Espera... ¡Tengo que pensar! No puedo con todo esto —dijo, y se alejó rápidamente.

—¡Ricardo, espera! Si pierdes el control, todo pasará como en la visión —gritaba Prémone mientras corría tras de él.

—¡Ya déjame en paz! No creo una palabra de lo que dices... Solo quiero ver a Laura.

A pocos metros de ellos estaba Laura discutiendo con su antiguo novio.

—¡Ricardo! mira hacia allá. Ahí están, ¿los ves? Es acá cuando todo comienza. Por favor, no pierdas el control. Vamos, acerquémonos y déjame todo a mí —le dijo Prémone con seguridad.

Ambos llegaron directo a la pareja que discutía. Antes que Ricardo pudiera decir una palabra, Prémone se adelantó, tomó el cuello del agresor y dijo: «perimontun». El muchacho comenzó a convulsionar y cayó al piso. Luego de un rato, se levantó a tropezones, gritando y llorando. Miró a Ricardo con tanto miedo que salió corriendo, mientras vociferaba:

—¿Qué mierda? ¡Es el demonio!

Laura, sin entender nada de lo que estaba pasando, preguntó:

—¿Qué le hicieron?

Ricardo ya no pudo contener las lágrimas. Abrazó con tanta fuerza a Laura que no la soltó por un par de minutos.

—Tranquilo, amor, no me hizo nada. ¿Estás bien? —le dijo Laura desconcertada.

—¡Pensé que nunca más te volvería a ver! —contestó Ricardo entre sollozos.

—¿De qué estás hablando? Si ayer estuvimos todo el día juntos. ¿Seguro que estás bien?

—¡Ahora lo estoy!

—¡No exageres! Recuerda que ella no sabe nada, y jamás pasó —le susurró Prémone al oído.

—¡Estoy bien, estoy bien! Solo que me asusté un poco —dijo Ricardo soltando a Laura y secando sus lágrimas con el antebrazo.

—¿Quién es esta niña? —preguntó Laura.

—Ella es Prémone, mi hermana —le dijo a Laura, mientras le regalaba una sonrisa a Prémone.

—¿Hermana?

—Luego te cuento —interrumpió Ricardo.

—¿Pero qué le hicieron a José? —insistió Laura

—Nada. Solo créeme que no te molestará nunca más en su vida —dijo Prémone riendo.

Mientras Ricardo y Prémone caminaban de regreso a casa, Ricardo le preguntó en el oído.

—¿Qué le hiciste?

—Le mostré unas diez formas de morir a manos de Ricardo el *Perro* —contestó Prémone, aguantando la risa.

Ambos rieron, pero Ricardo aún estaba lleno de dudas. Necesitaba respuestas. Prémone notó la preocupación en su rostro.

—Tranquilo, disfruta este momento. No todos los días se escapa de la muerte. Ya nos volveremos a ver y tendremos tiempo de conversar, hermanito —dijo Prémone con su dulce voz.

CAPÍTULO 14: RECLUTAMIENTO

—Te escuché gritar de nuevo en la madrugada. ¿Estás bien, hijo? —dijo Marta con preocupación.

—Supongo que sí. Solo fue un sueño... pero esto ya me tiene cansado. La misma pesadilla, día tras día, es agotador —respondió Ricardo bostezando.

—Yo creo que estás viendo muchas películas de terror. Desde pequeño que siempre te pasa lo mismo.

—Pero, mamá, ya te conté que esto es diferente... Yo lo viví.

—Pero, hijo, qué tonterías dices. Fue un sueño... un sueño muy real, eso es todo.

Así pasaron las semanas de incertidumbre, sin tener noticias de Prémone. Ese día, cuando su hermana le contó lo que realmente ocurrió, fue la última vez que la vio. Parecía que todo había sido parte de una gran pesadilla. Cada día le preguntaba a Laura si Prémone realmente estuvo con ellos en el parque.

Los sueños recurrentes de cada noche —atrapado, encadenado y siendo torturado por Klorman y sus secuaces— lo hacían despertar lleno de angustia. Sin embargo, hoy algo era diferente...

—Hijo, te llamó una joven. Dejó su número. Dice que la llames en cuanto puedas. Una tal... Pré-mo-ne. ¡Qué extraño nombre! no lo había escuchado antes. ¿Quién es? —dijo Marta.

—Una amiga... ¿Tienes el número? —dijo Ricardo con impaciencia.

—Lo dejé junto al teléfono. ¡No corras! Este muchacho, quizás en qué anda metido —dijo Marta frunciendo el ceño.

—¡Aló!, Prémone... —dijo Ricardo.

—¿Quieres saber más? —contestó Prémone de manera abrupta.

—¡Sí! Necesito respuestas ¡Me estoy volviendo loco! —dijo Ricardo con ansiedad.

—Juntémonos en Irarrázaval 48, Peñaflor ¿Conoces el lugar? —le preguntó la joven.

—Sí, claro. ¿En la casona del reloj? Pero..., ¿no estaba abandonada? —respondió Ricardo.

—Te espero ahí en una hora. Ven solo. ¡No falles! —dijo Prémone, cortando la llamada.

Ricardo tomó su mochila, una chaqueta y corrió como nunca al encuentro. Mientras su madre gritaba desde el fondo desde la cocina:

—¡Ricardo! ¿A dónde vas? ¿Llegarás a comer? ¡Estos jóvenes!

En la entrada de la casona lo esperaba ella, pálida como siempre, irradiando esa extraña paz que daba escalofríos.

—Pasa, acompáñame... Quiero que conozcas a alguien —dijo Prémone.

Bajaron por unas largas escaleras de caracol que parecían nunca acabar. Descendieron por varios pisos de la casona. Parecía un sótano, una sala de comandos... o más bien una habita-

ción de videojuegos. De espaldas, había un tipo sentado en una de las sillas. Su estampa le era familiar.

—Él es Ricardo —dijo Prémone.

Espantado, se giró con una expresión de terror.

—¿Me quieres matar de un susto? —contestó el hombre en cuanto giró en su silla.

—¿Daniel? —dijo Ricardo con sorpresa.

—Ricardo el *Perro*... Me da escalofríos estar junto a ti sin las cadenas y la camisa de fuerza. Es muy extraño —respondió Daniel, extendiendo su mano temblorosa.

—¿Me conoces entonces? —respondió Ricardo, estrechando con firmeza la mano de Daniel.

—El maldito *perimontun* de Prémone. Ya no quiero seguir viendo cómo moriré en cada misión —respondió Daniel con fastidio.

—Estarías muerto hace años si no fuera por mí, querido... —intervino Prémone, riendo.

—Pensé que este lugar sería algo distinto... No sé... más sofisticado —dijo Ricardo con ironía.

—¿Qué esperabas? ¿La Baticueva? ¿Estás viendo muchas películas! —respondió Daniel.

—Acá es donde vivo, y gran parte de lo que hacemos se planea desde esta casa; otras veces desde la central —continuó Daniel.

—¿Cuál central? ¿De qué hablan? —intervino Ricardo

—¿Donde el jefe! Ya lo conocerás... —interrumpió Prémone.

—Tengo un millón de preguntas —dijo Ricardo.

—Tranquilo, siéntate. Esto tomará un tiempo para explicar ¿Quieres tomar algo? ¿Qué quieres saber? —respondió Daniel, mientras Prémone preparaba un té para Ricardo.

—Estoy confundido. ¿Qué son todos estos recuerdos que tengo en mi memoria? —contestó Ricardo sin demora.

—Mi habilidad no solo proyecta uno de los miles de futuros posibles, sino que te ayuda a empatizar con las vivencias de todas las personas que son parte de la premonición —dijo Prémone con seguridad, sentada frente a Ricardo.

—¿Te hace sentido? —intervino Daniel.

—En realidad, no mucho —contestó Ricardo, pensativo.

—Te explico cómo lo entiendo yo. El *perimontun*, o premonición, es como estar en la «matrix», y mientras estás en ella, no sabes qué es real y qué no, pero en cuanto sales de ella, llegan todos los recuerdos y te transformas como en un espectador de todo lo vivido —continuó Daniel.

—Por eso tienes recuerdos de cosas que jamás habrías podido ver ni sentir desde un solo punto de vista —replicó Prémone.

—Todo es tan difícil de asimilar... ¿Qué hago para que desaparezcan estos recuerdos? Ya no logro dormir —dijo Ricardo con angustia en su voz.

—No se irán de tu memoria mientras exista la posibilidad de que ocurran. Por eso aún sigues soñando con lo mismo.

Estás a una transformación de caer en manos de Klorman —dijo Prémone—. Si llamas la atención como el *Perro*, Klorman te ubicará y encerrará.

—¿Entonces, el psiquiátrico existe realmente? —preguntó Ricardo.

—¡Así es! Klorman, Mertins, el óvalo... todo es real. Puede que en este mismo momento estén torturando a alguien, por eso Daniel está infiltrado, trabajando ahí —aseveró Prémone.

—No eres el único que tiene que lidiar con estas pesadillas. Cada vez que uso esta habilidad, revivo los mismos momen-

tos. Siento lo mismo que sentías tú y lo que sintió cada persona que murió o fue herida. La única diferencia es que yo sé que estoy en la visión. Mi capacidad no es tan bonita como puedes imaginar —continuó Prémone.

—Por eso hablamos de empatía... ¿Entiendes ahora tus recuerdos? —intervino Daniel.

—Más o menos. Esto está difícil de procesar... Ahora que lo dicen, creo que por eso pienso tanto en el niño Ankatu y en Montt. ¿Ellos están ahora en el psiquiátrico?

—Ellos y muchos otros. La visión nos mostró solo a los que viste durante tu viaje en el multiverso. Hasta donde he podido recabar información, y gracias al *perimontun*, sabemos que son más de veinte pacientes en el -2 de El Camino —respondió Daniel.

—¿Multiverso? Parece que *tú* has visto muchas películas —le respondió Ricardo, riendo—. También tengo recuerdos de un tal... ¿Lobo?

—Es solo una forma de nombrarlo. Ja, ja... ¿Lobo? Mmm, en la visión que me mostró Prémone no había nada al respecto. Prémone..., ¿tú sabes algo de eso? —dijo Daniel.

—¿Recuerdas que te hablé de una conexión especial entre nosotros? Accediste a parte de mis recuerdos. También a memorias que tenías bloqueadas desde la niñez. La verdad es que aún no me explico cómo pasó esto, normalmente solo pueden ver los recuerdos del futuro posible y no memorias pasadas —contestó Prémone.

—Entonces, ¿tú sabes quién es Lobo? —dijo Ricardo con rapidez.

—Lobo es tu padre..., nuestro padre. Él me contó esas historias hace años —continuó Prémone.

—Entonces, ¿él es como yo? —preguntó Ricardo.

—Algo así. Jamás lo he visto transformado. He podido acceder a sus memorias, y alguna vez usé el *perimontun* con él. Siempre me decía que tenía miedo que alguno de nosotros heredara la maldición —siguió explicando Prémone.

—¿Tú también lo heredaste? —dijo Ricardo intrigado.

—Al parecer no, quizás solo les pasa a los hombres, o quizás aún no libero esa habilidad —dijo Prémone con una sonrisa.

—¡Ya basta! ¿Cuántos de ustedes hay por ahí? —intervino Daniel con una risa nerviosa.

—¿Sabes por qué somos así? —preguntó Ricardo.

—Conozco un par de historias que me contó mi padre alguna vez, pero no son para nada científicas. Cuando lo conozcas, él mismo te aburrirá con esos cuentos —concluyó Prémone.

—Ahora, si quieres una opinión médica, ya entiendes con lo que te enfrentarás —señaló Daniel con sarcasmo.

—Ricardo, vamos al grano. No solo estás acá para resolver tus memorias y tus dudas al respecto; también necesitamos tu ayuda —dijo Prémone.

—¿Ayuda para qué? —respondió Ricardo.

—Gracias a la visión, sabemos que existe un compuesto que ayuda a dominar a la bestia. El C24 ayudaría a tu padre tanto como a ti mismo —respondió Daniel.

—¿Entonces él tampoco puede controlar a la bestia? —intervino Ricardo.

—Desde antes que yo naciera, él se medica con unos antipsicóticos y relajantes. Solo para evitar la transformación; no para controlarlo. Mi madre es psiquiatra y lo trata personalmente desde que se conocen, pero nada es tan efectivo como promete el C24 —contestó Prémone.

—¿Qué quieren? ¿Entrar al psiquiátrico y robar las medicinas? —supuso Ricardo con temor.

—Nos pondremos unos pasamontañas y entraremos por el tejado —dijo Daniel riendo.

—¡Que idiota, Daniel! No, Ricardo. La idea es entrar tal y como lo hizo Daniel. Con una identificación falsa —contestó Prémone.

—¿Y qué podría hacer yo? No soy un agente privado. No puedo ver el futuro. Supuestamente tengo habilidades que no controlo. La verdad, no sé en qué podría ayudar. —dijo Ricardo abrumado.

—Si no me equivoco, tú estudias Psicología, ¿no? Entonces, no será tan difícil tomar ese rol. ¿Creíste que soy enfermero, verdad? Estudié informática y soy especialista clonando tarjetas e identificaciones —contestó Daniel.

—Sí, voy en segundo año de Psicología. Pero, entonces, cómo sabes tanto de enfermería —dijo Ricardo.

—Daniel ha estudiado muchas cosas, entre ellas, teatro, y aprendió medicina con mi madre desde pequeño. Es uno de esos cerebritos —dijo Prémone.

—¡Soy un puto genio! Dilo con todas sus letras —dijo Daniel con una carcajada.

—La modestia no es una de sus virtudes como puedes notarlo —dijo Prémone.

—Tú serás el nuevo psicólogo Ricardo Valencia y yo entraré como paciente —dijo Prémone—. Entre ustedes podrán encontrar con mayor facilidad el compuesto C24 y yo podré acercarme a la gente del piso -2, para luego planear un escape.

—Algo pacífico, solo escapar... Supongo que ya entiendes que el otro plan no funcionó, ¿verdad? —replicó Daniel con ironía.

—¡Tu plan! Por lo que recuerdo..., yo estaba amarrado a una camilla —contestó Ricardo.

—Ya, ya, ya. A mi favor, puedo decir que eso nunca pasó —dijo Daniel, riendo sonrojado.

—Pero eso no es todo. Tenemos información suficiente para desenmascarar y denunciar todo lo que pasa en el psiquiátrico. Así podríamos liberar por fin a los torturados. —dijo Prémone mientras le pasaba una carpeta repleta de papeles.

Ricardo tomó la enorme carpeta con documentos donde había informes psiquiátricos, entre otras cosas. Había informes de Abel Montt, Ankatu Weichan y otros; fotografías del psiquiátrico y pacientes encadenados; planos de instalaciones, correos electrónicos de Klorman, Mertins, Meyer; información de la Corporación Krupp, cuentas bancarias y documentos que confirmaban la trata de personas.

Mientras hojeaba la carpeta, unos recortes de periódicos llamaron su atención. Los leyó en voz alta:

«10 de julio de 1998. El Hospital Psiquiátrico El Camino es investigado por haber sido usado como centro de tortura en época militar».

Ricardo no tardó en preguntar al terminar de leer:

—Entonces, ¿los están investigando hace años?

—La gente tiene mala memoria. Por esos días se jugaba la Copa del Mundo de Francia del 98, así que solo quedó como una crónica silenciada por la farándula, como tantas veces —respondió Daniel, mientras buscaba otro recorte—. No fue hasta el año 2003, posterior a la muerte de Bernard Klorman, que el psiquiátrico fue cerrado temporalmente.

—Esa noticia también pasó sin pena ni gloria. Fue opacada por un reality de aquella época. El poder de esa familia es

tremendo. Ninguna portada; solo pequeños artículos. Jamás un reportaje en televisión. Nada de nada —dijo Prémone.

—A excepción de una —dijo Daniel, mostrando una portada del año 2006.

«Reapertura de El Camino. La joven psiquiatra Elizabeth Klorman será la nueva directora del centro».

—Como si se tratase de una remodelación y no de un cierre por malas prácticas.

—Así lo hicieron ver en aquellos años. Klorman tomó el control y metió debajo del tapete todos los crímenes de su padre —dijo Prémone—. Incluso, hace unos años la postulaban como la nueva Ministra de Salud. ¿Lo imaginas, Ricardo?

—Qué horrible sería... No quiero ni imaginarlo. Pero, al denunciarla, terminaría su mafia de mierda. Llevemos la información que tenemos a la televisión, expandamos la noticia por las redes, mostremos los documentos a la policía. ¡Qué sé yo! —dijo Ricardo con entusiasmo.

—La Corporación Krupp es dueña de dos canales de señal abierta en Chile y accionista mayoritaria en tres periódicos. Klorman tiene parientes en la Corte Suprema, y tiene comprada a la mitad de la policía y militares del país. No es tan fácil —dijo Daniel con desgano.

—A pesar del mal pronóstico, denunciar y exponer a los Klorman es parte del plan y sabemos cómo hacerlo, a quién dirigirnos y entregar la información —aclaró Prémone—. ¿Recuerdas al inspector Aguirre? Gracias a la visión, sabemos que él no es parte de la corrupción de Klorman.

—¿Cómo podría olvidarlo? ¡Qué manera de odiarme! Lo bueno es que aún está vivo y la obsesión no será conmigo —contestó Ricardo.

—Además, es primordial tomar el compuesto C24 y rescatar a la gente del subterráneo. Tenemos serias sospechas que, si se ven acorralados, puedan matarlos para borrar evidencia, o trasladarlos a algún lugar peor, como lo hicieron en el año 2003, en el primer cierre del psiquiátrico —intervino Daniel.

—Ahora, con toda esta información, ¿estás con nosotros? —preguntó Prémone, tomando las manos de Ricardo.

En ese momento, a Prémone se le nublaron los ojos y entró en un trance. Cayó al piso en una convulsión, mientras era socorrida por Daniel y Ricardo.

—¡Prémone, reacciona! ¡Prémone! —repetían Ricardo y Daniel.

CAPÍTULO 15: INFILTRADOS

—¿Aún no despierta? —preguntó Daniel.

—No, nada. Deberíamos llevarla a un hospital o algo, ¿no? —respondió Ricardo preocupado.

—Le hablé a su madre y me dijo que le ha pasado en otras ocasiones. Tras una convulsión, duerme por varias horas —dijo Daniel—. Solo mantengamos monitoreados sus signos vitales.

—¡Dejen dormir! —se escuchó una voz débil.

—¡Despertó! —gritó Cruz con alegría.

—¿Por qué tanto escándalo? ¿Por cuánto tiempo me fui? —dijo Prémone.

—Casi cuatro horas —dijo Daniel, mientras apuntaba a sus ojos con una pequeña linterna.

—¡Ya basta! ¡Estoy bien! —rezongó.

—Lo siento, tu madre me pidió que le reportara tu estado —contestó Daniel, mientras seguía verificando sus signos vitales y cognitivos.

—¿Sabes qué día es hoy?

—Es 27 de julio y debe ser más de las diez de la noche. ¡Estoy bien! —dijo molesta, arrastrando las palabras.

—No hay indicios de daño neurológico. Signos vitales estables. Llamaré a tu madre para reportar —dijo Daniel, ignorando a la joven.

Con una mirada llena de preocupación y tristeza, Prémone no quitaba los ojos de Ricardo.

—¿Por qué me miras de esa forma?

—¿Qué viste? Conozco esa mirada. ¿Es algo malo, verdad? —intervino Daniel.

—Sé lo que pasará y no es tan bueno como esperábamos —dijo Prémone, cabizbaja.

—¿Entonces cambiamos el plan? —respondió Daniel enseguida.

—El plan está bien. Creo que es mejor que por esta vez no lo sepan o todo podría empeorar.

—¿Otra vez moriremos en tu visión? —preguntó Ricardo, con temor a la respuesta.

—No, no es eso. Lo siento tanto hermanito, pero es la única forma —y acarició su mejilla.

—Bueno, si no moriremos, entonces nada puede ser tan malo —dijo Daniel riendo—. Ricardo ya está al tanto de todo el plan.

Confundido y sin saber cómo tomar las palabras de Prémone, Ricardo retomó la conversación.

—Ya tengo mi credencial y todo.

—Comenzarás a trabajar en el psiquiátrico el próximo lunes —dijo Daniel con seguridad.

—¿Cómo lo conseguiste tan rápido? —dijo Prémone.

—Creé una vacante en el área de psicología en el sistema. Envié los currículum de varios postulantes y robé los datos de un psicólogo joven que cuadraba con el perfil de Ricardo.

Luego, hice informes de entrevistas falsas y, finalmente, mandé todo a Recursos Humanos pidiendo el contrato —dijo Daniel, muy serio—. Tienes cédula de identidad nueva, certificado de título e, incluso, creé un link clonado para poder revisar el título en la Superintendencia de Salud. Además, ya tienes credencial, uniforme y un pequeño audífono con el que podremos comunicarnos.

—¡Es brillante! Yo me tardé como tres meses buscando una miserable práctica y tú, en un par de horas, lograste que me contrataran en El Camino —dijo con admiración.

—¡Ya! No lo adules tanto, que luego no se callará más —dijo Prémone riendo—. Además, no olvides que está cometiendo varios delitos en el proceso.

—¡Pero jamás me han atrapado! —dijo Daniel orgulloso.

—Lo siento, muchachos, pero me tengo que ir. Es demasiado tarde, mi madre me matará. Mañana tengo prueba de psicopatología y no he estudiado nada —dijo Ricardo preocupado.

—Recuerda que estaremos en contacto. Ya tienes mi número —dijo Prémone.

—Suerte en tu primer día laboral. ¡Nos vemos allá! —dijo Daniel guiñándole un ojo.

Daniel y Prémone se quedaron hablando por varias horas en la casona de Peñaflor, aún con muchas dudas respecto al plan, y en especial sobre Ricardo. Daniel insistía:

—¿De verdad crees que podrás?

—Sé que lo lograré. Es mi hermano. La sangre de los Cruz corre por sus venas, no tengo dudas.

—Solo espero que así sea, por el bien de todos.

—¿Entonces ya tienes toda la documentación del Centro Psiquiátrico El Cedro?

—Por supuesto. Tengo una orden de traslado lista desde la urgencia de El Cedro a El Camino. Una ambulancia rentada, con tres hombres que te trasladarán directo al piso -2 del psiquiátrico. Solo te pido que seas fuerte. Lo que se vive ahí es terrible...

—Lo sé, Dani; lo he vivido y revivido muchas veces. Además, estarán mis angelitos de la guarda por ahí vigilando.

—Si todo sale como esperamos, en menos de una semana deberíamos tener todo listo para el escape.

Daniel miraba sus apuntes una y otra vez.

«Papá llamando». El teléfono de Prémone vibró.

—Debo contestar.

—*Hija, ¿cómo estás?*

—Bien. No pasa nada... solo fue una convulsión, no exageren.

—*Ya, Moné, no te alteres. Es que no te pasaba desde hace muchos años. Somos tus padres. ¿Qué esperabas? ¿Cómo se tomó el asunto Ricardo?*

—¡Aceptó! Se ve motivado, pero supongo que le es difícil enfrentar una misión así.

—*Claro, hija. Él no se crio en un mundo de agentes, espías ni de personas dotadas con habilidades sobrehumanas como tú o Daniel. Debe ser chocante para él todo esto.*

—Sí, pero a pesar de eso, creo que se lo ha tomado bastante bien. Te puedo asegurar que esta misión será un éxito.

—*Daniel ya me envió el detalle del plan y se ve excelente, como siempre. Recuerda, hija, que estaré en todo momento conectado y al tanto de lo que pase ahí dentro, dirigiendo el escape desde el exterior.*

—¡Ya sé!, como siempre... ¿Estás bien, papá? Te noto algo nervioso.

—Desde que me contaste lo de Ricardo, no he podido dormir bien. Además, esto de que sea parte del escape me deja algo inquieto, la verdad.

—Es el que mejor recuerda el psiquiátrico... Además, solo con él puede funcionar el escape, según mis predicciones. Pero esto ya lo hablamos. ¿Hay algo más?

—No eres la única que puede tener malos presentimientos, hija.

—Tranquilo, papá. Por lo menos esta vez nadie morirá. Créeme, todo saldrá bien. En un rato me iré a casa, ahí conversamos.

—Trataré de calmarme... Oye, ya envié un chofer. Te está esperando afuera de la casona, nos vemos.

—Okey, nos vemos. Un beso y gracias.

Prémone colgó la llamada.

Ricardo estaba en las nubes, repasando el plan. Perdido en sus pensamientos, había olvidado que debía inventar algo cuando llegase a casa. Marta, su madre, lo esperaba aún despierta y preocupada.

Ricardo cruzó la puerta. Su madre apareció enseguida a recibirlo.

—¿Para qué tienes teléfono? No respondiste ni un solo mensaje. Me tenías con el alma en un hilo.

—¡Ay, mamá! Estaba con unos amigos y, como salí apurado, olvidé llevar mi cargador. Perdón.

Marta hizo una mueca.

—¿Comiste algo?

—No, nada. Vengo muerto de hambre... Oye ¿Te conté de la práctica que comienzo el lunes?

—No ¿Qué práctica? No me habías dicho nada de eso. ¿No son a fin de año?

—La consiguió Daniel, un amigo. No lo conoces. ¿Adivina dónde? Es por acá cerca, en el Camino del Diablo.

—¿Dónde los alemanes?

—¡Sí!

—Pero qué buena noticia, hijo. Siempre soñábamos con que trabajaras en un hospital así de importante. Además, la directora es tan estupenda, tan profesional. ¡Una dama!

—¡Ya, mamá! No es para tanto, si es una práctica no más.

Ricardo pensaba en qué diría su madre si supiera quién era realmente la directora de El Camino.

—Bueno, pero así se va haciendo carrera. ¿Cómo sabes si después te dejan trabajando? Voy a llamar a tu hermana para contarle. ¡Qué alegría!

Marta fue en busca de su teléfono.

—¡Mamá!, es tarde. No la molestes a esta hora. ¡Esta señora!

Ricardo siguió inmerso en sus pensamientos. El próximo lunes *volvería* a esa mierda de psiquiátrico y tendría que ver las caras de esos malditos otra vez.

En la madrugada del día lunes, Ricardo estaba sin poder conciliar el sueño. Tras despertar en varias ocasiones producto de las pesadillas, no paraba de recapitular cada palabra, lugar y acción que debía desempeñar en el plan trazado por Daniel. La ansiedad, el insomnio y las pesadillas lo hacían entrar en un bucle de incertidumbres. A veces, despertaba atado a una camilla del psiquiátrico o recibiendo todo tipo de torturas en el óvalo de pruebas. Luego, volvía a despertar en su propia habitación. Tenía que enfrentar al reloj: quedaban solo un par de horas, acercándolo cada vez más al lugar del cual trataba de escapar cada noche. La realidad y el sueño se hacían uno. Estar despierto

o soñando era igual de peligroso. Miró el reloj. Eran las 6:00 a. m. «Ya es hora de afrontar esta misión», pensó Ricardo.

Daniel, por su parte, tomaba un café —como de costumbre al iniciar su jornada— en la cafetería de la entrada del psiquiátrico. Mientras miraba su teléfono, de reojo vigilaba las puertas de acceso monitoreando la llegada de Ricardo, quien no tardó en llegar. Entonces, Daniel comenzó a hablar a través del micrófono que tenía oculto entre sus ropas.

—¡Te veo! No voltees. Estoy a las 1400 desde tu posición, en la cafetería. Dirígete a la sección de admisiones. Ya sabes qué decir.

—Okey —respondió Ricardo, mientras caminaba con seguridad.

—¡No me respondas! ¡Parecerás loco! —dijo Daniel.

—Buenos días, soy Ricardo Valencia. Hoy es mi primer día. Comienzo en el área de psicología; tengo una inducción con el señor Daniel...

—¡Arteaga! —le susurró Daniel.

—Arteaga —confirmó Ricardo.

—Claro. ¿Trajo los documentos que le solicitaron? —dijo la recepcionista.

—Sí, por supuesto —y le entregó la carpeta que le había preparado meticulosamente Daniel.

—Me facilita su cédula de identidad, por favor.

En ese momento, Ricardo se quedó petrificado. Solo entonces asimiló en qué se estaba metiendo. Cada documento que estaba entregando era falso: su cédula de identidad, títulos, certificados y currículum.

Daniel no tardó en notar el nerviosismo de Cruz y dijo:

—¡Tranquilo, Ricardo! Todo está en orden. Solo entrégale tu cédula.

—Sí, acá la tiene —dijo Ricardo nervioso.

—¡Relájate! —le dijo Daniel, mientras continuaba viendo su teléfono y vigilando de soslayo.

Ricardo trataba de controlar su ansiedad. La recepcionista miraba su cédula y luego lo miraba a él. Cada segundo que pasaba era más largo que el anterior. Solo atinó a sonreír mientras el sudor llenaba su rostro.

—Está todo en orden. Pase por acá. Enseguida vendrán por usted. Activarán el sensor de su credencial y luego podrá continuar con la inducción —concluyó la recepcionista.

Ricardo dio un gran suspiro que apenas pudo disimular. Dio gracias y recibió su cédula de vuelta.

—Ya cálmate, me estás poniendo nervioso a mí. Llego en unos minutos. Solo apégate al plan —dijo Daniel mientras se iba de la cafetería.

—Buenos días, usted debe ser... Ricardo Valencia, ¿verdad? —dijo Daniel, mirando sus apuntes como si le hablara a un desconocido.

—Hola, sí. Soy el nuevo psicólogo.

—Un gusto —dijo Daniel, estrechando su mano—. Lo llevaré al tótem para la activación de su credencial.

—Gracias, lo sigo.

Camaron por varios pasillos, todos en el primer piso del psiquiátrico. Cada lugar que veía era muy distinto a lo que recordaba de sus pesadillas y a las memorias del *perimontun*. En cada oportunidad en que notaban estar solos, hablaban en voz baja.

—Por ahora tendrás que estar en este piso, pronto generaré una orden de traslado para el -2 —dijo Daniel, casi susurrando—. Solo estarás haciendo informes y transcribiendo entrevistas: papeleo. Así pasarás desapercibido.

—Okey, entiendo, no hay problema —dijo Ricardo.

—Al final de este pasillo, hay unas oficinas. Tú estarás en la 306. Intenta mantenerte bajo perfil y no salgas mucho, por un par de días, hasta que pueda reubicarte —dijo Daniel en voz baja.

«Beep», se escuchó...

—Ahora su credencial está activada. Tendrá acceso a todas las puertas de este piso. Cuide su credencial con la vida, porque sin ella no podrá salir del hospital —le dijo Daniel mientras pasaban otros enfermeros por su lado.

En cuanto se comenzaron a alejar, Daniel le susurró al oído:

—No voltees. Mertins viene hacia acá. Disimula.

—¡Daniel! Son las 8:30. ¿Qué haces acá? Deberías estar en tus rondas —le dijo Mertins con tono autoritario.

—Don Vladimir, buenos días. Estaba haciendo una inducción a un nuevo compañero y, además, estoy esperando un traslado del hospital El Cedro —contestó Daniel con apuro.

—Siempre buscando la forma de sacar la vuelta. Hay gente encargada para las inducciones. ¿Qué traslado? A ver, ¿tienes la orden? —dijo Mertins, ignorando por completo a Ricardo.

—Sí, acá la tengo —le dijo Daniel mientras le entregaba los documentos.

Ricardo en ese momento trataba de no hacer contacto visual con Mertins. Disimulando, miraba el suelo y los documentos que llevaba en su carpeta.

—Ah, va hacia el piso -2 y no me avisaste... Anda a hacer tus rondas. Yo mismo recibiré el traslado. ¿A qué hora debería llegar? —dijo Mertins molesto.

—A las 9:00. Disculpe, don Vladimir, no lo quise molestar. Es que me avisaron a mí del traslado. Por eso vine —dijo Daniel, nervioso.

—Oye, Daniel, ¿y este cabro es mudo que no saluda? —dijo Mertins dirigiendo su mirada a Ricardo.

—Él es...

—Buenos días, soy Ricardo Cr... Valencia. Hoy es mi primer día —dijo Ricardo, trastabillando la voz.

—No es mudo, es tartamudo —dijo Vladimir con ironía.

Ricardo empuñó su mano. Quería destrozar la cara de su verdugo. Tuvo que contener la rabia mientras disimulaba con una sonrisa fingida. Daniel, por su parte, notó la desesperación de Ricardo y lo sacó de ese impasse.

—Ja, ja, ja. No sea pesado don Vladi. Es su primer trabajo, está nervioso —dijo Daniel riendo, mientras daba unos golpecitos en la espalda de Ricardo.

—Don Vladimir o Señor Mertins para ti, Daniel. Y usted, ¿ya tiene sus instrucciones? ¿Sabe cómo llegar a su oficina? ¿O necesita una niñera? —preguntó Mertins a Ricardo.

—Sí. Por hoy estaré en la oficina 306 —contestó Ricardo.

—Vamos, andando el parcito, entonces —dijo Mertins apurando.

Unos cuantos metros más allá, Mertins siguió su recorrido. Durante el camino, continuó regañando a otro grupo de enfermeros que conversaban en el pasillo. Ricardo y Daniel separaron sus caminos, pero aun así seguían comunicados. Daniel habló desde el piso -2:

—Pensé que le arrancarías la cabeza en cualquier momento.

—Qué viejo más antipático. Fue extraño. Sentí que algo iba a explotar dentro de mí.

Ricardo ya se encontraba en la oficina 306.

—Mientras no tengas el C24, una transformación tuya podría costarnos la vida a todos. Intenta calmar tu ira en situaciones de estrés, si no, todo el plan se va a la mierda —replicó Daniel.

—Lo sé, eso intento... —dijo Ricardo agobiado—. ¿Qué haremos con el traslado? Prémone quedará sola.

—Según el informe, viene inconsciente por la medicación, pero claramente no es así. Podría volver loco a cualquiera con solo tocarlo. Así que no te preocupes, ella sabe cómo defenderse. La gente de la ambulancia sabe perfectamente lo que debe hacer. Les acabo de enviar un mensaje avisando que otra persona recibirá al paciente —contestó Daniel—. Además, yo estaré en el mismo piso que ella. Te mantendré informado.

Ricardo, sin hacer caso a las instrucciones de Daniel, no fue capaz de esperar en su oficina y se dirigió hasta la entrada de Urgencias donde llegaría la paciente de traslado. Fue hasta una máquina de bebidas cercana para no ser visto por Mertins, quien esperaba en la recepción junto a otro enfermero.

—¡Llegó! —dijo el enfermero.

—Veamos que tenemos acá... Monet Domínguez —dijo Mertins mientras miraba la documentación—. Depresión endógena, bipolaridad, agresividad extrema, conducta suicida y tiene... 16 años. ¡Qué ternura!

Mientras bajaban a la paciente, Mertins le preguntó en voz baja a uno de los paramédicos:

—¿Cuál es la razón real del traslado?

—Dicen que volvió loco a un enfermero. Otros pacientes dicen que sueñan con ella —respondió el paramédico.

—Es como un fantasma; los atormenta —interrumpió el segundo paramédico.

—Okey.

Sin hacer más preguntas, Mertins se dirigió a recepción, entregó la documentación y dijo a la recepcionista:

—Directo al -2. De esta me encargaré yo mismo.

Se llevó la camilla mientras caminaba a paso firme.

Ricardo, angustiado, vio toda la escena y pensó: «Esto no era parte del plan. Mertins no puede estar a cargo de Prémone. ¡Quizás qué le hará! Debo avisar a Daniel».

CAPÍTULO 16: ESCAPE

—Daniel, ¿me escuchas?

—Sí, Ricardo, tranquilo, vuelve a tu oficina. No llevas ni una hora acá y ya estas desacatando las órdenes.

—Tu dispositivo de comunicación cuenta con GPS. La gente de la ambulancia también está en contacto conmigo, y Prémone lleva uno. Sé todo lo que está pasando. Solo me preocupa que tú no estés en la oficina —continuó Daniel.

—Lo sé. ¡Pero es que esto no era parte del plan! —contestó con temor Ricardo.

—No, pero recuerda que podían existir muchas dificultades en el camino. Mertins, tarde o temprano, sería una de ellas. Tendremos que lidiar con esto ahora. Es posible que el plan se acelere. Mantente atento —dijo Daniel.

—Okey, entiendo —respondió Ricardo abrumado.

—¡Y no salgas de tu oficina, a menos que yo te lo diga! Pronto gestionaré tu traslado, ten paciencia —reafirmó Daniel.

—Acaba de pasar Mertins con Prémone... Luego hablamos —dijo Daniel a Ricardo por el intercomunicador.

Daniel vigilaba impaciente desde la sala de descanso de los enfermeros. Mertins dejaba a Prémone en la celda 66 del piso -2.

Tras el paso de unos eternos minutos, por fin salió de la celda y se dirigió a su oficina. Era el momento para hacer con-

tacto. Tomó unas fichas médicas y se apresuró en llegar donde Prémone. Cerró la puerta con cuidado y vigiló que nadie estuviera cerca. Solo entonces dijo en voz baja:

—¿Estás bien? ¿Te hizo algo?

—Nada, no me toco ni nada por el estilo, pero dijo algo que me dejó con escalofríos.

—¿Qué te dijo? —respondió con rapidez Daniel.

—Se acercó a mi oído y me susurró: «Lo pasaremos muy bien en el óvalo, pequeñita». Me respiró muy cerca, fue asqueroso. Justo cuando pensé que tendría que defenderme, se fue —dijo Prémone con disgusto.

—¡Viejo de mierda! La idea era que tuvieras el menor contacto posible con él. Tendremos que apurar lo que más se pueda el plan —dijo Daniel—. Esta semana, Mertins tiene solo turnos diurnos, así que el escape debe ser de noche.

—¡Entendido! No te preocupes. Parte del plan era que me llevaran al óvalo. Es la única forma de contactar directamente, y no a través de sueños, con Montt y Ankatu —replicó Prémone.

—Sabes que puedes defenderte si lo amerita, especialmente de Mertins. No dudes en sacarle el cerebro si es necesario —dijo Daniel con una sonrisa.

—Tranquilo, espero no llegar a eso.

—Estaré a un par de celdas de acá. Cualquier cosa, me hablas y llego en un minuto. Ahora intentaré generar el traslado de Ricardo a este piso. Estaré haciendo algo de papeleo —dijo Daniel seriamente.

—¡Ya, vete! Estaré bien.

Prémone sonrió. Daniel volvió al pasillo con la precaución de no ser visto por Mertins. Continuó con sus rondas y, más tarde, comenzó a hackear el sistema para poder trasladar a Ricardo a ese piso.

Aquel día pasó sin más. Ricardo y Daniel volvieron a sus casas como un día normal de trabajo en el psiquiátrico, pero esta vez con la angustia de haber dejado atrapada a Prémone ahí.

Daniel mantenía una comunicación constante con la pequeña Cruz. Le recordaba que en cuanto amaneciera, él estaría de nuevo en los pasillos del hospital y, si existiera una eventual emergencia, siempre podría llegar en algunos minutos al recinto. Ricardo, por su parte, seguía con sus tormentosos pensamientos y la terrible dificultad para conciliar el sueño. Ahora, además, con una preocupación extra.

El día siguiente parecía comenzar con una mañana perfecta. En cuanto Ricardo llegó al hospital, la secretaria de admisión le informó que fue trasladado al piso -2 del psiquiátrico, donde lo estaban esperando para sus nuevas funciones. Todo iba según el plan. Daniel lo esperaba en la residencia de enfermeros, donde le dio la bienvenida junto a otros dos psicólogos que también hacían su ingreso, más otros tres enfermeros de aquel turno. Entre ellos estaba Mertins, quien no tardó en interrumpir.

—¿El mudo? Ah, no, verdad. ¡El tartamudo! Te va a tocar duro acá, cabrito. Estos no son pacientes comunes. Esto va para los otros dos también —dijo Mertins mientras tomaba su café y leía el periódico.

Pronto miró su reloj y dijo:

—¡Ya estamos en la hora! ¿Daniel, tienes la planificación?

—Sí, jefe. Estos son los destinos de los nuevos psicólogos

—contestó rápidamente Daniel, mientras le pasaba la documentación.

—Mmm, déjame ver. Quiero hacer unos cambios. Manda al tartamudo con el mudo... Veremos si se la puede —dijo Mertins con ironía.

—Ricardo, entonces tú irás con Abel Montt. Puedes leer la ficha antes de entrar. Así tienes una idea de lo que verás —dijo Daniel mientras le entregaba la carpeta.

—Por hoy, cada uno de ustedes deberá entregar un informe detallado a las 16 horas en mi oficina. Necesito: el estado general del paciente asignado, sus conclusiones y posibles tratamientos —concluyó Mertins, y salió a hacer sus rondas en aquel piso.

Poco después, lo siguieron el resto de enfermeros y los nuevos psicólogos en busca de sus pacientes. Ricardo miraba dubitativo la ficha de Abel Montt, entonces Daniel, antes de salir, le dijo:

—No tengas miedo. Ya sabes que no es malo. ¡Lo conoces! Solo que él a ti aún no. ¡Sé fuerte! Estaré por acá cerca —y continuó con su ronda.

Ricardo quedó absorto mientras leía la ficha de Abel Montt. Solo leer la descripción física era perturbador. Sin darse cuenta, los minutos pasaban y su labor estaba en retraso. Entonces, de pronto, emprendió su camino con apuro por los largos pasillos del piso -2. Mientras aún leía la ficha del paciente, de improviso, se encontró casi de golpe con una mujer alta, de cabello ondulado, rubio, que le dijo:

—Usted debe ser Ricardo.

Ricardo quedó pasmado al escuchar esa voz. Subió la vista. Era Klorman. Estaba justo en frente, como en sus peores pesadillas. «¿Por qué sabe mi nombre? ¿Sabe quién soy? ¿Nos descubrieron?», pensó rápidamente Ricardo.

—Valencia, si no me equivoco, ¿verdad?. Yo soy la directora. Mi nombre es Elizabeth Klorman —dijo estrechando su mano.

Tratando de disimular la cara de espanto. Ricardo recobró la compostura. Pudo estrechar su mano y dijo:

—Sí, un gusto. Hoy es mi primer día en este piso. Ahora mismo me dirijo a realizar una evaluación al paciente... Abel Montt —respondió revisando sus apuntes, tratando de contener los nervios.

—Muy bien, me parece perfecto. Justo hoy me encuentro supervisando la labor de los nuevos psicólogos. Pero no me mire con esa cara. Usted hará su trabajo tranquilamente, no se asuste. Solo estaré recogiendo las impresiones de sus colegas y revisando los informes.

—Claro, no hay problema —dijo Ricardo, con una sonrisa temerosa.

—No le quito más tiempo, por favor, continúe con sus quehaceres. Qué tengas un lindo día, Ricardo —dijo Klorman amablemente.

—Igual usted, señora Klorman —dijo Ricardo mientras apuraba sus pasos para salir de ahí enseguida.

Ricardo, por fin estaba en frente de la celda de Abel Montt. Justo cuando se atrevió a abrir la puerta, Daniel le comenzó a hablar por el intercomunicador:

—¡No está! ¡Prémone no está!

Ricardo terminó de abrir la puerta y descubrió que Montt tampoco estaba en su celda.

—Abel tampoco está —respondió Ricardo.

—No logro comunicarme con Prémone desde hace una hora. Creí que estaba con alguien en la habitación y que por eso no contestaba —dijo Daniel, angustiado.

—Seguro los llevaron al óvalo. ¿Tienes a quien preguntar? —respondió Ricardo.

—Nadie me dirá directamente que los llevaron ahí, pero intentaré sacar algo de información. Por ahora tenemos que confiar en Prémone. Ella sabrá qué hacer —replicó Daniel.

Un par de horas más tarde, solo obtuvo una vaga información: fue llevada a realizar exámenes. Esto solo confirmaba sus sospechas.

La habían llevado al óvalo y de alguna forma se perdió toda comunicación. Sin noticias de Prémone, la ansiedad corroía la mente de Daniel. No sabía qué hacer. Incluso, pensó en el plan Berzerker, pero esa era la última opción. Hasta que por fin escuchó:

—¿Daniel? ¿Me escuchas?

—¡Prémone! ¿Estás bien? —contestó casi entre lágrimas.

—Sí, todo está bien. Estoy en una especie de sala de recuperación, acá, cerca del óvalo —respondió Prémone.

—¿Recuperación de qué? ¿Qué te hicieron? —dijo Daniel exaltado.

—Lo básico: electroshock, me golpearon y tuve que defenderme. Como vieron de lo que soy capaz, ahora estoy amarrada a la cama —dijo la joven Cruz con desgano.

—¡Maldita sea! ¡Qué rabia! —respondió furioso.

—Tranquilo, sabíamos que esto podría pasar. Por lo menos, no estaba el viejo de mierda de Mertins y logré hacer contacto con Montt y Ankatu —replicó Prémone, victoriosa.

—Seguro, en un rato más te traerán de vuelta al -2 —dijo Daniel más calmado.

—¡Eso espero! Hoy, por la noche, visitaré a mis nuevos amigos. Si todo sale bien, aceptarán, y el plan tomará curso —contestó Prémone.

—En cuanto vuelvas a tu celda, avísame. Ahora le contaré a Ricardo que estás bien. Nos tenías desesperados.

Prémone no volvió hasta muy tarde aquel día. En cuanto pudo conciliar el sueño, fue directo a la mente de Montt y luego a la de Ankatu. Ambos no tardaron en creer y aceptar lo que les decía la chica. Algo en su interior los hacía confiar plenamente en ella, como si la conocieran de toda la vida.

Quizás, fuese su poder de convencimiento o, tal vez, el *perimontun* era más poderoso de lo que ella misma sabía.

Al siguiente día, Daniel llegó hasta la celda de Prémone a primera hora y comenzó a revisar sus heridas.

Tenía un sin fin de quemaduras y moretones por todo el cuerpo. Si bien Prémone tenía una de las habilidades más aterradoras que se pudiera imaginar, su cuerpo era frágil como cualquier adolescente de 16 años.

Impactado, Daniel supo que el plan debía ejecutarse lo antes posible. Prémone no aguantaría otro viaje al óvalo.

—Por favor, dime que lo conseguiste —dijo Daniel mientras examinaba su cuerpo.

—Está todo listo. Lo único que me recalcaron es que necesitan estar lúcidos. ¿Puedes hacer algo con eso?

—Lo tengo presente. No será fácil pero lo lograré. Solo falta el compuesto C24; luego podremos sacarlos de acá. Ya conseguí el acceso a los laboratorios donde los custodia Mertins.

—¡Hoy es el gran día! —replicó Prémone.

—Esperemos que así sea —dijo Daniel mientras soltaba un suspiro.

Horas más tarde, Daniel y Ricardo se disponían a ejecutar el plan de distracción para Mertins.

—¡Sabes qué hacer! Estoy afuera del laboratorio. Mertins en cualquier momento volverá de su descanso y pasará por el pasillo que está en frente de tu posición —dijo Daniel por el intercomunicador.

—Sí, ¡estoy atento! —respondió Ricardo.

—A esta hora no hay nadie en el laboratorio, pero Mertins siempre viene a revisar los insumos después de su descanso. Solo dame tres minutos y lo conseguiré.

—Alguien sale del ascensor, debe ser él.

—¡Voy a entrar! —contestó rápidamente Daniel.

—Confirmo, es él. ¡Es ahora o nunca!

Ricardo salió caminando rápidamente de la oficina con un cúmulo de fichas que apenas lo dejaban ver por dónde iba.

Como un kamikaze, se dirigió hacia Mertins y chocó violentamente con él. Mertins cayó de espaldas. Los papeles se desparramaron y volaron por todas partes. Los documentos que llevaba Mertins se regaron varios metros alrededor y se mezclaron con los que llevaba Ricardo. Fue tal el estruendo y los gritos, que se llenó de gente el pasillo.

—¡Eres un imbécil! No solo eres tartamudo... ¡Ciego también el hueón! ¡Bueno para nada! ¡Mira lo que hiciste! —gritaba Mertins.

—Don Vladimir, lo siento tanto. No lo vi. No se preocupe, yo lo ayudo —le dijo Ricardo mientras trataba de levantar al viejo enfermero.

—¡Esto no va a quedar así! Haré que te saquen de acá hoy mismo, pendejo de mierda.

Los trabajadores del psiquiátrico disfrutaban expectantes de la escena, riendo por lo bajo. Pero no duró demasiado, ya que, en cuanto Mertins se dio cuenta, comenzó a gritarles.

—¿Y ustedes qué miran? ¡Vuelvan a sus trabajos! ¡Se acabó la fiesta!

—Mantenlo ahí un rato más. ¡Aún no lo encuentro! El lugar no es exactamente como recuerdo de la visión.

—¡Hago lo que puedo!

Ricardo, con los dientes apretados, ordenaba los papeles, mientras Mertins no paraba de insultar y regañar. Un par de enfermeros llegaron corriendo a ayudarlo. Ricardo no perdió oportunidad e hizo tropezar a uno de ellos, quien cayó encima de Mertins, derribándolo nuevamente.

Vladimir Mertins no podía más de la furia.

—¡Montón de subnormales! ¿Me quieren matar?

En ese momento, mientras ayudaba a incorporarse nuevamente a Vladimir, Ricardo tomó la credencial de acceso de su cinturón y la escondió entre los papeles que ordenaba.

—¡Lo tengo! Tengo el C24. Esto es como un espejo, por eso no encontraba las gavetas. Está todo el revés —dijo Daniel orgulloso a través del intercomunicador. Deja ir al viejo antes que te mate. ¡Estoy fuera!

Ricardo solo atinaba a reiterar sus disculpas una y otra vez.

—Lo siento tanto don Vladimir, no fue mi intención.

—¿Está bien? ¿Lo acompaño, don Vladimir? —dijo el enfermero que derribó a Mertins.

—¡Déjame en paz! ¡No quiero ver tu estúpida cara! ¡Manga de retardados!

—¡La tengo! —dijo Ricardo en cuanto tuvo oportunidad de estar solo.

—Excelente. Si no resolvemos esto hoy, seguro que el viejo te despide mañana —respondió Daniel riendo.

Prémone ya tenía la credencial de Mertins; Daniel, el C24; y Ricardo no perdió el control. Solo faltaba el gran escape.

Eran exactamente las 3:00 a. m. Ricardo y Daniel esperaban a las afueras del psiquiátrico en una Van.

—¿Aún no se comunica? —preguntó Ricardo.

—La última vez que me habló, fue hace una hora. Dijo que estaba esperando un cambio en la guardia.

—¿Y qué hacemos?

—Ten paciencia, confía en Prémone. Si nos necesita, pedirá ayuda.

—¡Hay movimiento! Salen unas personas por la entrada principal.

Ricardo miraba a través de unos binoculares.

—¡Negativo! Es solo una familia. Logro ver a una mujer, un niño y un señor. Vienen tomados de las manos.

—¿Visitas a esta hora, Ricardo? ¡Esta maldita lo logró! —dijo Daniel mientras le hacía señas desde lejos con una linterna.

Poco a poco, esta «familia» se fue acercando a la Van. Ricardo no entendía nada. No podía reconocer a ninguno de los que se estaba acercando. El nerviosismo le ganó y dijo:

—¿Quiénes son? ¿Por qué vienen hacia acá? ¡Daniel, nos descubrirán!

—El tiempo me ha enseñado que no todo es ver para creer. Confía. Yo tampoco reconozco a ninguno de ellos. Solo no los pierdas de vista —dijo Daniel con seguridad, mientras seguía haciendo señas con su linterna.

Justo cuando estaban a unos metros de la Van, el pequeño niño soltó la mano de sus padres. Entonces, hubo una visión impactante. Fue tal la impresión, que ambos ahogaron un grito.

—¡Qué agotador! Fueron como quince minutos. Nunca había logrado mantener una ilusión tanto tiempo —dijo el niño, soltando un suspiro.

—¡Lo hiciste perfecto, Ankatu! —dijo Prémone acariciando su cabello.

El enorme Abel Montt se imponía gigantesco al lado de la Van, sin decir una sola palabra.

Todo se volvió claro: lo habían logrado. Tres de los prisioneros más peligrosos del Hospital Psiquiátrico El Camino habían escapado por la puerta principal sin levantar sospecha alguna.

—¿No van a decir nada? —dijo Prémone, poniendo las manos en sus caderas.

—Les presento a Ankatu y Abel. Ellos son Ricardo y Daniel, que seguro ya los conocen —continuó Prémone.

Ricardo no lograba decir una sola palabra. Seguía refregándose los ojos sin entender nada. Daniel por fin salió del tranque y dijo:

—¡Basta de presentaciones! Rápido, suban a la Van, debemos irnos.

—Tranquilo Daniel. Les dejamos una pequeña sorpresa ahí adentro. Nosotros seremos la última de sus preocupaciones —dijo Prémone riendo.

Mientras se subían calmadamente a la Van, una alarma comenzó a sonar en el psiquiátrico. Los guardias corrían desesperados. Todas las celdas de El Camino se abrieron simultáneamente, creando un gran escape masivo. En cosa de minutos, decenas de pacientes huían lejos del hospital.

CAPÍTULO 17: LA MANSIÓN CRUZ

Mientras iban rumbo a la montaña, las patrullas policiales, ambulancias y carros de bomberos pasaban, de tanto en tanto, en dirección contraria. El caos provocado en El Camino fue de gran envergadura. Poco después sabrían de aquello en los noticieros matutinos.

Un ambiente sepulcral inundaba la camioneta. Agotados y cabizbajos, nadie lograba romper el silencio. Cada uno miraba por la ventana, perdido en su mundo. Parecía haber sido una misión eterna, pese a que había durado solo un par de días. Daniel estuvo meses trabajando como enfermero en el psiquiátrico. Para Ricardo fueron meses de tortura y semanas de insomnio. Prémone revivió el plan en más de una ocasión a través del *perimontun*, y esta vez sufrió en carne propia las torturas del centro.

Ankatu y Montt son tema aparte. Años de maltrato... y ahora, por fin, libres. La posibilidad de escapar nunca estuvo en sus mentes. Prácticamente, la única vida que conocieron fue la del sanatorio. Miraban asombrados cada lugar que veían a través de la ventana.

Por fin, el niño Ankatu se atrevió a hablar.

—Te imaginaba más grande, más temible, Ricardo. Ni das miedo —dijo Ankatu, provocando carcajadas en todos.

—¿Por qué se ríen? Prémone me contó una historia espe-luznante de él. Yo lo veo ahí, tan flacucho —dijo Ankatu mien-tras todos seguían riendo.

—Es que eso pasa solo cuando él se enoja, y no se ve igual de flacucho que ahora. La verdad, yo no querría verlo —dijo Prémone aguantando la risa.

—¡Espero jamás tener que ver eso! —replicó Daniel.

—Buu... yo quería ver a Ricardo el *Perro* —dijo Ankatu, rezongando.

—Ya basta! Ni yo lo he visto, y espero no tener que pasar por eso —contestó Ricardo.

—Ya estamos bastante lejos del psiquiátrico. No he visto pasar patrullas en los últimos minutos. ¡Creo que lo logramos, muchachos! —dijo Daniel con optimismo.

Otro silencio se apoderó del vehículo, pero esta vez duró solo unos segundos ya que fue interrumpido por varios vítores, risas y aplausos. Hasta Abel se veía distinto. Logró esbozar una leve sonrisa antes de volver a fijar la mirada en la ventana.

Ricardo aún no podía entender como habían logrado esca-par tan fácil. Aprovechó el momento para preguntar a Prémone:

—¿Cómo lo hicieron? ¿Cómo lograron salir?

—Cuando me entregaste la credencial de Mertins, me quedé esperando. Fingí estar dormida hasta el cambio de guar-dia a las tres de la madrugada —dijo la joven.

—Sí, hasta ahí lo tengo claro. ¿Luego qué pasó? —replicó Ricardo.

—Ankatu, Abel y yo éramos los únicos pacientes tran-quilos del piso. Como nadie fue sedado esa noche, estaban algo inquietos los del piso -2. Daniel cambió los tranquilizantes por placebos. Los guardias estaban desesperados tratando de acallar

los gritos de cada celda. Entonces, con todo el alboroto, pasamos a segundo lugar —explicó Prémone.

—¿Y entonces...? —intervino Daniel, ansioso.

—¡Ya voy! No sean impacientes —rezongó Prémone—. Justo en el cambio de guardias entró un enfermero que nunca había visto, y comenzó a soltar mis amarras. De un momento a otro, cambió de forma. Era Ankatu.

Todos voltearon a ver a Ankatu quien no tardó en completar la historia.

—Como no estaba sedado, esperé que algún enfermero entrara a mi celda. Lo confundí y lo dejé acostado en mi camilla. Luego, le pedí a uno de los guardias que me abriera la puerta y llegué donde Prémone —sonrió tiernamente.

—Ambos salimos de la celda 66 en busca de Montt. Yo, aún con algo de dudas, pero Ankatu me decía: «Tranquila, nadie nos notará». Me tomó de la mano y salimos... Era muy extraño. Yo veía de manera normal a Ankatu, pero el resto de las personas nos miraban y nos decían: «Buenas noches», y seguían su camino. Había decenas de guardias y ninguno notó algo extraño.

Relataba Prémone.

—Así llegamos a la celda de Abel. Usé la credencial de Mertins. Entramos sin problemas. En cuanto liberamos a Montt, les dejé un mensaje en la pared con unos tubos de sangre que encontré —continuó.

—¿Qué mensaje? —dijo Ricardo rápidamente.

—Que sea sorpresa. Pronto lo sabrán —dijo Prémone riendo.

—¿Y entonces salieron así, sin más? —intervino Daniel.

—Esa era la idea. Pero cuando estábamos listos para salir, Ankatu me detuvo y me dijo: «¿Y qué pasará con el resto?». En

ese momento decidimos hacer una pequeña parada en otra celda —dijo Prémone seriamente, mirando a Ankatu.

—¿Qué hiciste, Prémone? Eso no era parte del plan —le dijo Daniel con reproche.

—No le pude decir que no. Mira su carita... Entramos en la celda de Guiña. Le di la tarjeta de Mertins y le dije: «Con esto puedes liberarlos a todos. Eres lo suficientemente rápido para lograrlo. Solo danos cinco minutos y puedes comenzar». Entonces, Ankatu nos tomó de las manos y comenzó nuestra travesía por los pasillos del psiquiátrico. Cuando llegamos al primer piso, ya se escuchaban los gritos en los pisos inferiores. Pero ya estábamos afuera —concluyó Prémone.

—Ya me imagino la cara de Klorman cuando se entere —dijo Ricardo riendo.

—¡O la de Mertins! —replicó Prémone

—Esto no es todo, Ricardo. Prémone, toma mi notebook y envía toda la información a los medios, súbela a la *Deep Web*, a la policía, y manda una copia al inspector Aguirre y al fiscal Navarro. El imperio de los Klorman caerá esta noche —dijo Daniel seriamente.

—¡A la orden! Dame unos segundos... ¡Listo!, enviado.

—¿Y ahora qué sigue? —dijo Ricardo impaciente.

—Esperar... Cruza los dedos y vigilar las redes sociales. Pronto habrá noticias —respondió Daniel.

Ya había pasado casi una hora de viaje. Estaban a minutos de llegar donde el jefe y aún no había noticias del psiquiátrico. Nadie hablaba de esto en las redes sociales. Hasta que por fin un simple posteo con una foto del psiquiátrico en la plataforma X desató la avalancha de información.

En la foto se veía, tirada en un rincón, una enorme camilla vacía, cadenas con grilletes que salían desde la pared y, en el fondo, unas letras sangrientas que decían:

«Klorman es tortura. Muerte al torturador».

Prémone ahogó un grito al ver la imagen y dijo:

—Ups, creo que es mi letra.

—¿Tú posteaste eso? —dijo Ricardo intrigado.

—Prémone no tenía cómo sacar fotos. Debe haber sido algún policía que filtró la imagen y alguien la reposteo —intervino Daniel.

—¿Con eso será suficiente? —replicó Ricardo.

—Dale unos minutos y lo sabremos. Es solo la punta del iceberg —contestó Daniel.

Tras alejarse del camino principal y dar vuelta por un sendero a través de unos pedregosos e intrincados caminos, llegaron a la residencia Cruz. Una enorme mansión escondida en las montañas.

Bajaron rápidamente. En la entrada los estaba esperando la madre de Prémone, y más atrás estaba Rodolfo Cruz.

—¡Por fin llegaron! Pasen, deben estar muy cansados —dijo la madre de Prémone.

Uno a uno fueron pasando. Daniel y Prémone entraron primero. Daniel pasó directo donde Rodolfo Cruz y le dijo:

—Jefe, la misión fue un éxito. Tenemos el C24 y todos están sanos y salvos.

Prémone abrazó a la mujer que la examinaba de pies a cabeza.

—¿Estás bien? ¿Te hicieron algo, hija?

—Estoy bien, mamá. Solo tengo algunos moretones. ¡Me estás asfixiando!

Prémone se avergonzó de la sobreprotección de su madre y la apartó un poco de sí.

—¡Rodolfo!, ¡mira la niña! Te dije que no quería que participara en esta misión.

El padre se acercó tranquilamente, ignorando los gritos de Natacha. Tocó la mejilla de Prémone y, con voz suave, le dijo:

—¿Segura que estás bien, hija?

—Sí, estoy bien —respondió Prémone, y lo abrazó con fuerza.

—¿Por qué no me presentas a tus amigos? —dijo Rodolfo Cruz.

El primero en acercarse fue el pequeño Ankatu. Con mucha personalidad, dijo:

—Hola, soy Ankatu Weichan. Tengo 12 años y soy amigo de su hermosa hija —añadió mientras estrechaba su mano.

Rodolfo no aguantó y esbozó una sonrisa, mientras le decía:

—Yo soy Rodolfo Cruz, el padre de la hermosa Prémone. Usted debe ser Abel Montt —dijo mirando hacia arriba al gigante.

Abel no hizo caso al saludo y se mantuvo mirando el suelo de la sala.

Prémone intervino rápidamente. Se acercó a Montt y lo abrazó.

—No tengas miedo. Él es mi padre. Es un buen hombre —le dijo.

Solo entonces, Montt alzó la mirada y, para el asombro de todos, dijo con lentitud y una voz tosca:

—Hola.

Hasta entonces, Ricardo trataba de pasar desapercibido detrás del gigante, pero ya no podía ocultarse más.

—¡Ricardo! —lo llamó con firmeza—. ¿No vas a saludar a tu padre?

Ricardo, tímidamente, salió de detrás de Abel y, con una mirada extraña, miró al hombre que tenía al frente. No había dudas que era su padre. El parecido era evidente. Pero tenía sentimientos encontrados. El jamás estuvo en su vida. Era la primera vez que lo veía.

Lo miró seriamente y un simple «hola» salió de su boca. Dejó la mano de Rodolfo estirada, esperando.

—Entiendo... —dijo—. Natacha, lleva a Prémone y a los muchachos por algo de comer. Le mostraré la casa a Ricardo. Creo que necesitamos conversar.

—¡Claro! Sígueme pasen por acá.

Ricardo se mostraba distante. Casi a regañadientes, siguió a Rodolfo, quien no dijo nada por varios minutos mientras caminaban por la casa. De pronto, se detuvieron. Rodolfo comenzó a mover una alfombra, tomó unos ganchos del piso y le dijo:

—Ayúdame a levantar esto.

Ricardo no sabía qué pasaba. Solo atinó a ayudar. Se encontró con una escalera que llevaba a un subterráneo.

—¡Entra! —dijo Rodolfo autoritariamente.

—¿Por qué? ¿Para qué? —se negó.

—Tranquilo, yo también entraré —dijo con un tono más calmado.

Ricardo, dubitativo, comenzó a bajar las escaleras. Se encontró con una sala de estar. Al fondo se podía ver una especie de bóveda. Poco a poco, comenzó a ver imágenes por todo el lugar. Eran muchas fotografías de Prémone cuando era más pe-

queña. De pronto, se reconoció en un gran cuadro en el centro de la sala.

—¿Soy yo?

—Sí. Ahí tenías 2 años, más o menos. Hay más. Busca en aquel cajón —dijo Rodolfo con una sonrisa.

Ricardo estaba muy sorprendido. Había fotos de toda su vida; de cada cumpleaños, graduación, incluso, fotos que jamás había visto.

—¿Y esto? Esto no repara que nos hayas abandonado —dijo Ricardo cerrando el álbum de fotos.

—Jamás lo hice totalmente. Solo los primeros años. Tu madre no me quería cerca, pero busqué la forma de estar —aclaró Rodolfo.

—¿Cómo? Yo nunca te vi —dijo Ricardo irónicamente.

—Eso es lo triste, pero si estuve. ¿Recuerdas al payaso en tu quinto cumpleaños? ¿El repartidor que se equivocó y llevó pizzas gratis para tu graduación de secundaria? ¿O las cuotas pagadas en tu universidad que pensabas que eran parte de una beca? —dijo Rodolfo.

—¡Eras tú!... ¡Siempre fuiste tú! Y yo que pensaba que era mi buena suerte —dijo Ricardo, avergonzado.

—¡Es tu buena suerte! Me encargué personalmente de que la tuvieras —replicó Rodolfo.

—¿Y por qué apareciste ahora y no antes? —respondió entre lágrimas.

—Soy una persona peligrosa, Ricardo. Hay demasiada sangre en mis manos. No quiero eso para ti. Sin embargo, cuando Prémone me contó sobre tu *perimontun*, supe de inmediato que debíamos intervenir. Definitivamente eras como yo. Aún tenía mis dudas, pero eso lo concretó. Nadie más que yo te puede

ayudar a entender lo que somos —dijo Rodolfo seriamente—. He esperado este momento toda mi vida, hijo. Siempre creí que no pasaría. Por fin, estás acá conmigo. ¿Ahora quieres saludar a tu padre?

Ricardo lo abrazó con fuerza y no dijo nada. En ese abrazo apretado, Rodolfo Cruz no paraba de pedir perdón a su hijo.

Luego de charlar por varios minutos, Ricardo volvió a notar la bóveda del fondo, y le preguntó:

—¿Para qué es esa cámara del fondo? ¿Tienes lingotes de oro ahí?

—¡Ojalá! La plata la guardo en los bancos y en alguna pequeña caja fuerte —respondió Rodolfo riendo.

—Ahí es donde dejo vivir a Lobo. Es el único lugar que resiste, y me aseguro de que no dañe a nadie —explicó seriamente.

—¡Papá! Ven a ver las noticias. Está saliendo el psiquiátrico —interrumpió Prémone desde la habitación de arriba.

Padre e hijo corrieron a ver lo que transmitían por televisión. En cuanto llegaron, Daniel los hizo callar y todos tomaron atención.

—*Muy buenos días. Interrumpimos nuestra programación habitual para informar de una noticia de último minuto. Una situación crítica se desarrolla en el centro psiquiátrico El Camino, ubicado en las afueras de la ciudad, específicamente en Peñaflores. Nos trasladamos en este momento al lugar de los hechos, donde se encuentra nuestro reportero Rafael Matamala. Rafael, ¿cuál es la situación a esta hora?*

—*Santiago, buenos días. Nos encontramos en el frontis de El Camino. Lugar que, hasta esta madrugada, funcionaba como centro psiquiátrico de alta seguridad. A esta hora, cuando son exactamente las 6:05 de la mañana, te puedo contar que el caos se*

siente en el aire. Cerca de 1038 reclusos y pacientes del psiquiátrico escaparon esta noche. Las autoridades del centro no han dado declaraciones. La policía, por su parte, hace un llamado a la población a no abrir la puerta a ningún desconocido, ya que podría tratarse de un convicto o una persona con alguna patología psiquiátrica sin medicación. Recordemos, Santiago, que este centro no solo trata a pacientes psiquiátricos, sino que en él también cumplen condena cientos de criminales con afecciones mentales —informó Matamala.

—Impactante, Rafael. ¿Hay presencia militar en el lugar?
—preguntó el conductor.

—Sí, Santiago. Carabineros, Gendarmería, y personal del Ejército están desplegados en un amplio operativo que se extiende por varias comunas. De hecho, se ha activado un perímetro de contención de más de quince kilómetros a la redonda. Además, se ha solicitado a la población no acercarse a la zona y dar reporte ante cualquier movimiento sospechoso —respondió Matamala.

—¿Se sabe cuál fue el móvil de la fuga? ¿Qué información se maneja al respecto?

—Según información preliminar de Gendarmería y personal médico, poco después de las tres de la madrugada hubo una revuelta que llevó a un corte de energía que desactivó los sistemas de seguridad.

—¿Entonces se presume que hubo intervención de externos?

—Extraoficialmente, hablan de una posible intervención externa, y sumada a la información develada en la madrugada, todo hace pensar que así es. Aunque nadie se ha adjudicado el hecho como propio.

—Claro, lo que mencionas comenzó a eso de las 4:20 de la mañana, cuando el usuario de X @sadmau, posteo una foto toma-

da del centro psiquiátrico con la frase «Klorman es tortura. Muerte al torturador». Posteo que se hizo trending topic en minutos. También Wikileaks, junto con Anonymous, subieron una cantidad impresionante de archivos que dejan bastante mal parados a los de El Camino, en especial a la doctora y directora del centro, Elizabeth Klorman —replicó el conductor Santiago Cavada.

—De ser real esta información, estaríamos hablando de uno de los crímenes de lesa humanidad más grandes desde la dictadura en nuestro país —respondió Matamala.

—Todo es materia de investigación. Aún no nos adelantemos. Cuéntenos, ¿cuál es la sensación de la gente aledaña al lugar? —contestó Cavada.

—Acá estamos con la señora Raquel... ¿Usted es vecina de acá?...

Daniel, interrumpiendo la concentración de todos, dijo:

—Está hecho... ¡Lo conseguimos!

Todos se veían satisfechos. Había un ambiente de victoria.

—¡Tenemos que hacer un brindis! —dijo Natacha.

—Iré por unas copas —contestó rápidamente Rodolfo.

Pero algo andaba mal. No pasó más de un minuto y Ricardo notó que Prémone miraba con preocupación la TV.

El brindis quedó en pausa por unos instantes y preguntaron a Prémone qué pasaba. Si acaso, algo estaba mal.

Prémone no dijo nada por algunos instantes. Solo miraba fijamente el televisor, como si esperara que pasara algo o que dijeran algo. De pronto, dijo:

—Esto aún no termina.

—¿Qué puede hacer la vieja, si está todo en su contra? —dijo Ricardo.

—Con todo esto, seguro quedará en prisión —dijo Natasha.

—No sean ingenuos. Escuchen a Prémone. ¿Cuándo se ha equivocado? —dijo Rodolfo Cruz.

—En las redes la están haciendo mierda. Está lleno de «memes» burlándose de Klorman —dijo Daniel.

—Algo no cuadra. Algo falta. —interrumpió Prémone.

—Miren. Algo pasa en la TV. ¡Es la Policía de Investigaciones! —dijo Ricardo, y todos voltearon atentos a mirar nuevamente.

—*Inspector, ¿qué se sabe de la información filtrada del psiquiátrico?* —preguntó Matamala.

—*Todo es materia de investigación. No podemos dar declaraciones al respecto. Con permiso...* —dijo el inspector Alfonso Aguirre.

—*¿Por qué está la policía de investigaciones en el psiquiátrico?* —apuró en preguntar Matamala.

—*Tenemos una orden de cateo para registrar el centro. Es todo lo que le puedo informar. Pronto habrá un encargado que les dará mayor información. ¿Me deja pasar, por favor?* —dijo Aguirre mientras caminaba por la entrada del centro.

—*¡Inspector!...*

—*Esas fueron las declaraciones del inspector de la policía Alfonso Aguirre, Santiago.*

—*Esto indica que algo grave está pasando en el psiquiátrico. Más allá del gran escape de esta noche. ¿Rafael, te quedas entonces por allá?* —dijo el conductor de las noticias.

—*Por supuesto. Estaremos reportando en el lugar* —respondió Matamala.

—*Cualquier novedad, nos informas. En otras noticias...*
—continuó diciendo Santiago Cavada desde el estudio de Televisión Nacional.

—¡Ven!, todo saldrá bien. Brindemos... —dijo Natacha.

—¡Basta, mamá! —interrumpió Prémone, indignada—. No hay nada que celebrar.

Se paró y corrió a su habitación.

Ricardo trató de seguir de inmediato a Prémone, pero Daniel lo detuvo:

—Déjala, necesita pensar.

Luego de unas horas, Rodolfo llegó hasta la habitación de Prémone.

—¿Se puede?

—¿Qué quieres? —dijo Prémone, aún malhumorada.

—¿Qué pasa hija? ¿Qué es lo que te preocupa tanto?

—Esta vez no quiero que pase. No quiero saber lo que pasará —respondió llorando Prémone.

—¿Es muy terrible?

—Solo me gustaría que todo hubiera pasado de otra forma, pero pasará tarde o temprano —concluyó Prémone.

—Puedes confiar en mí. Dime lo que pasará —insistió.

—No es necesario. Ahora lo sabrás —dijo Prémone volviendo a la calma.

Solo unos segundos después, se escuchó a Natacha que los llamaba a gritos.

—¡Es Klorman! ¡Klorman está en la TV!

—*Escuchamos las palabras de la doctora Elizabeth Klorman, directora del sanatorio psiquiátrico El Camino* —dijo Santiago Cavada desde el estudio.

—*Hemos sido víctimas de un atentado terrorista de la peor calaña que existe. Vulneraron a las personas más desprotegidas de nuestra sociedad. Tenemos pacientes que son como hijos para nosotros, hijos que hoy no sabemos si están sufriendo. Muchos de ellos necesitan sus medicamentos y ahora pueden estar descompensados, quién sabe dónde...* —se quebró por unos segundos—. *Perdón* —secó sus lágrimas—. *Pero no dejaremos que esto nos destruya. Sabemos con exactitud quién está detrás de esto. Es un enemigo muy poderoso. Solo puedo decir que estamos en guerra.*

—*¿Qué nos puede decir de la información que se filtró en redes sociales? ¿Se dice que en el centro ocurrían vejámenes y crímenes de lesa humanidad?* —preguntó Matamala audazmente.

—*Mi clienta no dará más declaraciones* —interrumpió el abogado Eduardo Hermosilla, quien la alejó de la prensa, siendo escoltada por Mertins. Luego, subieron rápidamente a un vehículo que los esperaba.

Poco después de las declaraciones de Klorman, apareció Alfonso Aguirre cabizbajo, caminando a paso firme desde el psiquiátrico. La prensa no perdió oportunidad y lo interceptó.

—*¿Inspector, qué nos puede adelantar sobre la investigación?* —dijo Matamala.

—*No puedo adelantar nada. Pregunten al inspector Catalán. A mí me acaban de notificar que estoy fuera del caso* —respondió indignado Alfonso Aguirre.

—*¿Esta modificación a qué se debe?* —replicó rápidamente Matamala.

—*Rafael, si contesto algo más, amaneceré ahogado en un río. ¡No estoy para este circo!* —dijo Alfonso Aguirre mientras se alejaba esquivando al resto de la prensa.

—*Fuertes declaraciones hemos tenido esta mañana. Esto está tomando un rumbo desconocido, Santiago* —dijo Matamala.

—*Así es, Rafael. Más preguntas que respuestas tenemos a esta hora. ¿Tenemos alguna información de parte de Investigaciones?* —dijo Santiago desde el estudio.

—*Hasta ahora no tenemos mayor información... Espera un momento, acá viene el inspector Catalán. Inspector, ¿nos puede informar algo respecto al caso?* —dijo Matamala.

—*Como bien dijo la directora Klorman, sabemos quiénes están detrás de este terrible atentado* —dijo Catalán.

—*¿Darán los nombres de los involucrados?* —preguntó Matamala.

—*Efectivamente. El juez dictaminó una orden de arraigo y orden de captura, tanto nacional como internacional, para las siguientes personas: Ricardo Cruz Guerrero, Prémone Cruz Mero-vich y Daniel Arteaga Blanco.*

—*¿Bajo qué causas están siendo buscados?* —dijo Matamala.

—*Terrorismo, secuestro de menores y suplantación de identidad, entre otros cargos* —dijo Catalán—. *Además, se busca en-carecidamente a dos criminales altamente peligrosos: Abel Montt y Ankatu Weichan.*

—*Sabemos que no trabajan solos. No descansaremos hasta acabar con esta terrible red de terroristas* —concluyó Catalán.

Entonces, en la pantalla del noticiero comenzaron a pasar las imágenes de los rostros de cada uno de ellos. El escape masivo y la documentación del centro pasó a un segundo plano.

Santiago Cavada, permanecía en el estudio sin saber muy bien lo que estaba pasando. Le comunicaron algo por interno y, antes que pudiera replicar, dijo:

—¡Ahá!, claro. Volvemos en unos instantes. A la vuelta de comerciales tendremos toda la información de la liga de fútbol nacional. ¡No se lo pierda!

Todos enmudecieron. Absortos, entendían poco la gravedad del asunto. Cada uno lo vivía de manera individual.

—¿Qué significa todo eso? —dijo Natacha.

—¡Cagamos! Eso significa —dijo Daniel.

Prémone no decía una sola palabra; solo se quedó mirando la televisión —o quizá hacia el infinito—, mientras varias lágrimas corrían por su mejilla.

—¿Y si contactamos al abogado? —dijo Daniel.

—Ni se te ocurra. Ya son prófugos. No va a involucrarse en esto —respondió Cruz padre.

Montt, por su parte, comenzó a mecerse de lado a lado, emitiendo unos sonidos inentendibles.

Ricardo no podía creer en lo que estaba metido. Comenzó a pensar en voz alta.

—¿Qué le diré a mi madre? Espero que no esté viendo las noticias... ¡Obvio que está viendo las noticias!

Miró su teléfono: tenía diez llamadas perdidas de su madre.

—Lo siento, Ricardo. Un problema a la vez. Dame tu teléfono. Necesito los móviles de todos. ¡Ahora! Daniel, encárgate de eso. Nos ocuparemos de todo —dijo Rodolfo Cruz, tocando el hombro de Ricardo.

Ricardo le entregó su teléfono sin dudar, aunque seguía en estado de shock.

—¿Y qué pasará con mis estudios? —preguntó.

De pronto, con un sobresalto, exclamó con angustia:

—¡Y Laura!

Ricardo no paraba de caminar de un lado a otro pensando en voz alta. Entonces, Prémone dejó su letargo y fue directo donde su hermano. Lo abrazó fuertemente y le dijo al oído:

—Lo siento tanto, hermanito, pero era la única forma.

—¿Y qué pasará conmigo? —dijo Ankatu sollozando en medio de todo el alboroto.

Todos voltearon a ver a Ankatu y comprendieron que no le estaban tomando atención al más pequeño del grupo. Más que un criminal peligroso, era solo un niño asustado.

—Ay, mi niño, no llores —lo abrazó Natacha.

Prémone y Ricardo se acercaron también.

—No dejaremos que vuelvas a ese lugar nunca más, ¿entiendes? —dijo Prémone mientras acariciaba su mejilla.

—¡Ya no estás solo! Eso va para ti también, grandote —dijo Ricardo mirando de reojo a Montt, quien comenzó poco a poco a calmar su ansiedad.

—Ahora me tienen a mí. No dejaré que nada malo les pase. Por ahora, lo mejor es que estén todos acá. Pronto tendré una solución —dijo Rodolfo Cruz

CAPÍTULO 18: EL GRAN VIAJE

Pasó una semana. Los noticieros solo hablaban de la banda terrorista liderada por Daniel Arteaga. Se transformaron en las personas más buscadas de Chile. Carteles y más carteles con sus rostros llenaban la ciudad. No había nadie que fuera indiferente a lo sucedido en el psiquiátrico.

Por una parte, la información oficial del gobierno y medios serios atacaban directamente a Cruz y los demás, mientras que en redes sociales hacían un festín con Klorman y su mafia.

Muchas personas comenzaron a repostear en X la frase «¿Terroristas o héroes?», y anclaban el hilo con el primer post: «Klorman es tortura. Muerte al torturador», junto con toda la información difundida en la *Deep Web*. Cada vez que la frase se volvía *trending topic*, era bajada misteriosamente de las redes. Eso acrecentó aún más la conspiración popular.

Cada uno de los involucrados tuvo que desprenderse de su teléfono móvil y desaparecer socialmente. Incomunicados y desesperados, sin saber qué les deparaba el futuro, no aguantaron más: los cinco fueron a encarar a Rodolfo Cruz en su oficina, en busca de una salida.

El primero y más interesado en hablar fue Ricardo:

—¿Qué haremos? ¿Tienes alguna solución? ¿Qué dicen tus contactos?

—Klorman tiene comprado a medio mundo. No hay forma de quitarles la orden de arraigo ni la orden de detención internacional. Deberán tener identificaciones falsas, eso está claro —dijo Rodolfo Cruz seriamente.

—¿Y qué pasará con mi madre o con Laura? Llevan una semana sin saber de mí. Se morirán de angustia. ¿No hay alguna forma de comunicarme con ellas? —dijo Ricardo, alterado.

Daniel interrumpió a Ricardo.

—Deben tener todos sus teléfonos pinchados. En cuanto te comuniquen, sabrán dónde estamos.

—¿Y si voy personalmente? —contestó Ricardo con angustia.

—Imagina la cantidad de policías que debe haber cerca de sus casas. Seguro ya las interrogaron. Lo siento, Ricardo, pero no pueden salir de acá —dijo Cruz padre.

—¿Y qué propones entonces? No podemos quedarnos encerrados para siempre —intervino Prémone.

—De hecho, mi plan no es precisamente que se queden acá. Cualquiera descuido, y llegarán hasta aquí —replicó Rodolfo.

—¿Entonces? —dijo Ricardo.

—Existe una posibilidad. Es riesgosa, pero es la única forma que veo de sacarlos de acá —dijo Rodolfo con un suspiro—. Tengo un amigo en el sur de Chile, en Chiloé. Él los puede recibir a todos en su circo.

—¿Un circo? ¿Estás loco, papá? ¿Cómo voy a ir a vivir a un circo? —dijo Prémone con reproche.

—Es un circo algo especial..., además de la opción más segura. Ser prófugos en otro país sería más peligroso. Podrán

escondarse a plena luz del día. Nadie sospechará de ustedes —contestó Rodolfo Cruz.

—Yo creo que será de lo más entretenido. Además, nunca he ido al circo. ¿Qué es un circo? —dijo Ankatu riendo.

—Luego te muestro un video —dijo Daniel, respondiendo a Ankatu.

—Entonces es todo. ¿No hay opción? —dijo Ricardo con desgano.

—Lamentablemente no, hijo. En un par de días se podrán ir. Antes, necesito que me acompañes —dijo Rodolfo con misterio, y ambos salieron de la oficina.

Nuevamente, se dirigieron al sótano, donde estaba la enigmática bóveda. En cuanto llegaron, Ricardo sintió que algo cambió en el ambiente.

—Sé que esto solo lo viviste en el *perimontun*, pero debes aprender a controlarlo —dijo Rodolfo mientras sacaba unas jeringas de una gaveta.

Atemorizado, Ricardo entendió de inmediato y preguntó:

—¿Quieres que me transforme en la bestia?

—No sabemos con qué te encontrarás en el camino. Necesito que cuides de ellos... y que no los mates en un arrebató de furia —dijo mientras preparaba dos dosis del C24.

—¡No sé cómo hacerlo! Nunca me he transformado realmente. No lo controlo —dijo Ricardo, nervioso.

—Lo sé, Ricardo, por eso ahora... entra en la bóveda —dijo con seriedad.

Dubitativo, Ricardo entró en la cámara acorazada; era enorme. Los rodeaban más de trescientos metros cuadrados de puro acero. Rodolfo tomó la primera jeringa e inyectó a Ricardo. Luego, tomó la otra y se inyectó a sí mismo.

—¿Y ahora qué? —dijo Ricardo, impaciente.

—Esperar. ¿Recuerdas cuál fue tu primera motivación para transformarte? —dijo Rodolfo.

—Claro, fue por el ex de Laura. En las otras ocasiones, por defensa propia —contestó Ricardo.

—Entonces, comprenderás que esta es la única manera.

Rodolfo sacó un revólver de su bolsillo y le apuntó. Ricardo comenzó a gritar.

—¡No me dispaes, por favor!

Rodolfo Cruz dejó de apuntar a Ricardo y apuntó a su propio hombro, autoinfringiéndose un disparo. Pocos segundos después comenzó su transformación. Ahora, el revólver ya no era problema para Ricardo. Frente a él estaba Lobo.

Ricardo, desesperado, trató de huir de la bóveda. Jamás había tenido tanto miedo. La mirada de Lobo no dejaba de seguir los torpes intentos de Ricardo por abrir la cámara. Lobo atacó sin previo aviso. En un segundo, tomó a Ricardo de un brazo y lo estrelló contra el otro extremo del cuarto.

Ricardo, casi inconsciente y con un brazo y una pierna rotos, comenzó a levantarse poco a poco. Un crujir de huesos resonó en la cámara: el *Perro* renacía otra vez.

Una abominable lucha se llevó a cabo ese día.

En los pisos superiores de la mansión, Prémone y los demás podían escuchar cómo temblaban las paredes.

Ricardo, aún sin poder controlar a la bestia, atacaba sin piedad a Lobo. Por su parte, Rodolfo, mantenía completa lucidez en la lucha.

Lobo desviaba cada ataque del *Perro*, sin problemas, haciendo que este se golpeará contra las paredes.

En cada intento, Lobo intentaba calmar a su hijo.

—Ricardo, ¡tú puedes! Solo cálmate —dijo agitado.

Mientras el C24 hacía efecto, la respiración de Ricardo comenzó a tranquilizarse, hasta que finalmente detuvo su frenética carrera.

—Ricardo, ¿me escuchas? —continuó Lobo con paciencia. Ricardo el *Perro* lanzó un poderoso grito en medio de la bóveda y levantó los brazos en señal de victoria.

Después de unos minutos, ambos volvieron a la normalidad. Ricardo preguntó:

—¿Por qué pudiste controlar a la bestia de inmediato y yo no?

—Me llevó años lograr controlar parte de la transformación. No es igual a perder el conocimiento por completo en una transformación total. Además, desde que llegaron, estuve haciendo pruebas con el C24. Por eso puedo manejarlo un poco mejor —respondió Rodolfo.

—¿Cómo es eso de la transformación total? —dijo Ricardo, intrigado.

—Aún tienes mucho que aprender, hijo. No es necesario perder todo el control y llegar a la transformación final. Puedes usar solo una parte para defenderte y aún estar consciente sin el C24 —dijo Rodolfo seriamente.

—No entiendo... ¿Cómo lo haces? —dijo Ricardo.

—Pon mucha atención...

Rodolfo comenzó a mirar su mano que comenzó a temblar.

Ante la mirada atónita de Ricardo, todo el brazo empezó a crecer y unas garras brotaron en lugar de sus uñas.

El enorme brazo, completamente desproporcionado al cuerpo de Rodolfo, tomó de improviso a Ricardo por el cuello y lo elevó, asfixiándolo en un instante.

—Suéltam...

Ricardo no alcanzó a reaccionar al repentino movimiento de su padre y perdió el conocimiento.

Rodolfo, lo bajó lentamente. Volvió a la normalidad y lo cargó hasta su habitación.

A la mañana siguiente, Ricardo despertó de un sobresalto, soñando que era asfixiado por Lobo.

Rodolfo estaba sentado a los pies de su cama, esperando que despertara.

Al ver a su padre después de semejante pesadilla, se estremeció por partida doble, y ahogó un grito.

—¡Me vas a matar del susto! —dijo Ricardo, agitado, llevándose una mano al pecho.

—Perdón, hijo. Solo quería asegurarme de que estabas bien —respondió Rodolfo tratando de calmarlo.

—Sí, eso creo. —Ricardo respiró hondo—. Lo de la bóveda fue una locura. Pero al final, eso que hiciste... aún no entiendo cómo lo lograste. ¿Me enseñarás?

Rodolfo cruzó los brazos y asintió con una sonrisa leve.

—Es algo que toma tiempo. Requiere meditación. Y, sinceramente, no sé si tendremos el tiempo para hacerlo. Pero te presentaré a quien me enseñó a controlarlo.

—¿Quién? ¿Cómo? —preguntó Ricardo, más intrigado aún.

—Jack. Es el dueño del circo. Pasarás mucho tiempo con él. Así como lo hice cuando era joven —dijo Rodolfo, dejando ver una chispa de nostalgia en su voz.

—¿Y él es como nosotros? —preguntó Ricardo, con los ojos bien abiertos.

—Él es un hombre lobo. Le llaman Jack el Huargo. Es viejo, pero fuerte y sabio. Le hablé de ti y de los demás... está ansioso por conocerlos —dijo Rodolfo, visiblemente animado.

—¿Entonces nosotros también somos hombres lobo?
—dijo Ricardo, casi interrumpiéndolo.

Rodolfo soltó una carcajada que resonó en la habitación.

—No, hijo. ¿Acaso me viste convertido en algún animal?
Jack también pensó al principio que éramos iguales, pero después me decía Bestia, Abominación y otros apodos. Le hacía gracia que me llamaran Lobo sin serlo realmente.

Ricardo frunció el ceño, confundido.

—¿Y entonces qué somos?

Rodolfo se encogió de hombros.

—Él tiene algunas teorías. Yo tengo las mías. La verdad es que nadie puede saber a ciencia cierta de dónde vienen estas características especiales. La mayoría prefiere ocultarlo, para no acabar como ratas de laboratorio o en un manicomio —dijo, soltando una risa amarga.

—¿Pero qué creen que somos entonces? ¿Aliens? ¿Mutantes? ¿Es algo genético? —preguntó Ricardo, fascinado.

—Con Natacha hemos investigado por años, y cada habilidad se comporta de forma distinta genéticamente. Desde ese punto de vista, seríamos como «mutantes». Como fui abandonado, mi línea sanguínea se perdió, y es difícil construir un árbol genealógico o rastrear el origen de la mutación. Pero gracias a ustedes, mis hijos, sabemos que es heredable —concluyó Rodolfo.

—Ya, entiendo... ¿Y la teoría de Jack? —replicó Ricardo.

—Según Huargo, conoció a un tipo con habilidades como las mías, muchos años antes de conocerme. Ese tipo le habló de sus raíces ancestrales. Pero dejaré que sea él quien te aburra con esas historias. Así te dan más ganas de ir al sur —dijo Rodolfo, guiñándole un ojo.

—Permiso... ¿Se puede? —preguntó Natacha, asomándose por la puerta—. Rodolfo, llegaron los dispositivos.

—¡Fantástico! Ricardo, levántate. Tenemos que mostrarte algo. Estaremos en el sótano —dijo con entusiasmo.

Ricardo no perdió el tiempo. Se vistió rápidamente y corrió a través de la casa. Bajó de un salto las escaleras y avanzó por las largas estancias de la mansión. Cuando llegó a las escaleras del sótano, notó que ya estaban allí. Frenó su carrera y comenzó a bajar lentamente, intentando disimular lo agitado que estaba por el recorrido.

Prémone ojeaba un álbum de fotos, mientras Daniel configuraba una aplicación en un computador. Montt estaba sentado, escuchando música con unos auriculares, y Ankatu, con la mirada perdida, jugaba en su nueva *Game Boy*. Rodolfo y Natacha lo esperaban al pie de las escaleras, con un extraño dispositivo en sus manos.

—Ricardo, mira. Hemos estado trabajando en este sistema desde hace algunos meses. Solo nos hacía falta el C24 para probarlo —dijo Rodolfo, mostrando el dispositivo a Ricardo.

—¿Qué es esto? ¿Para qué sirve?

—Este parche medirá tu nivel de cortisol en todo momento, mientras que el inyector te administrará automáticamente una dosis de C24 —explicó Natacha mientras ajustaba el dispositivo al brazo de Ricardo.

—¿Algo así como las inyecciones de insulina?

Ricardo estaba entusiasmado.

—Sí, algo así. En esta aplicación irá registrando tu nivel normal de cortisol. Entonces, cuando sientas esa rabia que te hace cambiar de estado, se emitirá una señal al inyector, y *voilà!* —intervino Daniel.

—Esto no impedirá que te transformes, hijo. Pero podrás tener el control en caso de que ocurra —dijo Rodolfo seriamente.

—¡Es fantástico! No lo puedo creer. Jamás habría pensado en algo así.

—Daniel y sus inventos... Jamás deja de sorprendernos —dijo Rodolfo, mientras daba golpecitos en la espalda de Daniel.

Aquel día fue de pruebas y más pruebas. Agotado, como nunca, Ricardo se fue a dormir. Pero, a pesar del terrible cansancio, no lograba conciliar el sueño. Entonces, notó que su puerta se abría muy lentamente y, antes de que pudiera decir una palabra, escuchó un susurro:

—¿No puedes dormir, cierto? —dijo Prémone, quien llegó a hurtadillas y se recostó al lado de Ricardo.

—No. Nada. No dejo de pensar en Laura. Mi madre debe estar vuelta loca. Es demasiado cruel. Por lo menos deberían saber que estoy bien —dijo Ricardo, acongojado.

—Lo sé, Ricardo. Por eso estoy acá. Según mi visión, falta algo aún. Pero esto solo te afecta a ti, así que esta vez te contaré... y tú decidirás qué haremos —dijo Prémone justo antes de poner su mano en la mejilla de Ricardo.

Ricardo entró en el *perimontun* nuevamente, esta vez solo por algunos minutos. No obstante, cuando volvió en sí, su llanto era angustiante.

—¿No hay otras opciones? ¿Algún futuro donde no pase? —dijo Ricardo, desesperado, secando sus lágrimas.

—Quizás uno en que no hacemos nada... pero es muy posible que, aun así, termine de la misma forma —dijo Prémone.

—¡Entonces elijo salvarla! —dijo Ricardo, firmemente.

—¡Está decidido, entonces! ¿A qué hora nos vamos? —dijo Ankatu, que apareció de pronto, sentado en la cama de Ricardo.

—¿Hace cuánto que estás espionando? ¡Te dije que yo te avisaba! —dijo Prémone con reproche.

—Llegué contigo —dijo Ankatu, riendo.

—¿Entonces Ankatu irá con nosotros? —dijo Ricardo, aún sorprendido por su aparición.

—Si queremos pasar desapercibidos, no hay otra opción. Además, tenemos que evadir la mansión y que no noten que nos llevamos el auto —respondió Prémone.

Ricardo respiró profundo, dio un largo suspiro y dijo:

—Solo denme un momento para escribir una nota y nos iremos.

—Okey. Mientras, asegúrate de que todos estén dormidos —dijo Prémone a Ankatu—. Te estaré esperando en el auto, hermanito. Creo que es la mejor opción.

Estacionaron a unas cuadras de la casa de Laura. Efectivamente, había varias patrullas rondando el barrio... y una de ellas detenida justo al frente de su casa.

—Sin Ankatu, esta misión habría sido un completo suicidio —dijo Ricardo mirando las patrullas.

—Debemos caminar unos metros más. Cuando estemos realmente en peligro de ser vistos, Ankatu nos esconderá —dijo Prémone.

Comenzaron a caminar.

—Tengo una idea más entretenida —dijo Ankatu. Levantó su mano y, en frente de la patrulla, apareció un hombre armado que amenazó directamente a los policías.

Los dos uniformados no dudaron en enfrentarlo y bajaron rápidamente de la patrulla.

«El sujeto se dio a la fuga», repetían por la radio, mientras corrían persiguiendo a nadie.

Ankatu no paraba de reír.

—¡Qué idiotas!

—¡Shhh! Son casi las 2 a. m. Despertarás a los vecinos —susurró Prémone.

Ankatu se tapó la boca e hizo un gesto de disculpas. Ricardo, ensimismado, sin expresión alguna, caminaba como en una procesión fúnebre.

—¿Estás bien? —preguntó Prémone.

—Eso creo. Tengo que hacerlo —dijo Ricardo, y entraron a la casa de Laura.

Ricardo no quería provocar un espanto entrando a escondidas a la habitación de Laura, así que entró poco a poco y, susurrando, dijo:

—Laura, amor... soy yo.

—¡Ricardo! —Laura ahogó un grito. Se levantó rápidamente y corrió hacia los brazos de Ricardo.

—¡Sabía que volverías! ¿Has visto las noticias? ¿Por qué dicen todo eso de ti? ¿Dónde estabas? Está lleno de pacos allá afuera —dijo Laura mientras abrazaba a Ricardo.

—Tranquila. Nadie me vio entrar. Hemos estado escondidos con Prémone y unos amigos —dijo Ricardo.

—¿Qué hicieron? ¿En qué te metiste? —dijo Laura, llorando.

—Escúchame, no hay tiempo de explicar. La gente de ese psiquiátrico son unos demonios. Hicimos lo correcto y estamos pagando las consecuencias —dijo Ricardo, angustiado.

—¿Qué vas a hacer? ¿Por qué viniste entonces? —dijo Laura sollozando.

—Debo irme. Tendremos que desaparecer —dijo Ricardo, aguantando las lágrimas.

—¿Y nosotros? ¿Qué pasará conmigo, Ricardo? Yo iré contigo donde sea. No me importa nada —dijo Laura, desesperada.

—¡No! Eso no —gritó Ricardo, perdiendo la calma—. No puedes ir con nosotros, es demasiado peligroso. Solo vine a despedirme. Es por tu bien. Lejos de mí estarás a salvo.

—No, mi amor... ¿por qué me haces esto? No me dejes —dijo Laura, mientras rompía en llanto.

—Nunca te olvidaré. Siempre estarás en mi corazón y en mis pensamientos. Esta carga no la debes llevar tú —susurró Ricardo, mientras abrazaba a Laura con una fuerza repentina.

Detrás de la joven, oculta por la habilidad de Ankatu, Prémone esperaba en silencio. Ricardo la vio y asintió con la mirada. Cerró los ojos y sostuvo a Laura con todo el amor que pudo.

Prémone se acercó, posó suavemente una mano en la nuca de Laura y, antes de que ella pudiera reaccionar, pronunció en voz baja:

—*Inmemoriae.*

El llanto de Laura comenzó a apagarse. Poco a poco, su cuerpo se relajó y, sin darse cuenta, cayó en un sueño profundo. Ricardo la recostó con cuidado en la cama, secó sus lágrimas y, justo antes de marcharse para siempre, le dio un último beso.

Los tres abandonaron la casa y caminaron hasta el auto en un silencio absoluto, solo interrumpido por algún sollozo que se le escapaba de vez en cuando a Ricardo. Ni siquiera Ankatu fue capaz de pronunciar una palabra. La pena de Ricardo los dejó sumidos en un desconsuelo funesto.

Ya en el auto, Ricardo rompió el silencio y dijo:

—Ahora iremos a la parcela donde vive mi madre.

Prémone solo asintió, sin decir una palabra.

En cuanto llegaron. Ankatu, Prémone y Ricardo caminaron tomados de las manos, invisibles para el resto, hasta la puerta de entrada de la casa de Marta.

La madre de Ricardo aún estaba despierta, con un rosario entre los dedos, rezando frente a una pequeña cruz. Sus labios se movían en silencio, repitiendo alguna plegaria.

Ricardo, acongojado, tomó la carta que había escrito y la deslizó por debajo de la puerta.

Prémone tocó el hombro de Ricardo y le dijo:

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo de esta forma? Puedo hacer lo mismo con ella.

Ricardo negó con la cabeza, mientras una lágrima corría por su mejilla.

—No, a ella no. No me lo perdonaría —dijo Ricardo, con una tristeza profunda.

—No quiero estar acá cuando la lea. Vámonos —dijo Ricardo, decidido.

Cuando se alejaban de la casa de Marta, una niña de no más de diez años los miraba desde su ventana. Todos se alertaron cuando de pronto escucharon:

—Hola.

Voltearon rápidamente hacia ella y, desconcertados, no entendían cómo podía verlos.

La niña inclinó su cabeza y les dijo:

—No importa que se escondan, aún puedo verlos.

Sus ojos, de pronto, se tornaron de un amarillo brillante y luego volvieron a su color miel normal.

Impactados, no sabían qué hacer. Si la niña comenzaba a gritar, estaban perdidos.

Prémone soltó la mano de Ankatu y saludó cordialmente a la pequeña, tratando de salir del impasse.

—Hola, ¿cómo estás?

Ricardo y Ankatu, en silencio, miraban en todas direcciones por si alguien más los podía ver.

—No hay nadie más despierto, tranquilos —dijo la niña.

Prémone no dudó en preguntar:

—¿Por qué puedes vernos?

—Porque soy como ustedes —no tardó en contestar la pequeña.

—¿Qué quieres de nosotros? —interrumpió Ricardo, impaciente.

—Solo quería decir «gracias». Gracias por liberarnos —dijo la pequeña con una gran sonrisa.

—¡También escapaste! —intervino Ankatu, quien había estado en silencio gran parte de la noche.

—Sí... y muchos otros —contestó la pequeña—. Todos se esconden, pero saben que fueron salvados. Ustedes son nuestros héroes.

Impactados por sus palabras, una calidez extraña recorrió sus cuerpos. De pronto, se sintieron llenos de una vitalidad que parecía haberse apagado hace años. El fruto de su hazaña estaba frente a sus ojos. Sonrisas tímidas, casi avergonzadas, asomaron en los rostros de los tres.

Ricardo, volviendo a la realidad con determinación, dijo:

—Tenemos que seguir.

Antes de partir, Prémone preguntó con dulzura:

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Cristal —respondió la niña, con naturalidad.

—Un gusto, Cristal. Yo soy Pré...

—Prémone... —interrumpió la pequeña—. Todos sabemos quiénes son.

En cuanto siguieron su camino, Prémone le hizo un gesto de silencio a la pequeña Cristal, llevando el dedo índice a los labios. La niña, sin decir una palabra, replicó el gesto de inmediato.

Durante el viaje de regreso a la mansión, Prémone vio a Ricardo sumido en una tristeza que lo ensimismaba. Entonces volvió a insistir:

—¿Estás seguro de que no quieres que use el *inmemoriae* en ti?

Ricardo negó con la cabeza y respondió:

—Es algo con lo que tendré que vivir. Mis recuerdos son lo único que me queda. Prefiero cargar con esta pena mientras tenga la certeza de que ella estará bien.

—¿Qué es *inmemoriae*? —dijo Ankatu, rascándose la cabeza.

—Puedo borrar los recuerdos de alguien o de algo que pasó. También podría borrar por completo la existencia de un ser querido de la mente de alguien —dijo Prémone, seriamente.

—Guau. ¿Eso le hicieron a la chica? —infirmó Ankatu.

—Sí, algo así —dijo Prémone, bajando la mirada—. Borré a Ricardo de sus recuerdos.

—Pero, ¿por qué hicieron eso? —dijo Ankatu, extrañado.

—Si Laura iba con nosotros, era muy probable que muriera —dijo Prémone con seguridad.

Ricardo escuchaba la explicación de Prémone y volvía a perderse en su mundo. No decía ninguna palabra. Solo seguía conduciendo hasta que, por fin, interrumpió:

—La vi morir, Ankatu, tantas veces en el *perimontun* de Prémone. No podía permitir que eso pasara.

Ankatu comprendió el actuar de los hermanos y, contagiado por la melancolía de Ricardo, apoyó su cabeza en su puño. Con una mueca, volvió a mirar por la ventana sin decir una palabra más durante el resto de la ruta.

A la mañana siguiente, todo estaba listo para el viaje. Ankatu, Prémone y Ricardo tomaban desayuno junto al resto. De vez en cuando, cruzaban algunas miradas cómplices. Ankatu soltaba uno que otro bostezo delator. Entonces, Daniel, perspicaz, preguntó:

—¿Por qué tienes sueño? ¿Dormiste mal, Ankatu?

Ricardo y Prémone miraban en otras direcciones, tratando de disimular. Rodolfo, sentado en la mesa, leía el periódico mientras tomaba su café. De pronto, dijo:

—Además de andar exponiéndose y borrando memorias por ahí, ¿vieron algo interesante?

Un silencio absoluto. Ninguno de los tres se atrevió a hablar. De ahí en más, solo hubo regaños. Daniel comenzó con el discurso:

—Estuvimos monitoreando toda su «misión suicida» hasta las cuatro de la mañana. ¡El auto tiene GPS, genios!

Rodolfo continuó con el reproche, pero esta vez directo a Prémone:

—Hemos hablado en tantas ocasiones de que no debes usar el *inmemoriae*. Es algo demasiado cruel.

—Pero papá, en el *perimontun*...

—Siempre hay algo. Siempre alguien morirá. Pero no por ello le quitarás todos los recuerdos. Además, es una persona muy importante para Ricardo —interrumpió con autoridad Rodolfo.

Ricardo alzó la voz, defendiendo a Prémone:

—Yo se lo pedí. Ella no tiene la culpa. Lo siento Rodolfo, pero no iba a dejar que Laura muriera por mi culpa.

—Eso no puedes saberlo. Si bien los *perimontun* de Prémone se cumplen la mayoría de las veces, también existe la posibilidad de cambiarlos o de usarlos como advertencia —dijo Rodolfo, seriamente.

—¡Eso trato de decir, papá! —intervino Prémone—. En mi *perimontun*, cuando le explicábamos lo que pasaría, ella aun así aceptaba venir con nosotros... y siempre terminaba muerta.

—¡Y tú, Ankatu! —dijo Rodolfo, mirando seriamente al pequeño—, no debiste hacerle caso a este parcito.

Ankatu observaba la escena de una manera distinta y no tardó en intervenir:

—No creo que sea tan malo que te borren la memoria. A mí me encantaría poder borrar todas las torturas del psiquiátrico... o todos los animales que tuve que asesinar para ellos.

Luego siguió comiendo sus tostadas.

—Está muy rica la comida, señora Natacha.

Las palabras del niño enmudecieron a Rodolfo y al resto de la mesa. El ambiente cambió de inmediato. Nadie volvió a mencionar el tema y continuaron con los preparativos del viaje.

—¿En qué vehículo nos iremos? Mira que a Montt no lo podemos llevar en cualquier auto —preguntó Daniel al poco rato.

—De hecho, ya tengo todo listo. Vengan a ver, está afuera —anunció Rodolfo con entusiasmo—. Es un poco viejita, pero con ella podrán llegar perfectamente a Chiloé.

—¿La GMC Vandura?! —exclamó Daniel, emocionado—. ¿En serio nos la darás para el viaje?

—Es un préstamo. ¡Solo cuídenla! —replicó Rodolfo con una sonrisa—. La furgoneta lleva provisiones para varios meses, además de ropa y armas. Estaré siempre atento y en contacto con ustedes. Por favor... cuídense.

Poco después, comenzaron las despedidas a la familia Cruz Merovich y, uno a uno, fueron subiendo a la furgoneta. Ricardo fue el último en decir adiós.

—Lamento que todo fuese así, hijo. Me habría encantado que pasáramos más tiempo juntos... en otras circunstancias —dijo Rodolfo, mirándolo fijamente a los ojos.

—Yo también lo lamento. Podrías haber sido un buen padre para mí —respondió Ricardo, bajando la mirada.

—Aún puedo serlo... si tú quieres —dijo Rodolfo tendiéndole la mano.

Pero Ricardo no la estrechó. En cambio, se abalanzó sobre él en un abrazo inmenso y le susurró al oído:

—Espero que no sea la última vez que nos veamos... papá.

—Pronto nos veremos, hijo. ¡Te lo aseguro! —respondió Rodolfo entre lágrimas—. ¡Ya vete! ¡Lárguense todos! ¡Solo me quieren hacer llorar!

Finalmente, los cinco subieron a la furgoneta y comenzaron su largo viaje. Daniel iba al volante; Prémone, en el asiento del copiloto; Ankatu y Ricardo, en la fila del medio; y Montt, en la tercera fila. En cuanto se cerró la última puerta del vehículo, y antes de que el motor cobrara vida, todos supieron —sin necesidad de palabras— que su destino estaba a punto de cambiar para siempre.

Daniel soltó un largo suspiro y, finalmente, le dijo a Prémone:

—¿Tienes la ubicación?

—Sí. Según esto, llegaríamos a Quemchi en unas trece horas —respondió rápidamente Prémone.

—¡No se diga más, señores! Próximo destino: el *Freak Circus* —exclamó Daniel.

Ankatu fue el único en celebrar la partida. Prémone apenas si fingió una sonrisa. El resto seguía perdido en sus pensamientos, con una terrible incertidumbre sobre lo que se avecinaba.

Para Ricardo, dejar todo atrás implicaba demasiado. Su mente estaba más enfocada en aquellos sentimientos que en el futuro próximo. Con la vista perdida en el horizonte, por cada árbol o edificio que veía pasar a través de la ventana, sentía que con ellos también se iban sus recuerdos, su familia... y su amor.

Marta, la madre de Ricardo, despertó aquella mañana con la sensación de que alguien tocaba su puerta. Corrió hasta allí, pensando que, por fin, Ricardo había vuelto a casa. Pero una vez más, no había nadie.

La paranoia se apoderaba de ella con más fuerza cada día. Llevaba más de una semana sin saber de su hijo, sin poder dormir. Cabizbaja, derrotada —como cada día en que él no regresaba—, su vista estaba clavada al suelo. Entonces, por fin, descubrió la carta que Ricardo había dejado la noche anterior.

La tomó con las manos temblorosas. En cuanto la abrió, supo que era de él:

«Mamá, lamento no poder despedirme en persona...».

Marta, en un llanto desconsolador, se derrumbó sobre sus rodillas en el pórtico de la casa.

Laura, aquella mañana, despertó asustada. Sentía que algo le faltaba. No sabía por qué, ni qué era. Una angustia inexplicable le corroía el alma.

En su velador había una pequeña cadena con un relicario en forma de corazón, grabado con las iniciales *R* y *L*. Desconocía por completo su significado, pero algo la obligaba a mirarlo. Entonces, lo tomó, caminó hasta la ventana y, sin saber por qué, lo apretó con fuerza contra su pecho... y lloró.

Justo en ese mismo instante, Ricardo sintió una opresión en el pecho y, sin entender la razón, unas lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

Prémone sintonizaba la radio de la furgoneta... Se detuvo en un dial y todos comenzaron a escuchar con atención:

—*¿Que ha dado qué hablar ese psiquiátrico estos días!* —comentó Franco Vidal, el conductor del programa.

—*¡Sí! Al parecer la Fundación Krupp ha ofrecido una cuantiosa recompensa por cualquier información que permita dar con el paradero de los supuestos terroristas* —respondió DJ Black.

—*¿De cuánto estaríamos hablando, DJ? Música de tensión, por favor* —pidió Franco, para generar suspenso.

—*Nada más ni nada menos que cien millones de pesos* —anunció DJ Black, acompañado por fanfarrias.

—*¡Uf! Con esa plata, hasta yo empiezo a buscar sospechosos* —bromeó entre risas.

—*No lo digas tan fuerte porque de seguro más de alguno ya anda con lupa en mano. Pero ojo, que según las últimas filtraciones, no se trata de cualquier grupo. Algunos testigos lo describen como «extremadamente peligroso».*

—*No lo van a tener fácil. Toda la policía buscándolos, y ahora con recompensa incluida... ¿Qué me dices?*

—*Te digo que esto se está poniendo cada vez más raro* —añadió DJ Black mientras la música de fondo bajaba gradualmente—. *Hace un rato entrevistamos a un exfuncionario del psiquiátrico... y, bueno, no se guardó nada.*

—*¿Ah, sí? ¿Qué dijo?* —preguntó Franco, intrigado.

—*Según este tipo, la Fundación Krupp no solo está ofreciendo recompensa. Al parecer, ellos mismos financiaban parte del funcionamiento del psiquiátrico.*

—¿Y por qué una fundación privada vinculada a la industria armamentística estaría invirtiendo en un hospital psiquiátrico?

—Eso es lo que todos se preguntan... —dijo DJ Black—. Y lo peor es que ahora nadie de la fundación quiere hablar. Solo comunicados escuetos, cero entrevistas; silencio total.

—Mmm... —refunfuñó—. Cuando hay tanto misterio junto, casi siempre hay algo sucio detrás.

—Y con cien millones de por medio, seguro algo más quieren ocultar —remató DJ Black, mientras sonaba una nueva cortina musical en tono enigmático.

—Saca eso —dijo Daniel.

Prémone cambió la emisora.

—A una semana del ataque terrorista al psiquiátrico El Camino, la directora del centro, la destacada psiquiatra Elizabeth Klorman, anunció esta mañana la reapertura oficial del sanatorio. Pasemos a escuchar lo que nos dijo la doctora:

—Ha sido una semana terrorífica, pero hoy, por fin, podemos anunciar que oficialmente estamos funcionando al cien por ciento. Hemos trabajado arduamente en las mejoras: en aumentar la seguridad y vigilancia del centro. No permitiremos que un grupo de terroristas vuelva a perturbar la paz de nuestra institución. Hacemos un llamado a toda la población para que entregue cualquier información respecto al grupo de inadaptados.



AGRADECIMIENTOS

Escribir *La estirpe de la bestia* ha sido un largo viaje que dio comienzo en 2023. Lo emprendí explorando algo que, en ese entonces, no sabía que podía hacer.

La estirpe de la bestia habría quedado guardado en algún archivo de mi computador o juntando polvo en un escritorio, de no haber llegado a un mágico taller de literatura. En ese lugar me atreví a mostrar mis textos a personas fuera de mi círculo cercano y conocí a hombres y mujeres maravillosas que aún me alientan a seguir en este mundo de las letras.

Ninguna de estas páginas existiría sin las personas que con su apoyo y cariño me acompañaron hasta aquí.

Por eso, agradezco a Marión Canales, mi profesora de literatura que, con su incansable motivación y pasión por las palabras, me llevó hasta este punto, guiándome y alentándome a cumplir el sueño de publicar mi primer libro.

A Natalia Rojas, mi compañera de vida. Gracias por leer y corregir cada falta de ortografía que hubo en un comienzo (que fueron muchas), y por tu eterna paciencia en cada locura que me propongo.

A mis lectores de prueba: Simón Casado, mi pequeño, y mi madre, Raquel Mella, quienes leyeron capítulo a capítulo y

me ofrecieron su mirada, consejo y cariño; su compañía hizo más liviano y hermoso este proceso.

A la Editorial ElOtroCuarto por confiar en mí, y a Leonor, mi editora, por *hacer su magia* y creer en *La estirpe de la bestia*.

Y, finalmente, a ti, lector o lectora. Gracias por dar vida a estas palabras. Deseo que este libro te acompañe —aunque sea por un momento—, que te emociones y vivas en carne propia estas locuras sacadas directamente de mis sueños.

ÍNDICE

7	Capítulo 1: En las sombras
13	Capítulo 2: Despierto
23	Capítulo 3: Detrás del cristal
28	Capítulo 4: Inspector Aguirre
32	Capítulo 5: Acercamiento
43	Capítulo 6: Interrogatorio
52	Capítulo 7: Juicio
57	Capítulo 8: Pruebas fallidas
64	Capítulo 9: Junta médica
70	Capítulo 10: Los Klorman y la rebelión
80	Capítulo 11: Conexiones
85	Capítulo 12: Prémone
90	Capítulo 13: Perimontun
95	Capítulo 14: Reclutamiento
105	Capítulo 15: Infiltrados
117	Capítulo 16: Escape
128	Capítulo 17: La mansión Cruz
145	Capítulo 18: El gran viaje

EN
ESTE TRABAJO
COLABORARON BELÉN
RAMÍREZ EN EDICIÓN Y ROBERTO
MORALES EN DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN.
EL LIBRO FUE ELABORADO UTILIZANDO
UNA TIPOGRAFÍA SANS SERIF Y FUE
IMPRESO SOBRE BOND AHUESADO DE 80
GRAMOS. SU ÚLTIMA CORRECCIÓN SE
LLEVÓ A CABO EN LOS ÚLTIMOS
DÍAS DE NOVIMEBRE DE
2025.